

662

# LAS LICENCIAS DEL NOVELISTA Y LAS MÁSCARAS DEL CRÍTICO

Leticia Algaba Martínez

JAM  
PQ7297  
R4.6  
Z5.23





LAS LICENCIAS DEL NOVELISTA  
Y LAS MÁSCARAS  
DEL CRÍTICO



BIBLIOTECA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

SERIE LITERATURA





#218289  
C.B.2894316

“LAS LICENCIAS DEL NOVELISTA  
Y LAS MÁSCARAS  
DEL CRÍTICO”

LETICIA ALGABA MARTÍNEZ,

UNIVERSIDAD  
AUTÓNOMA  
METROPOLITANA

Casa abierta al tiempo



1997



2894316

UAM  
PQ7297  
R4.6  
25.23

*Rector General*  
*Dr. Julio Rubio Oca*  
*Secretaria General*  
*M. en C. Magdalena Fresán Orozco*  
*Rectora de la Unidad Azcapotzalco*  
*Mtra. Mónica de la Garza Malo*  
*Secretario de la Unidad*  
*Mtro. Jordy Micheli Thirión*  
*Secretaria Académica de la División de Ciencias Sociales y Humanidades*  
*Lic. Ma. Concepción Huarte*  
*Jefa del Departamento de Humanidades*  
*Mtra. Begoña Arteta Gamerdinger*  
*Coordinación Divisional de Publicaciones*  
*Mtra. Silvia Pappe*

Primera edición, 1997  
Los derechos de reproducción  
de esta obra pertenecen a sus respectivos autores.  
© Para la presente edición, Universidad Autónoma  
Metropolitana-Azcapotzalco  
ISBN 970-654-111-X  
Depósito Legal  
Derechos reservados conforme a la ley.  
Se prohíbe la reproducción por cualquier medio sin el  
consentimiento de los titulares de los derechos de las obras.

Este libro se terminó de imprimir en agosto de 1997 en los  
talleres de Amacalli Editores, S.A. de C.V., Av. México-Coyoacán 421,  
03330 México D.F. Tel. 604 7263. El tiro  
consta de 1 000 ejemplares más sobrantes de reposición

Impreso en México  
Printed in Mexico

# Contenido

## Introducción

13

## Capítulo I

### La polémica histórica

23

## Capítulo II

### La polémica literaria

53

## Capítulo III

### La estratagema

101

## Bibliografía

141

## Hemerografía

151





A la memoria de mi padre  
*Tomás Algaba Gómez*



# Introducción

EN MARZO DE 1861 el presidente Benito Juárez ordena al diputado Vicente Riva Palacio recoger del Arzobispado el archivo de la Inquisición y apenas dos semanas más tarde dispone la publicación de las "causas célebres" del tribunal. El arma que esgrime Juárez contra la Iglesia y el Partido Conservador buscará el estatuto de medida nacional a través de un decreto del Congreso de la Unión, táctica que dejaría fuera de sospechas el espíritu de partido. La respuesta del clero no se hizo esperar: la Suprema Corte de Justicia solicitó al Congreso le entregase los archivos del Santo Oficio. La cortapisa fue discutida a solicitud del diputado Riva Palacio, quien advirtió en la petición de la Suprema Corte una táctica dilatoria para la publicación, enmascarada en el prurito de llevar los archivos a un lugar seguro por ser algunas causas inquisitoriales de interés para la hacienda pública.

El diputado Juan Antonio Mateos defendió el asunto; sabía que el proyecto de los liberales podría coronarse con la exhibición de las crueldades del pasado cometidas por la ideología progenitora del Partido Conservador. Y en un discurso apasionado señalaba el alcance del arma de los liberales:

El día de la verdad ha llegado, el sol ilumina esos antros donde se han perpetrado tantos crímenes que la historia guarda en sus páginas, acusados en esos archivos que hoy abre la revolución. En vano los hombres del pasado quieren ocultar a una generación los extravíos de sus antepasados...<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Citado en *Ortíz Monasterio*, *Historia y ficción*. Los dramas y las novelas de Vicente Riva Palacio, 1993, p. 64.

El debate finalmente favoreció la postura liberal; sin embargo no se publicaron los documentos “cómplices del fanatismo y del pasado”, en palabras de Mateos. Luego de la aprobación del decreto en el Congreso de la Unión, apareció el “Prospecto” en *El Monitor Republicano* firmado por los editores Pantaleón Tovar y Vicente Riva Palacio. El texto ofrece claves para comprender la futura empresa literaria de Riva Palacio siete años después; algunas palabras constituyen la prueba de que él era el autor del “Prospecto”, como lo señala José Ortíz Monasterio.<sup>2</sup> Invocando el gusto y la curiosidad de los lectores sobre sucesos prohibidos que el secreto logra convertir en hechos legendarios, el novelista en ciernes descubre el recurso supremo: la peripecia, ese ingrediente que dará clímax a la intriga, dosificará las entregas y mantendrá la expectativa del lector, combinatoria que lo convertirá en narrador prolífico y exitoso:

Autorizados por el Supremo Gobierno para publicar algunas de las célebres causas que forman el archivo de la extinguida Inquisición, y que por el interés histórico que pueden ofrecer en sus peripecias, son dignas de darse a la prensa... Hay cierta solemnidad en levantar de esta manera el velo a documentos reservados hace tantos años, y extraídos, por decirlo así, del dominio público. Hay cierta curiosidad ávida e insaciable de conocer los mil pormenores contenidos en aquellos procesos, que a nadie ocurrió llegar a descubrir alguna vez...<sup>3</sup>

“Levantar el velo” para exhibir la crueldad inquisitorial será la frase clave que levantará la polémica objeto del presente estudio.

<sup>2</sup> El investigador encontró el manuscrito original del “Prospecto” de puño y letra de Riva Palacio, en el Archivo Personal. Véase, *Ibid.*, p. 45.

<sup>3</sup> Citado en *Ibid.*, p. 45.



Indudablemente Riva Palacio preludiaba en el "Prospecto" citado la intención de echar luz sobre la Colonia, de avivar la memoria de aquella etapa; tal propósito ilumina también el subtítulo *Historia de los tiempos de la Inquisición para Monja y casada, virgen y mártir*, que abre una serie de novelas sobre el pasado. En estrecha relación con el lector, indicio tanto del dramaturgo como del periodista, Riva Palacio colocará el mensaje de la ideología liberal mediante un recurso que gobernará sus novelas: el execrable pasado debe ser exhibido en aras de su destrucción. El derrumbe del antiguo edificio ideológico obedece al espíritu reformista prevaleciente, antes que al mero interés partidista:

No dudamos por lo mismo que el público se apresurará a leerlos con el mismo afán con que hemos visto frecuentados en estos días los edificios de los conventos extinguidos, cuya clausura anterior llama la atención de manera irresistible. La lectura de las piezas curiosas del Archivo de la Inquisición no tiene un interés de partido político. Los que aplauden, como los que murmuran o contemplan indiferentes esas obras que materializan los pensamientos de reforma de la época, todos se reúnen delante de ellas, se detienen a contemplarlas.<sup>4</sup>

El "Prospecto" reafirma el sentido político de la decisión del presidente Juárez: un decreto del Congreso de la Unión arrebataría a la Iglesia los archivos del Santo Oficio para que los mexicanos pudiesen leer ahí los extravíos del conservadurismo que las Leyes de Reforma y la Constitución de 1857 intentaban destruir. La poderosa arma política se dirigía a la consolidación de la Carta Magna que apenas había entrado en vigor. Precisamente durante el período en que Riva Palacio y Mateos fueron diputados, el Congreso ejercía plenamente sus facultades. Un año después de la publicación del "Prospecto" varias veces citado, comenzó la guerra contra la Inter-

<sup>4</sup> Loc. Cit.

vención francesa; el libro no se publicó pero la semilla tuvo un fruto nueve años más tarde: *El libro rojo* escrito por Rafael Martínez de la Torre, Manuel Payno, Vicente Riva Palacio y Juan Antonio Mateos. Aunque no sólo se ocupa de casos inquisitoriales, sí parece corresponder al fervoroso discurso de Mateos en la Cámara de Diputados: los emisarios del clero, los conservadores, intentaban impedir la publicación de algunas "causas célebres", testimonio de que "sus ideas negras resaltan sobre el rojo de la situación".

Así, en 1870 *El libro rojo* ponía en perspectiva un pasado teñido por la crueldad de los extravíos de la intolerancia. Pero antes, en 1867, con el reestreno de la República, Vicente Riva Palacio emprenderá un proyecto novelístico que, a mi parecer, sustituye la frustrada publicación que el Congreso decretó en 1861. Con las armas de la literatura, acaso las únicas que entonces escapaban de la censura, transita a sus anchas por el pasado colonial sustrayendo hechos nefastos de la Iglesia y el clero, casos sonados de la Inquisición, signos oscuros que contrastarían con la luminosidad de algunos intentos independentistas, gérmenes del espíritu de la doctrina liberal. En la búsqueda de su herencia ideológica, Riva Palacio descubrirá la de sus adversarios, los conservadores, y animará en sus lectores la resolución de la encrucijada luego del triunfo de la República, incipiente aún en la vida social.

En posesión del archivo de la Inquisición, Riva Palacio tenía las verdaderas pruebas de los horrores perpetrados en el Santo Tribunal. Esto se convierte en el móvil de las novelas, del que sólo se escapa la primera, *Calvario y Tabor*, la única sobre el presente vivido por el autor, publicada por entregas durante el primer semestre de 1868. Inmediatamente después, en julio, el periódico *La Orquesta* inserta el "Prospecto" de *Monja y casada, virgen y mártir*, que señala las consultas a "secretos y polvosos" archivos históricos, palabras notoriamente semejantes a las del "Prospecto" del frustrado libro sobre las "causas célebres" del Santo Oficio. A fines de agosto del

mismo año de 1868, la última entrega de la citada novela anuncia la continuación en otra con el título de *Martín Garatuza*.

La intriga de *Monja y casada*, virgen y mártir desarrolla las vicisitudes de la joven criolla Blanca Mejía alusivas al título de la novela. La codicia del español Pedro Mejía, medio hermano de la protagonista, sobre la herencia paterna, coarta los amores de la joven con César de Villaclara. Sobreviene el ingreso de Blanca al convento y la fuga de éste años después. El reencuentro con el mundo y la boda no consumada con Villaclara, serán los signos del camino de la expiación y el martirio de Blanca en la cárcel inquisitorial, de la que escapará para encontrar la muerte durante el acoso de un nuevo verdugo. En paralelo al destino de Blanca Mejía discurre el de Luisa, su antagonista en amores. La pertenencia a la raza negra fortalece el impulso de ascenso social del personaje; será éste el móvil de la venganza. La maldad tiñe las acciones de Luisa, de ahí que se le inflinjan severos castigos. Éstos la llevarán a la expiación de sus actos en el momento en que Blanca Mejía sufre las consecuencias del tormento inquisitorial, instante en que sobreviene la peripecia, como preludio de la muerte cristiana de Luisa y el inicio del martirio de Blanca.

La intriga de *Monja y casada*...<sup>5</sup> discurre entre otras historias adyacentes que ocurren en la Ciudad de México por los años veinte a treinta del siglo XVII. Riva Palacio eligió dos sucesos históricos: la fundación del Convento de Santa Teresa la Antigua (1617) y el Gran Tumulto de 1624. En ambos acontecimientos, la acerba crítica al clero a través de la conducta del Arzobispo Juan Pérez de la Serna

<sup>5</sup> Debido a la longitud del título y el subtítulo de la novela, en adelante se abreviará con la primera frase: *Monja y casada...*, seguida del tomo, correspondiente a la edición de 1982 de Porrúa, con Prél. de Antonio Castro Leal. (Colección *Escritores Mexicanos*, 18 y 19). Conviene aclarar que el subtítulo *Historia de los tiempos de la Inquisición* desapareció en las ediciones que de la novela se han hecho en el siglo XX.

discurre con amplitud y la Inquisición ocupa un lugar preeminente en el destino de las protagonistas; la presunta herejía cometida por Blanca coincide con el caso de Sor Blanca del Corazón de Jesús, cuyo Edicto se transcribe en la novela, al igual que las descripciones de los tormentos a los procesados.

Como ya había mencionado, *Monja y casada...* se publicó por entregas durante los meses de julio a septiembre de 1868; con la última entrega se anunció la continuación en *Martín Garatuza*, novela sobre las dilatadas aventuras del personaje que le da el título y que había tenido un papel subversivo en el Tumulto de 1624. Otros personajes de *Monja y casada...* reaparecen e intentan cobrar venganza por la trágica muerte de Blanca Mejía. Inmerso en la densa intriga figura el caso de las hermanas Carbajal llevadas a la hoguera en un célebre Auto de Fe.

El funcionamiento de la institución eclesiástica durante la Colonia en las dos novelas difería de la perspectiva que sobre el pasado tenían los conservadores. La combatividad de *Monja y casada...* fue captada de inmediato por la prensa conservadora. *La Revista Universal* responde acremente al crudo realismo de ciertas escenas, las tacha de "horripilantes" y propias de los dramas románticos<sup>6</sup>. Las frases seguramente venían del presbítero Mariano Dávila, quien a propósito de unos artículos que el citado periódico publicaba sobre la historia de la Inquisición, reaccionaba sobre la cruel versión que la novela de Riva Palacio daba. El combate contra las "escenas horripilantes" serán el preludio de la extensa polémica del Presbítero, representante del conservadurismo más extremo. Durante las entregas de la novela, Dávila previsiblemente planeó el contraataque: una extensa crítica que, emulando la difusión de la novela, se publicó por entregas en *La Revista Universal*, inmediatamente después del término de la novela y cuando se iniciaba la publicación de *Martín Garatuza*. La táctica es por demás ilustrativa

<sup>6</sup> La Revista Universal, agosto de 1868.



del marco político en el que se inscribía la novela y la equivalencia de ésta con el frustrado libro sobre las causas célebres de la Inquisición. Riva Palacio retoma el proyecto de 1861 y, haciendo uso de la licencia literaria, coloca en la ficción la crueldad del Santo Tribunal y las conductas viles de los prelados de la Iglesia. El móvil será desmentido por Dávila, quien discute el subtítulo *Historia de los tiempos de la Inquisición* oponiendo fuentes historiográficas, con las que pretende aclarar y sobre todo restar méritos al historiador Riva Palacio. El Presbítero entendía, sin embargo, que debía enfrentar la novela desde el terrero literario; surgirá entonces un exhaustivo análisis con los modelos transhistóricos del neoclacismo dirigidos a demostrar que a la novela de Riva Palacio le falta arte. Mediante una hábil estratagema Dávila expande la guerra contra *Monja y casada...*: lee minuciosamente la novela e imprime sesgos, de modo que el lector tenga una nueva versión; hace precisiones históricas y pone en tela de duda su calidad estética; se burla e ironiza sobre las “luces” de un novelista liberal, y entre este versátil recorrido va imaginando una novela, en cuyos fragmentos coloca los signos de su ideología. Semejante tarea no hace más que resaltar el plan beligerante de Riva Palacio en aquél año de 1868, apenas en el umbral del triunfo del proyecto liberal. El escritor supo que la novela era la mejor arma; ésta tuvo reposo hasta 1872, cuando quizás él veía un tanto apaciguados los ánimos partidistas. Nunca volvió a frecuentar el género novelístico; por los años ochenta reflexionó sobre la literatura y dejó breves rastros sobre su experiencia como novelista<sup>7</sup>.

Muchos años antes del triunfo de los liberales, cuando en la Academia de Letrán un grupo de intelectuales se empeñaba en mexicanizar la literatura, José Joaquín Pesado escribió *El Inquisidor*

<sup>7</sup> Particularmente en Los Ceros. Galería de Contemporáneos, publicado en 1882; de particular interés lo es también el Prólogo a la novela *Carmen*, de Pedro Castera, publicada también en 1882.

*de México*, novela corta que inicia el tratamiento del Santo Oficio, uno de los temas más atractivos para la valoración del pasado colonial. Los yerros de la intolerancia se anudan en la novela de Pesado en la persecución de los judíos y los crimenes, señales de la “bárbara jurisprudencia” de la Inquisición. La inocencia de Sara, presunta judía, adquiere mayor fuerza dramática con la peripecia y la anagnórisis, el reconocimiento de su padre, el Inquisidor Ruiz de Guevara. Este personaje se transforma al saber que ha dictado sentencia a su hija, expía las culpas por sus actos injustos y se arrepiente. La piedad del inquisidor no logra, sin embargo, salvar a su hija, quien, tocada por las llamas de la hoguera del Auto de Fe, se recupera, pero muere después abrasada por la tristeza. Antes de morir, la protagonista se había convertido al catolicismo, hecho que señala la intención moralizante de Pesado y su perspectiva ante el Santo Oficio. Si bien señala sus errores y su crueldad, es un narrador escrupuloso ante el lector pues modera la conmoción que pueden suscitar los pormenores de los interrogatorios y las torturas contra los procesados. A Pesado le interesa más deslindar el honor de la institución eclesiástica pues frente a la rigidez de los dictados inquisitoriales opone la piedad y generosidad del Sumo Pontífice, quien perdona a Sara y ruega a Dios porque se convierta al catolicismo. Este acto ilustra la ideología católica que la Inquisición había sesgado. Las señales de la ideología de Pesado dejan ver la sustracción de un hecho particular –el funcionamiento del Santo Oficio– dentro de un amplio espectro temporal, en una perspectiva que otorga justeza a la institución eclesiástica. Y en paralelo a lo anterior el novelista traspola esa imagen de la Iglesia hacia su presente en el destino último de Sara y su salvación dentro del catolicismo.

En 1848, Justo Sierra O'Reilly escribe *La hija del judío*, novela que retoma la Inquisición y es precursora a la vez de la trama folletinesca parcialmente presente en las novelas de Riva Palacio. Como Pesado, el escritor yucateco presenta la persecución de judíos por el Santo Oficio y, además, una fuerte crítica al gobierno virreinal.

En la intriga de *La hija del judío* son reconocibles los conflictos románticos de Luis y de María –la hija del judío– que anteceden a su matrimonio. La codicia del Santo Oficio ante la cuantiosa herencia de María merecen la defensa del Prepósito, un jesuita que representará un sector combativo de la Iglesia frente al poder omnímodo de la Inquisición. En el triunfo de este personaje, Sierra O'Reilly sugiere el contrapunto respecto del gobierno virreinal asentado en el centro y absolutamente ajeno a los asuntos de la provincia. Desde su circunstancia particular, resaltaba la vocación federalista del Estado de Yucatán, sus separaciones del centro del país, hechos en los que el escritor había participado y cuya cercanía con el lector posibilitaba la verosimilitud de las acciones centralistas del gobierno virreinal en el ámbito de la novela. La perspectiva de Sierra O'Reilly sobre el pasado colonial se acerca a la de Pesado. En *La hija del judío* no hay una condena total de la Iglesia pues una parte del clero actúa en defensa de los principios del catolicismo; el jesuita reivindicador de María reparte la fortuna de ésta en obras pías. Por cuanto a los descuidos del poder virreinal, Sierra O'Reilly parece ver en la herencia colonial conductas nefastas todavía al acecho.

Cabe notar, por lo tanto, que las novelas de Pesado y de Sierra O'Reilly pretenden separar los extravíos de la Inquisición de la ideología conservadora; ilustran más bien la regeneración de la Iglesia. En sentido precisamente opuesto, las novelas de Riva Palacio exhiben sin cortapisa las vejaciones, los tormentos, la monstruosidad de la intolerancia. El realismo de las escenas avivó el debate sobre el pasado colonial, aunque Mariano Dávila eligió el problema ético del novelista que se postula como historiador y, además, el estético respecto de ese realismo exagerado, en demérito del arte equilibrado, como lo observaba Hegel en las obras románticas.

La desmesurada reacción del Presbítero subraya el propósito de Riva Palacio: conmover al lector, a la sociedad, ante las yagas del

pasado, vía de expiación para comprender los valores de la razón y la tolerancia que se encontraban en el presente pero todavía con cierta fragilidad. En lo anterior se funda el presente estudio, que intenta profundizar en los móviles de Riva Palacio y de Dávila, para comprender los términos y el sentido de una guerra política enmascarada en la libertad de la escritura literaria.

# Capítulo I

## La polémica histórica

### HISTORIA DE LA POLÉMICA

Apenas unos meses después de la restauración de la República, cuando las palabras conciliar y renovar intentaban dar cimiento al proyecto de un nuevo Estado mexicano, el general Vicente Riva Palacio, ya entonces prominente liberal y una de las voces que solicitaba y ejercía la concordia, conmovido aún por la lucha de los chinacos, los soldados con quienes compartió el triunfo sobre las fuerzas del Segundo Imperio el 20 de junio de 1867, escribe sobre tal suceso *Calvario y Tabor*, su primera novela. Incursiona en el género con una pluma bien experimentada en el periodismo, el drama y la comedia, géneros que proporcionan la relación inmediata con el público. Las primeras páginas de la novela fueron leídas en una Velada Literaria del mes de marzo de 1868. Los comentarios sobre la lectura destacan la índole de la obra: "...la primera en su género... Histórica y de costumbres...encierra hechos y descripciones que sólo pudo hacer quien, como su autor, ha visitado los lugares en que pasan los sucesos que relata"<sup>8</sup>.

La sugerencia para la publicación fue aceptada de inmediato; el 26 de marzo, el periódico *La Orquesta* da a conocer el "Prospecto". En éste se resalta nuevamente la calidad del autor en cuanto "...testigo de los sucesos que refiere", de ahí que "...no podrá

<sup>8</sup> La Orquesta, 21 de marzo de 1868, p. 3.

dudarse de su veracidad. Observador de las costumbres y de los paisajes que describe, nadie como él puede presentarlos al público con tan vivos colores”<sup>9</sup>.

De marzo a junio de 1868, Riva Palacio cumplía puntualmente con la escritura de las entregas de *Calvario y Tabor*, de igual modo que Manuel C. Villegas, el editor, las enviaba a numerosos suscriptores que fueron aumentando luego de las primeras entregas pues a principios del mes de mayo se habían agotado seis mil ejemplares<sup>10</sup>. Autor, editor y lectores formaron pronto y con éxito una relación armónica, que abre el camino para la siguiente novela con el curioso título de *Monja y casada, virgen y mártir*, cuyo “Prospecto” aparece en La Orquesta el 16 de junio y la destaca como “...magnífica novela histórica y de costumbres, sacada de los Archivos de la Inquisición”<sup>11</sup>. El lector, se advierte, deberá estar seguro de que el autor seguirá los mismos pasos del narrador de *Calvario y Tabor* y también, de que para la confección de la novela “...ha tenido que registrar las crónicas de otros tiempos”<sup>12</sup>.

Las palabras de la cita anterior son una especie de aval respecto de la índole histórica de la novela y, a la vez, permiten suponer que entre la “crónicas de otros tiempos”, Riva Palacio consultaba documentos del archivo de la Inquisición en su poder presumiblemente desde 1861. En este año el presidente Benito Juárez le ordenó al novelista, por entonces Diputado, recoger del arzobispado aquel archivo, a fin de publicar algunas causas célebres del tribunal. Naturalmente, la orden presidencial llevaba un fuerte contenido político y, por ello, fue avanzando estratégicamente, según lo referí con amplitud en la Introducción del

<sup>9</sup> Ibid., 8 de abril de 1868.

<sup>10</sup> Ibid., 9 de mayo de 1868.

<sup>11</sup> Ibid., 18 de junio de 1868.

<sup>12</sup> Ibid., 23 de julio de 1868.

presente estudio. Conviene ahora recordar sólo algunos puntos importantes. Juárez buscó el aval del Congreso de la Unión: un decreto, es decir, el asentimiento nacional para conocer los crímenes perpetrados por los extravíos de la intolerancia religiosa. Ante tal iniciativa presidencial, el clero y el Partido Conservador intentaron frenar el decreto. Tocaría a los diputados Vicente Riva Palacio y Juan Antonio Mateos defender el decreto, en una alianza tan fervorosa y eficaz, como cuando escribían al alimón dramas y comedias. El decreto finalmente se aprobó; el *Monitor Republicano* dio cabida al "Prospecto" del libro sobre las causa célebres de la Inquisición, pero éste nunca se publicó. Durante los siete años que corrieron entre el frustrado proyecto y la publicación de *Monja y casada...* Riva Palacio siguió en posesión de los documentos inquisitoriales y fueron, como era de esperarse, fuentes primordiales para las siete novelas sobre el pasado colonial subsecuentes a *Calvario y Tabor*, la única que se refiere al pasado inmediato.

Riva Palacio se vio favorecido por el público lector desde su primera novela, en cuyo prólogo Altamirano le otorgaba dimensiones épicas en abono tanto de la índole literaria como del triunfo de las ideas liberales. De mayor significación resulta el tránsito del narrador que fue testigo de los sucesos al que lee documentos de la historia colonial para su segunda obra, *Monja y casada, virgen y mártir*, paso ambivalentemente referido en el "Prospecto".

A mediados del mes de julio se publica la primera entrega de *Monja y casada...* Con ésta se anuncia también que constará de dieciocho a veinte, que las estampas se darían al término de la publicación cuyo fin se garantiza. Riva Palacio al frente del periódico *La Orquesta*, aunque embozado en el nombre de Juan de Jarras, y Manuel C. Villegas, uno de los editores de aquél, no cesaban de promover *Monja y casada, virgen y mártir*, título desolemnizado en el siguiente aviso: "Advertimos a nuestros corresponsales que vean los anuncios, que no vayan a creer que se trata de la Constitución

del 57, sino de una novela”<sup>13</sup>. Asimismo, autor y editor registraban cuanta mención hacían de la novela otros periódicos; con esto, la reputación de aquéllos se acrecentaba pues hubo elogios a la regularidad de las entregas, el bajo precio –un real cada una– que satisfacía con creces la magnífica impresión en muy buen papel, marco digno de una preciosa novela, a decir de *La Opinión Nacional*. Este advertía un narrador que sabía graduar las expectativas del lector:

Es de precepto en buena literatura, que se economicen al principio las escenas llamadas a producir sensaciones fuertes; de no hacerlo así, muy pronto se fatigaría la imaginación del lector, y el señor Riva Palacio ha sabido no tropezar con ese escollo, por lo que su tarea literaria merece los elogios que generalmente le tributan los mismos que también saben apreciar las galas del lenguaje en que se expresa el galante escritor a que nos referimos<sup>14</sup>.

El 8 de septiembre *La Orquesta* anuncia que con la entrega número 20 concluirá la novela y, a la vez, inserta el “Prospecto” de *Martín Garatuza*, continuación de *Monja y casada...*, obra cimentada en iguales garantías: el autor ha abrevado en fuentes históricas de los tiempos pasados.

Desde los inicios de la publicación de la primera novela de Riva Palacio, *La Revista Universal*, periódico de posturas diferentes a *La Orquesta* y, por ende, a las ideas liberales, informaba de las entregas; lo mismo ocurrió con *Monja y casada...* A propósito de la cuarta entrega la “Gacetilla” firmada por J.J. Arriaga decía:

...con gusto hemos notado que es el producto de serios estudios sobre los sucesos, las costumbres y el lenguaje de la época que

<sup>13</sup> Ibid., 29 de julio de 1868.

<sup>14</sup> Loc. cit.



describe, y que haciendo a un lado las exageraciones vulgares, que tanto han desacreditado este género de literatura, excita con su bien combinada narración el más vivo interés de los lectores para conocer en todos sus detalles las aventuras de los personajes que figuran en su obra.<sup>15</sup>

El comentario bien puede ser un testimonio de la caracterización que de la *Revista Universal* había formulado *La Orquesta*<sup>16</sup> a propósito de una polémica entre aquélla y *La Opinión Nacional*:

Beata o no, la *Revista Universal* es un colega que conforme a la ley de imprenta y a las ideas que profesamos, se ha lanzado a la arena periodística, tratando las cuestiones que se presentan, si bien bajo un aspecto en que nosotros no podemos convenir, sí con la caballeridad digna de un publicista, sin ocuparse de personalidades ni de injurias como acostumbra la *Opinión Nacional* que tanto afecta a la *Revista*, fundado nada más en que es un órgano del Partido que sucumbió con Maximiliano. Desearíamos que la *Opinión* desplegara

<sup>15</sup> La *Revista Universal*, 29 de julio de 1868.

<sup>16</sup> En 1868, paralelamente a la efervescencia política y cultural, surgieron nuevos periódicos. Uno de éstos fue *La Revista Universal*, defensora de los principios del catolicismo y del clero. Un año antes, en junio de 1867, *La Orquesta*, periódico liberal, inicia su tercera época con Vicente Riva Palacio como redactor en jefe. En 1868, sobresale el espíritu conciliador sin desviar la línea opositora frente al gobierno, iniciada en 1861, año en que se fundó. Tanto *La Revista Universal* como *La Orquesta* mantenían posturas doctrinarias, defendían las ideas conservadoras o liberales, hecho común a casi todos los periódicos de la época. Véase al respecto Reed Torres, "De Juárez a don Porfirio (1868-1879)", en *El Periodismo en México: 500 años de historia*, 1995, pp. 211-218. También Ortiz Monasterio, "La Orquesta (1861-1877). Periódico omniscio, de buen humor y con caricaturas", en *La Orquesta*, vol. II, núm. 7, mayo-junio de 1987, pp. 34-39.

ese lujo de caballerosidad que ha distinguido siempre al Partido Liberal y no abusara de la superioridad que le presta la situación en que se encuentra la *Revista* rodeada de enemigos.<sup>17</sup>

A principios del mes de agosto la *Revista Universal* publica un largo artículo sobre la Inquisición y Santo Domingo en torno al cual hizo observaciones *El Siglo XIX* a propósito del Santo "tostador". La respuesta del primer periódico al segundo es comentada en *La Orquesta* en los siguientes términos: los redactores de la *Revista Universal* declaran su propósito de tratar la Inquisición desde un punto de vista histórico y con ello "...combatir los errores de los nuevos moralistas *buscadores* de escenas horripilantes, para confeccionar dramas románticos..."<sup>18</sup> El comentario se produce cuando ya había salido a la luz la quinta entrega de *Monja y casada...*, hecho que evidencia la alusión a la novela; de ahí el asentimiento de *La Orquesta* ante la petición del periódico *El Constitucional* para dedicar al asunto un "Obligado" a la defensora de la Inquisición:

Y la *Orquesta*,  
a quien le cuesta,  
muy poco o ningún trabajo,  
sin esquivar nunca el bulto

.....  
por toda contestación  
dice: no tuvo razón  
la *Revista Universal*,  
y hará mal, muy mal, remal  
en no esquivar la pelea,  
pues por muy hábil que sea,  
y por más que alce el hisopo,

<sup>17</sup> La *Revista Universal*, 27 de junio de 1868.

<sup>18</sup> La *Orquesta*, 8 de agosto de 1868.

ha de ver más hasta el más topo,  
que aunque sujetos a errores  
no buscan los *buscadores*  
asuntos *edificantes*,  
pues no es preciso buscar  
donde se pueden hallar,  
como quien dice, al acaso,  
o más bien a cada paso,  
en las pasadas edades  
mil innegables verdades,  
que según miro y contemplo,  
son cada uno como un templo.<sup>19</sup>

La disquisición anterior se convertirá en el primer paso de La *Revista Universal* para desacreditar la novela de Riva Palacio arrojándose el derecho de cierta moralidad –la católica– según se desprende de los conceptos programáticos que el diario refrendaba a propósito de su primer aniversario, el 3 de agosto:

... la Religión, a quien debemos los mexicanos tantos beneficios como origen de nuestra civilización, como madre de las ciencias, como protectora de las artes; la Independencia, que constituye nuestro ser político, y la Unión de todos los que de buena fe quieren y trabajan por la felicidad de la patria; la unión de los que forman la parte morigerada para destruir a los eternos dañadores de la sociedad, o al menos para quitarles la posibilidad de dañar.<sup>20</sup>

Como ya se había dicho, la última entrega de *Monja y casada* aparece en septiembre de 1868 e inmediatamente comienza a publicarse *Martín Garatuza*. El primer día del mes de diciembre, la *Revista*

<sup>19</sup> Loc. cit.

<sup>20</sup> La *Revista Universal*, 13 de agosto de 1868.

*Universal* publica sin firma de autor el artículo "Monja y casada, virgen y mártir. Breves observaciones sobre esta moderna novela" en la Sección Literaria del periódico. En contraste con el título, el artículo se alarga hasta el mes de marzo de 1869, con una periodicidad irregular, de aproximadamente una o dos veces por semana. Ciñéndose inicialmente al subtítulo de la novela: *Historia de los tiempos de la Inquisición*,<sup>21</sup> el autor discute la intención expresa de Riva Palacio por esclarecer ciertos sucesos de la Colonia, especie de garantía que la obra desmiente al tornarse en un instrumento para atacar a la institución eclesiástica.

Apenas dos semanas después de haberse iniciado la publicación de las "Breves observaciones", *La Orquesta* descubre la identidad del autor:

La "Revista Universal". ¿Qué representa como periódico la *Revista*? ¿El partido liberal? Imposible. ¿Al moderado? No existe. ¿Al Conservador? Tampoco. Pues a...Al Padre Dávila y socios. Vamos a esta cuestión; si la *Revista* es un periódico ultrarreligioso y conservador como finge serlo, ¿en dónde tiene la licencia que necesita de su prelado para escribir acerca de las "cosas sagradas". La *Revista* es más papista que el Papa, aun en su mismo terreno, anda a tientas, y con arreglo a las leyes de la Iglesia, que ella pretende defender "está prohibida su lectura". ¿Qué es la *Revista*? Misa de tres ministros.<sup>22</sup>

Sobre la atribución de los artículos al presbítero Mariano Dávila, la *Revista Universal* afirma: "...poco importa al público el nombre de

<sup>21</sup> El subtítulo es de la primera edición (Manuel C. Villegas Editor, 1868). En las ediciones del siglo xx, el subtítulo desapareció (1917, Periódico El Demócrata; 1945, 1a. ed., Porrúa, Escritores Mexicanos; 2a ed. 1958; 4a. ed., 1982. 1986: Editorial Océano).

<sup>22</sup> La Orquesta, 19 de diciembre de 1868.

los autores, y sí mucho el esclarecimiento de la verdad histórica".<sup>23</sup> En aras de ésta señala un anacronismo: en la novela figura un personaje, Martín Garatuza, que no vivía en la Ciudad de México por el año de 1615 tal y como se le sitúa en la obra, según fuentes de primera mano: el proceso inquisitorial que se le formó al personaje, citado por Orozco y Berra en el *Diccionario de Historia y Geografía*. Y, además, en abierto reto solicita a *La Orquesta* pruebas. Ésta comienza a dar respuestas un tanto elusivas como el que más tarde comprobará conductas revoltosas del Arzobispo Pérez de la Serna, al lado de una muy precisa: todo cabe en el tejido de la fábula porque *Monja y casada* es una novela. A esto la *Revista Universal* responde con una nueva descalificación:

Nosotros estamos convencidos de que las novelas son un tejido de escenas fantásticas, inverosímiles, propias solo para entretener a la gente incapaz de otras lecturas útiles y provechosas. *La Orquesta* ha confirmado más nuestra opinión... poniendo de manifiesto lo que se puede esperar de las que se apellidan históricas...<sup>24</sup>

Así, por la Navidad de 1868, Mariano Dávila y Vicente Riva Palacio, aunque el primero jamás lo nombra en su crítica y el segundo se escuda en el seudónimo Juan de Jarras, mantienen una polémica que los retrata de cuerpo entero: solemnidad *versus* sentido del humor. Por el Día de Reyes de 1869, *La Orquesta* reitera la filiación de la *Revista Universal*:

*La Revista Universal*  
se está metiendo a patriota,  
y enarbolando el cirial  
grita a la gente devota.

<sup>23</sup> La Revista Universal, 15 de diciembre de 1868, p. 3.

<sup>24</sup> Ibid., 21 de diciembre de 1868.

Pero, entre proclamas tales  
y entre tan bellas teorías,  
trasciende a olor de misales  
y aromas de sacristía  
.....

¿Por qué habla del extranjero,  
de Patria y patriotismo  
el periódico del Clero,  
sin acusarse a sí mismo?

El que en los crudos reveses  
que ha sufrido la nación,  
dio dinero a los franceses  
y trajo la Intervención  
.....

Que hay un lenguaje prohibido  
para hombres de bandera,  
porque habrá gato escondido  
mas con la cola de fuera.<sup>25</sup>

A mediados de 1869 los artículos de Dávila forman el volumen intitulado *Breves observaciones sobre la moderna novela titulada "Monja y casada, virgen y mártir"* (*Historia de los tiempos de la Inquisición*). *Aceptación de un tremebundo reto*, con el seudónimo de Alguien.<sup>26</sup> La

<sup>25</sup> La Orquesta, 7 de enero de 1869.

<sup>26</sup> Opúsculo publicado en la "Revista Universal", México, Imprenta Literaria, 1869. El libro de Dávila es mencionado por Clementina Díaz y de Ovando, a quien debemos estudios pioneros sobre la obra de Riva Palacio. Castro Leal, en el prólogo a *Monja y casada...* menciona el libro de "Autor anónimo" (La novela del México colonial, 1977, t. II). Ortiz Monasterio es el primer autor que estudia el volumen de Dávila en *Historia y ficción*. Los dramas y las novelas de Vicente Riva Palacio, 1993.

publicación seguramente intentaba divulgar a un público más amplio la descalificación de la novela toda vez que la obra había tenido muy buena acogida entre los lectores, según lo informaba *La Orquesta* a propósito de la venta de las entregas. Tal éxito, por otra parte, será continuamente aludido por el Presbítero.

Si en el paso de los artículos por entregas a la reunión de un volumen se advierte la emulación de Dávila al proceso editorial de la novela de Riva Palacio, en el título quedará señalada la combatividad en la figura de un reto que se asume sin la petición y menos aún la aceptación del presunto duelista. Este primer indicio no hace más que descubrir el perfil del retador.

José Mariano Dávila y Arrillaga tuvo una larga vida; nace en 1789 y muere al parecer<sup>27</sup> en 1870: 81 años en los que mantuvo una relación muy estrecha con la Compañía de Jesús, por no haber podido pertenecer a ella enteramente. Durante la primera restauración de la Orden en México –Mayo de 1816– ingresa Dávila al noviciado, del cual se retira sin profesar en 1821, fecha de la nueva supresión de la Orden. Se dedica entonces al estudio de la Medicina, trabaja en un hospital, se casa y pronto enviuda, circunstancia que lo encamina nuevamente a la vida religiosa en la que profesa en 1857. Antes, en 1853, Santa Anna restablece la Compañía de Jesús; es entonces cuando se funda el Colegio de San Gregorio y una Escuela Gratuita para niños, tareas que encabezan cuatro hombres destacados: Lyon, Rivas, Icaza y Basilio Arrillaga, tío de Mariano Dávila (aunque era dos años menor que su sobrino). Recién ordenado sacerdote, Dávila fue domiciliado en Michoacán y después fue nombrado Director del Instituto Literario de Toluca; el período de su estancia no está

<sup>27</sup> *Los editores de la Continuación de la Historia de la Compañía de Jesús del P. Francisco Javier Alegre, obra póstuma de Dávila (1888-1889), advierten en el prólogo que la muerte del Presbítero pudo haber ocurrido en 1869 o en 1870. Otras fuentes dan la fecha de 1870.*

documentado pero sí se sabe que fue desterrado por el gobierno liberal. Regresó a Michoacán y años después fijó su residencia en la Ciudad de México hasta su muerte.<sup>28</sup>

Es numerosa la bibliografía de Dávila. Las obras más importantes confirman la opinión de sus biógrafos: Tuvo un profundo amor al Instituto Ignaciano, a cuya historia y defensa consagró las faenas de su activa pluma. Es autor de *la Continuación de la Compañía de Jesús en Nueva España, del P. Francisco Javier Alegre* (obra publicada en 1888, después de su muerte), *Defensa de la Compañía de Jesús* (1842), obra en la que Dávila ofrece datos de sí mismo: cuando era novicio publicó el periódico religioso *El Ilustrador católico* en 1846, y en 1848 el *Observador católico*; hizo traducciones, entre las que destaca el *Discurso sobre la excelencia de la religión católica. Opúsculo del Cardenal de La Luzerne*.<sup>29</sup> Su intervención en el *Diccionario Universal de Historia y Geografía* es notoria pues se encargó de la parte eclesiástica y de los tres tomos del *Apéndice*, en la que incluyó muchas curiosas historias sobre la Iglesia.

## JUEGO DE PERSPECTIVAS

¿Cuándo la historia ha dejado de ser alterada por la acalorada imaginación de los poetas y romanceros, o completamente desmentida por la encarnizada pasión del espíritu de partido?<sup>30</sup>

<sup>28</sup> Cf. Valverde Téllez, *Biobibliografía eclesiástica mexicana*, 1949, t.3, p.125.

<sup>29</sup> Dávila, *Continuación de la historia de la Compañía de Jesús de P. Francisco Javier Alegre, 1888-1889*, v. 1.

<sup>30</sup> Dávila, *Breves observaciones... 1869*, p. 14. *Se abrevia el largo título* Breves observaciones sobre la moderna novela titulada "Monja y casada, virgen y mártir" (Historia de los tiempos de la Inquisición) *Aceptación de un tremebundo reto*, 1869. En adelante omitiré la fecha por ser la única edición.



Con tales palabras Mariano Dávila sintetiza la ruptura que en su expectación creó *Monja y casada...*, cuyo subtítulo y anuncios aludían a la historia de los tiempos de la Inquisición. La cuestión que plantea el fragmento citado abre la defensa de la verdad histórica a través de un minucioso cotejo de los sucesos históricos elegidos por Riva Palacio. El procedimiento, como sabemos, es frecuente entre los estudiosos de la novela histórica.<sup>31</sup> Lo singular es el anteponer la verdad histórica a la ficción literaria para defender la moralidad católica y la institución que la funda.

Sabedor de que en la selección de ciertos sucesos históricos radica la postura ideológica del novelista, Dávila se detiene en la fundación del Convento de Santa Teresa la Antigua, El Tumulto de 1624 y el funcionamiento del Santo Oficio durante las primeras décadas del siglo XVII. El presente y continuo desapego del novelista a ciertas fuentes historiográficas recibe todo género de reproches por parte del Presbítero; desde su desconcierto por la supuesta ignorancia de autores tan conocidos como Carlos María de Bustamente, y José María Luis Mora y de obras como el *Diccionario de Historia y Geografía*, hasta la franca burla sobre el afán expreso de Riva Palacio por esclarecer hechos desconocidos del pasado colonial, precisamente tratados por las fuentes antedichas.

Las primeras páginas de la novela se refieren a la construcción del Convento de Santa Teresa la Antigua por el año de 1617.<sup>25</sup> En

<sup>31</sup> En el caso de las novelas históricas de Riva Palacio, por ejemplo, los prólogos de Castro Leal incluyen la precisión histórica de los sucesos, de modo que el lector discierna entre la veracidad y la ficción. Véase al respecto Algaba Martínez y Díaz Arciniega, "Antonio Castro Leal, esforzado constructor de una tradición", en *Historiografía de la Literatura mexicana. Ensayos y Comentarios*, 1996, pp. 319-323.

<sup>32</sup> Ortiz Monasterio precisa que corresponde al Convento de San José, pero se le denominaba con más frecuencia de Santa Teresa la Antigua. Al respecto, véase *Historia y Ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, 1993, p. 214.

este suceso Dávila espera encontrar el asunto o la historia principal; sin embargo, al llegar a la mitad de la obra observa que se va diluyendo y sólo ha servido como “ardid” para señalar ciertos enredos ilustradores de los medios turbios con los que la Iglesia adquiriría sus bienes; también para poner de relieve el fanatismo de Beatriz, dama de la Virreina, que cedió los terrenos para la construcción del convento.

Con absoluto rigor documental Dávila esclarece la cesión de los terrenos y advierte otros anacronismos como el uso del término “fanatismo” que Riva Palacio aplica a la acción de Beatriz de Ribera, pues en el siglo XVII no era palabra corriente ni mucho menos el resorte de las “obras pías”, a favor de los monacatos que eran “...retiro honesto; escuela de virtud de todas las clases...”<sup>33</sup> Como último y contundente desapego a la verdad histórica, el Presbítero señala que la selección de sucesos remotos es fallida por cuanto que el Convento de Santa Teresa es precisamente el más moderno.

El Tumulto de 1624 es objeto de un cuidadoso análisis, pues tal suceso es tomado por Riva Palacio para ilustrar un momento crítico de la sociedad novohispana, en el que afloran los privilegios malhabidos de la élite enriquecida—españoles, criollos—en contubernio con funcionarios de la Audiencia. Se trata del breve período virreinal de Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel, Marqués de Gelves y Conde de Priego (1614-1624), gobernante que llega a la Nueva España con una delicada misión: Combatir la corrupción que había alterado gravemente todos los órdenes de la vida social. Un asunto importante era el monopolio de productos básicos de la alimentación; el encarecimiento aumentaba la pobreza y con ésta una serie de conductas delictuosas y un manejo turbio de la justicia. En la elección de ese periodo crítico Riva Palacio realzará puntos oscuros: los males derivados del exceso de privilegios y la desmesura del poder. La mejor coyuntura ocurre en la rivalidad entre el Virrey

<sup>33</sup> Dávila, *Breves observaciones...*, p. 13.

y el Arzobispo, los representantes de las dos esferas que regían social y moralmente la Nueva España.

La naturaleza de la revuelta provocó varias versiones historiográficas, campo fértil en el que Dávila actuará finamente y con ello subrayará su fuerte oposición a las fuentes presuntamente consultadas por Riva Palacio quien eligió "la más parcial y desacreditada". El Presbítero precisa los registros historiográficos del Tumulto de 1624: las relaciones que sobre el suceso se habían remitido a Italia al exjesuita Andrés Cavo quien a principios del siglo XVIII preparaba la *Historia civil y política de México*, obra impresa en 1836 por Carlos María de Bustamante, bajo el título *Los tres siglos de México*. Ésta constituyó la fuente para otras tres versiones, la de José María Luis Mora, la anónima del *Diccionario Universal* y otra que Dávila dice haber leído en una novela española. De las cinco versiones, tres favorecían al Virrey de Gelves y las otras dos le eran adversas, es decir, estaban a favor del Arzobispo Pérez de la Serna.

Una vez deslindado el terreno, el historiador Dávila resalta el hecho de que las distintas versiones coinciden con la descripción de los temperamentos y las acciones del Virrey y el Arzobispo. La similitud de caracteres se convertirá en detonador de la revuelta social; los dos personajes eran imprudentes e iracundos, a la vez que ardientes defensores de sus terrenos y su misión, elementos, ya se ve, susceptibles de confrontación. Frente a lo anterior Dávila explicita:

Arrebatado era el Virrey y celoso en extremo de su autoridad; pero no le iba en zaga el Arzobispo, que fácilmente se dejaba arrastrar en defensa de su jurisdicción, fulminando excomuniones a roso y velloso, con un celo indiscreto e imprudente, que el apóstol llama *non secundum scientiam*, y que acaso precipitó el Tumulto y ocasionó tantas desgracias.<sup>34</sup>

<sup>34</sup> Ibid., p. 39.

La conducta singular del Arzobispo pertenecía sólo a él, añade el Presbítero, y no debió, por lo tanto, extrapolarse a todo el clero, como sucede en la novela de Riva Palacio, quien le otorga un papel sedicioso en el Tumulto de 1624.

Es de notar también la diferencia en el carácter y la actuación del Virrey de Gelves en la novela. Se presenta como un buen gobernante, recio de carácter, implacable en su misión, sensible a la desorganización social. De aquí la réplica de Dávila: tenía el Virrey un genio fogoso, demasiado duro y arrebatado, caprichoso en la aplicación del derecho, severo en los castigos, al grado de aumentar el número de ahorcados sobre el de los ladrones. Su terquedad se puso de manifiesto en la interrupción de las obras del desagüe, lo cual provocó una de las peores inundaciones en la ciudad. Fue, en suma, el prototipo del más “terrible *militarismo* y no menos arbitrario *cesarismo*”. A este respecto, el Presbítero anuda el mayor reproche: incomprensible que un novelista liberal omita tales vicios y le dé un sitio destacado entre los gobiernos virreinales. En efecto, Riva Palacio coloca al Virrey de Gelves inmediatamente después del Virrey Conde de Revillagigedo.

Con mayor precisión todavía, Dávila descubre las fuentes de Riva Palacio: las calumnias al clero figuran en la relación de Brambilia y Arriaga, canónigo de Oaxaca, “de no muy buen olor”; también de un enemigo del clero, Tomás Gage “¡otro que bien baila!” Y al respecto, surge un reclamo de fuerte aroma conservador: Si se atribuyen al clero acciones encaminadas a derrocar al gobierno español, de hacerse eco del espíritu de los criollos para independizarse de España; si éste es un delito, “¿En qué predicamento quedan los Hidalgos y Morelos, los Matamoros y Correas, declarados hoy héroes beneméritos de América septentrional?”.<sup>35</sup> Las palabras de Dávila se reiteraron en varias obras de historia y,

<sup>35</sup> Ibid., p. 40.

desde luego, pasaron al siglo xx en la *Historia de la Iglesia en México* del jesuita Mariano Cuevas.

La recreación novelesca del Tumulto de 1624 es objeto de un análisis fino por parte del Presbítero, a partir de la hipérbole que él nota. No obstante admitir que las revueltas sociales son campo fértil para interpretaciones fabulosas, considera que Riva Palacio ha errado en el punto de vista, en la perspectiva que todo narrador debe cuidar. La supuesta infracción reside en que se sitúa en las alturas, como si fuese a describir desde la cumbre de una montaña el paisaje de la planicie, recurso que provoca rasgos increíbles y grandiosos al Tumulto de 1624. Proceso éste distinto al del narrador que se acerca "...transladándose con la imaginación al teatro de los sucesos y a la época en que acontecieron", con lo cual, insiste Dávila, "... desaparecen como por encanto nuestras dudas todas y vacilaciones; tanto más cuanto mayor es el grado de experiencia que tenemos de este género de acontecimientos".<sup>36</sup>

Es éste justamente el punto de vista seleccionado por Dávila para contrarrestar el efecto dramático que la recreación del Tumulto de 1624 toma en el escenario de la novela. Por aquellos años, contrasta el Presbítero, la gente estaba acostumbrada, como cualquier pueblo, a tales turbulencias. La inferencia, ya se ve, opera como un ejemplo del quehacer del historiador, precisamente centrado en el concepto de verosimilitud. Aunque no se usa este término, se infiere del recurso de "transladarse con la imaginación al teatro de los sucesos y a la época en que acontecieron", movimiento que ya la retórica clásica atribuía al historiador para dar la verdad posible, probable o creíble, elementos de lo verosímil, concepto que emparenta al historiador con el poeta. Dávila acepta tal parentesco pero rechaza la exageración, lo inverosímil. Del falseamiento de la verdad histórica, señala, se forma en la novela un suceso "espantoso":

<sup>36</sup> Ibid., p. 35.

un motín terrible, alterando la paz pública y comprometiendo los intereses generales y particulares de una población, la primera de la Nueva España, su Capital, su Metrópoli... He aquí la horrible montaña distante de nosotros... y tan lejana como dos siglos y medio. Venzamos esta enorme distancia, sin declinar empero de la vía recta a las tortuosas; guiados por la razón y la crítica, no por la pasión y el espíritu de partido, por la verdad no por la imaginación.<sup>37</sup>

Mientras Mariano Dávila cotejaba fuentes y mostraba la verdad que éstas registraban para denostar una novela histórica y, sobre todo, con el fin de denunciar los orígenes del espíritu de partido a pesar de los llamados a la concordia, Riva Palacio se burlaba de la embestida del Presbítero y más bien parecía advertir en las "*Breves observaciones*" la mejor propaganda para su novela. Así se aprecia en el "Obligado" toque que *La Orquesta* dedica "Al gran Perlado Don Dávila por su crítica de la novela Monja y casada":

¿Qué vos movió buen Perlado?  
 ¿De dónde vos ocurrir  
 hablar esa larga historia,  
 e buscando el galardón  
 que todos somos tenidos  
 de dar a nuestro señor,  
 facer injuria a los buenos  
 con lo que nadie leyó  
 e llamar breve reseña  
 la cansada relación?  
 Que más valiera que leerla  
 yogar un año de prisión,  
 que más parecen denuestos

<sup>37</sup> Ibid., pp. 35-36.

a la Santa religión,  
que defensa de Perlado

.....  
Don Dávila, por favor,  
si non callades muy presto  
se acaba la suscripción,  
e le facéis grande tuerto  
al santo vuestro editor<sup>38</sup>

La historia y la función del Santo Oficio ocupan buena parte de la polémica histórica de Dávila porque en la novela las protagonistas son llevadas al tribunal y ahí son torturadas. De aquí surgen “escenas horripilantes”, justamente las que habían sido criticadas en la *Revista Universal*. Por otra parte, Riva Palacio transcribe el Edicto del Santo Oficio sobre “...la llamada Blanca Mejía en el siglo Sor Blanca del Corazón de Jesús, profesa en el convento de Santa Teresa de la Orden de Carmelitas descalzas, de donde con gran escándalo y perturbación ha huido, y viviendo en relajada vida pretende contraer o ha contraído matrimonio...”<sup>39</sup> Es de notar que las minuciosas precisiones y defensa de la Inquisición seguramente atentaban contra el anonimato del autor de las “*Breves observaciones*” pues con las siglas J.D., el Presbítero firmó el capítulo sobre la Inquisición para el *Diccionario Universal de Historia y Geografía*.<sup>40</sup>

Dávila comienza por establecer la falla inicial de Riva Palacio: ignora el estatuto real del Santo Oficio, en el que se lee que su Tribunal

<sup>38</sup> La Orquesta, 23 de enero de 1869.

<sup>39</sup> Riva Palacio, Monja y casada..., t. II, 1982, p. 107.

<sup>40</sup> Cf. Orozco y Berra et al. Diccionario Universal de Historia y Geografía, 1854, t. IV, pp. 270 a 292. Gutiérrez Casillas señala que en otros artículos del Diccionario, Dávila usaba las siglas J.M.D., cf. Jesuitas en México durante el siglo XIX, 1972.

actuaba como cualquier otro del orden civil, es decir, carecía de procedimientos específicos, según aparece en la novela, donde figura una descripción incorrecta del tormento a la que se vio sometida Blanca Mejía. Como señal de apego a la verdad, el crítico opone otra descripción tomada del libro *La conjuración del Marqués del Valle* (1843). Y si en puntos tan esenciales como los anteriores Riva Palacio falta a la verdad, en los accesorios sobran ejemplos.

El reproche mayor se centra nuevamente en la exageración del novelista sobre el número de penitenciados—800—que fueron llevados a la hoguera. Retomando a Torquemada, el Presbítero toma del *Diccionario Universal* el siguiente recuento: de 1574 a 1815, lapso en que funcionó el Santo Oficio hubo 30 Autos de fe; 405 Reos juzgados; de ellos, quemados vivos 9 y después de muertos, 12; fusilado, 1, ejecutados en estatua, 69. Por lo tanto, no llegan ni a tres por año los que sentenció el sangriento tribunal,<sup>41</sup> como se le califica en la novela. Al respecto, Riva Palacio no perdió la oportunidad de poner en tela de duda las cuentas de Dávila; retomando parte de un Editorial de *El Siglo XIX* acerca del Santo Oficio y la ejecución de personas, ya sea ahorcadas, quemadas o enterradas vivas en los Países Bajos, donde llegaron a cien mil entre los años de 1520 a 1550, el novelista hace el siguiente “Traslado”: “Aplíquese al reverendo Dávila esos cien mil, para cuenta de mayor cantidad y rebaje los doce que sostiene que fueron quemados únicamente por el Santo Oficio”.<sup>42</sup>

## DESLINDE

La breve glosa de la polémica histórica de Mariano Dávila permite ilustrar su intento por clarificar aquellas frases del Prospecto de *Monja y Casada...* dirigidas a incidir en las expectativas del público

<sup>41</sup> Dávila, *Breves observaciones...*, pp. 88-89.

<sup>42</sup> La Orquesta, 7 de julio de 1869.



lector: éste tendría la curiosidad de leer una novela cuyo autor había consultado “secretos y polvosos archivos” de los primeros años de la Conquista. El esclarecimiento de la verdad histórica pretende subrayar un problema ético: Riva Palacio promete referirse a la historia de los tiempos de la Inquisición mas no se apega a la verdad. Las finas precisiones de Dávila exhiben los errores de Riva Palacio a través de un enfrentamiento de fuentes historiográficas que delatan el largo y sustancioso camino de dos formas de abordar el pasado colonial. Dos anclas con las que los historiadores del siglo XIX pretendían sustentar el proyecto del país apenas independizado de España.

En ese nuevo ser la forma de gobierno abrirá el debate sobre el pasado. El pensamiento conservador veía más natural el seguimiento de las tradiciones por ser éstas la esencia del carácter y la organización social de los pueblos; de ahí su defensa de la monarquía como forma de gobierno. La idea conservadora, como sabemos, funda el partido de igual nombre tomando como suyo el programa de Lucas Alamán, en cuya *Historia de México* (1849-52) puede advertirse la visión del pasado como tres siglos de paz y prosperidad que configuraron en la sociedad costumbres, credo católico y adecuación al régimen monárquico. La defensa de la tradición colonial no tuvo reposo en casi todo el siglo pasado; de ella se expresaba la nostalgia de un pasado mejor, reacción que se veía favorecida por la larga cadena de conflictos políticos y sociales durante el siglo XIX.

Frente al conservadurismo, otros intelectuales condenaron la dominación española; la veían como una larga pesadilla de tres siglos. Ante la devastación pensaban el futuro como la oportunidad de innovar, por lo cual pusieron su mirada en los países anglosajones industriales y liberales. Ahí estaban “las luces del siglo” dice Edmundo O’Gorman y, agrega, para “los hombres de pluma”, la independencia era: “Como el despertar agitado de un sueño profundo y tenebroso para amanecer en un mundo de risueñas pro-

mesas".<sup>43</sup> El terrible sueño, puede notarse, destila esencias románticas. Y la modernidad política tendría que depositarse en el modelo republicano como forma de gobierno.

La exacerbada reacción de Mariano Dávila obedece a una pugna vigente aún en 1868, año de la publicación de *Monja y casada...* Riva Palacio recrea el pasado colonial y ahí subraya los excesos de la institución eclesiástica, el fanatismo, la intolerancia, indicios de una sociedad dogmática ante los que lucha y opone los nuevos valores de la razón, la libertad de cultos, indicios del pensamiento liberal.

Se trata entonces de una denuncia inmersa en la ambigüedad propia de una novela, recurso con el que se actualizan pormenores del funcionamiento de la Inquisición y conductas sediciosas del clero. Y, como Riva Palacio había advertido años antes, cuando se publicó el "Prospecto" del libro sobre las causas célebres del Santo Oficio, éstas ofrecían peripecias que seguramente colmarían las expectativas del lector. El frustrado libro se tornó en memorias vivas, según los subtítulos de las novelas subsecuentes a *Monja y casada...*,<sup>44</sup> señales de que el novelista se proponía iluminar puntos oscuros de la sociedad colonial, cuyas bases seguía defendiendo el Partido Conservador y la Iglesia todavía en 1868. En este sentido, puede comprenderse cabalmente el hecho de que Mariano Dávila sea el vocero del conservadurismo más extremo, postura que encontró campo fértil en su carácter belicoso y sus dotes eruditas.

<sup>43</sup> O'Gorman, "En trance de república", en *Occidente*, marzo-abril de 1945, p. 117.

<sup>44</sup> Martín Garatuza *continuación de Monja y casada... apareció con el subtítulo* Memorias de la Inquisición (1868, Manuel C. Villegas Editor), *el cual se repite en* Las dos emparedadas (1869). *Después en* 1869, Los Piratas del golfo *inauguran el subtítulo* Novela Histórica, *que se repetirá en* La vuelta de los muertos (1870); *Memorias de un impostor, don Guillén de Lampart, rey de México, y Un secreto que mata, publicada póstumamente en* 1917.

Arrogándose el derecho de defender un pasado que Riva Palacio aborda desde una perspectiva alejada del “teatro de los acontecimientos”, Dávila lo acusa por incomprender el orden social resultante de la Conquista, acción que la Providencia divina tenía reservada a España. En los designios de aquélla la Iglesia resulta crucial por cuanto la siembra de la fe católica.

El Providencialismo, implícito en la crítica, cobra el mayor de los sentidos en el sacerdote Dávila y se ve aún más potenciado por el pensamiento jesuita, siempre atento a las transformaciones sociales. Baste recordar el importante papel de la Compañía de Jesús frente a la formación de la burguesía europea, de ese nuevo orden y hombres nuevos que, adueñados de sí mismos, asumían sus éxitos y fracasos en la vida y, por ello, no necesitaban ya de la Providencia divina. Ante el cambio diametral, los jesuitas supieron adecuar algunos puntos del dogma católico y a la vez conservar la idea del orden y del tribunal divino después de la muerte.<sup>45</sup>

Del pensamiento jesuita en México, Dávila obtuvo el mejor de los aprendizajes en su tío Basilio Arrillaga y Barcárcel, considerado como uno de los sacerdotes más importantes del siglo XIX. Dotado de una alta educación, Arrillaga instruyó a Mariano Dávila en la escritura de la historia desde que éste era novicio –no de la Compañía de Jesús entonces suspendida– y le confió precisamente la defensa de la orden (*Defensa de la compañía de Jesús*) en 1842, cuando en la prensa se debatía su posible restauración. La estrecha relación entre sobrino y tío inició en años cruciales para la Iglesia mexicana. Primero en los 30, década en que surge el primer proyecto de las Leyes de Reforma; Arrillaga sostuvo entonces una ácida polémica con José María Luis Mora, a propósito de los bienes eclesiásticos, a la que me referiré en el Capítulo III. Cabe notar ahora que la presencia de Arrillaga en el ámbito político va en paralelo con los

<sup>45</sup> Cf. Groethuysen, La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII, 1981, pp. 90-95.

periodos de mayor fuerza del pensamiento conservador. La vida pública del jesuita inicia en 1835, cuando es diputado en el Congreso del Distrito Federal y donde sus discursos lograron acuñar la frase "Este fraile huele más a pólvora que a incienso". De 1844 a 49 fue Rector de la Universidad mientras que Dávila, como señalé antes, escribía la *Defensa de la Compañía de Jesús*. Durante el Segundo Imperio, Arrillaga fue Rector del Colegio de San Ildefonso, cargo del que fue removido en 1865, acaso por la polémica que sostuvo con el Abate Testory, capellán del emperador Maximiliano y en la cual retoma la defensa de los bienes de la Iglesia ante la confirmación de las Leyes de Reforma.<sup>46</sup>

En la relación de Mariano Dávila con su eminente tío se encuentra además una labor que para la polémica con Riva Palacio resulta fundamental: la censura de libros. Dávila aprendió muy bien las lecciones de Arrillaga seguramente en su biblioteca, de la que se sabe era una auténtica mina del saber universal y permanentemente actualizada. Este camino de lecturas aunado a una argumentación dotada de la retórica que nutría la proverbial enseñanza de los jesuitas, tuvo un papel clave en la Dirección del Instituto Literario de Toluca que Dávila asumió en los años 50 bajo un gobierno conservador. En un estudio sobre la estancia de Ignacio Manuel Altamirano en el Instituto Literario de Toluca, Nicole Giron señala la profunda intolerancia de Dávila, referida por el propio escritor cuando muchos años después escribió la biografía de Ignacio Ramírez. A propósito del plebiscito que Santa Anna ordenó antes de continuar la presidencia durante el que sería su último período, de 1853 a 1855, Altamirano recuerda que los alumnos del instituto acudieron a votar contra el dictador. La oposición recibió un castigo que proyectó los trazos de la ideología de Dávila:

<sup>46</sup> Cf. Valverde Téllez, *Biobibliografía eclesiástica mexicana*, t. 3, 1949. En esta fuente y en *Jesuitas en México durante el siglo XIX*, de Gutiérrez Casillas, se resalta la figura y la trascendencia de Arrillaga y Barcárcel.

La ira que provocó semejante alarde de independencia juvenil fue inmensa. El coronel español Pérez Gómez organizó una serenata, y fue a gritar al pie de las ventanas del Instituto esa misma noche: "Mueran las ciencias y las artes"; los alumnos votantes fueron expulsados, el colegio no se cerró pero los pocos alumnos que quedaron sufrieron mil vejaciones, las obras de Voltaire, de Rosseau, de Diderot y de D'Alambert que existían completas en la biblioteca, fueron quemadas de orden del director, un clérigo llamado Dávila y parecieron volver por un momento los tiempos inquisitoriales.<sup>47</sup>

El intento del Presbítero por desterrar las obras de los pensadores de la Ilustración será persistente, y en la polémica con Riva Palacio cobrará gran importancia. Poco después de la quema de libros, en 1856, con el gobierno liberal, el Congreso del Estado de México decretó la supresión del Instituto Literario.

La defensa del pasado colonial que Dávila opone a la selección de sucesos elegidos por Riva Palacio en *Monja y casada...* dejan ver al historiador no sólo de la orden jesuita en México sino de su nutrida colaboración en el *Diccionario Universal de Historia y Geografía* (1853-56) centrada en el largo apartado sobre *La Inquisición*, autoría que él desmiente cuando comienza a publicar por entregas sus "*Breves observaciones... a Monja y casada...*" La defensa de la Inquisición confirma esa intransigencia frente a las ideas modernas que caracterizó a los jesuitas y en la cual Martín Quirarte denuncia como el lado más conservador frente al pasado colonial.<sup>48</sup> A pesar de que en 1868 resultaba anacrónico defender el Santo Oficio, Dávila no cesa de hacer enmiendas para contrarrestar la visión

<sup>47</sup> Altamirano, Escritos de literatura y arte, en Obras completas, vol. XIII, 1988, pp. 130-131. Citado en Giron, Ignacio Manuel Altamirano en Toluca, 1993, p. 160.

<sup>48</sup> Cf. Quirarte, El problema religioso en México, 1967.

cruel manifiesta en *Monja y casada...* Más que el recuento de sacrificados en el “santo tribunal”, le importa rechazar la exhibición ante los lectores –de la novela y de sus propios artículos– del funcionamiento de aquél: la inserción del Edicto de acusación a Sor Blanca del Corazón de Jesús, documento en el que seguramente Riva Palacio se inspiró para crear el personaje de Blanca Mejía. Pero lo más intolerable para el defensor de la moral católica, recordemos, son las “escenas horripilantes” relativas al tratamiento que Luisa y Blanca Mejía reciben en la cárcel y ante el tribunal. Destaca la tortura a que es sometida Blanca Mejía:

Mira lo que vas a padecer –le gritaba el confesor... Tus carnes se abrirán, tu sangre goteará y correrá, tus músculos se harán pedazos, y sentirás todos los tormentos del infierno en esta vida y en la otra: confiesa...

Y de la tortura psicológica a la física, en detrimento del pudor de la víctima: “... lanzó un grito porque los carceleros habían arrancado el último cendal de su cuerpo...” Pero si la desnudez de la víctima es censurada por el sacerdote Dávila, de mayor peso inmoral le resultaba el comentario del narrador:

Tal vez ni un pensamiento impuro cruzó por la cabeza de aquellos hombres al contemplar a Blanca, porque estaban acostumbrados a esas escenas, y porque hay una especie de lascivia en la crueldad que ahoga todos los sentimientos.<sup>49</sup>

La crueldad inquisitorial ya había sido denostada en novelas anteriores a *Monja y casada...*, mas en ésta los recursos parecen extremarse; resultan distantes de *El Inquisidor*, de 1838, obra en la que José

<sup>49</sup> Riva Palacio, *Monja y casada...*, t. II, pp. 181-82.

Joaquín Pesado abrevia las escenas, producto de "las ideas y bárbara jurisprudencia" del Santo Oficio:

—¡Condenada Sara al tormento! exclamó Duarte, ¡Oh! no; yo soy el culpado y no ella. Desde luego me confieso delincuente. Inútil sería cansar al lector con la serie de preguntas y respuestas que siguieron a esta confesión. En virtud de ellas obtuvo el tribunal cuantos datos eran necesarios para cerrar el proceso, y fulminar a pocos días la sentencia a que se hicieron acreedores los reos en virtud de permanecer impenitentes.<sup>50</sup>

*Monja y casada...* ya no sugiere los mecanismos, descubre e ilumina el secreto: "el alma, el resorte, nervio poderoso de la Inquisición",<sup>51</sup> como reiterará el historiador Riva Palacio quince años después en el capítulo sobre el Virreinato en *México a través de los siglos*. En sentido opuesto, una década más tarde Joaquín García Icazbalceta señalaba los errores de perspectiva frente al pasado colonial de quienes sustraían hechos particulares, como si fuese "un solo punto de tiempo el dilatado espacio de tres siglos... el juicio general debiera fundarse en el conocimiento íntimo de aquél período, y deducirse, no de hechos aislados, sino del carácter general del conjunto".<sup>52</sup> La aprehensión del pasado colonial bulle en la polémica de Dávila y, aparentemente, el asunto del Santo Oficio es el principal, por las "pruebas" que Riva Palacio dice tener, según

<sup>50</sup> Pesado, *El Inquisidor de México*, en *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, 1985, p. 209.

<sup>51</sup> Riva Palacio, "El Virreinato", en *México a través de los siglos*, t. III, ed. sin fecha, p. 411.

<sup>52</sup> Cit. en Martínez, "Joaquín García Icazbalceta", en *Historiografía de la Literatura mexicana. Ensayos y comentarios*, 1996, p. 36-37.



2894316

podemos leer después de los capítulos en los que figura el Edicto mencionado y las escenas de tortura de la protagonista:

En los límites de una novela no se puede tratar una cuestión de esta clase; sin embargo, si alguien levantase la voz negando los hechos que referimos y defendiendo al Tribunal de la Inquisición, documentos irrefutables tenemos para confundirlos.<sup>53</sup>

Ante tal declaración, el Presbítero responderá con la parte segunda de sus *Breves observaciones...* intitulada "La Inquisición. Un reto". El gran espacio sobre el tema verifica la preocupación del historiador Dávila por divulgar la verdad sobre una cuestión que

"las luces" del siglo han vuelto tan confusa, tan oscura y complicada, por las diversas y variadas formas con que ha sido y es tratada por los llamados *reformadores y progresistas*, en sus libros y discursos, sus periódicos, novelas y comedias... cuestión con que han logrado infundir, con sólo iniciarla o pronunciar su nombre, el más pánico terror y general alarma que han presenciado los tiempos...<sup>54</sup>

La reiterada defensa de la verdad histórica en una novela fue cobrando mayor dificultad; Dávila sabía que la recreación del Tumulto de 1624 en *Monja y casada...* era una pieza clave del entramado narrativo pues ahí se anuda el ataque al clero mexicano, según sus propias palabras. Surge entonces su exhortación a revisar fuentes históricas para denotar las que presuntamente consultó Riva Palacio.

Las pruebas que Dávila acumuló para tal finalidad hubiesen bastado a su competencia de historiador; entendía, sin embargo,

<sup>53</sup> Riva Palacio, *Monja y casada...t. II*, p. 223.

<sup>54</sup> Dávila, *Breves observaciones...*, p. 60.



que se enfrentaba a una novela de tesis, doctrinaria, la cual era a su parecer una muestra más de los “dramas románticos” que el Folletín había puesto en boga. El Presbítero sabía que su espíritu jesuita tan combativo como parecía ser la novela, debía descalificarla y exhibir las “pruebas” –esa palabra clave en los recursos del polemista– de que la novela no alcanzaba la categoría artística. Su decisión fue incitada seguramente por una de las respuestas socarronas y absolutamente pertinentes de Riva Palacio ante el gran acopio de datos por parte de Dávila:

¿Qué podremos decir ante la severa y juiciosa crítica de nuestro amable Presbítero... La verdad, nada, porque sería preciso escribir un libro entero. La verdad es que nosotros estudiamos la historia por otro autor muy distinto del que se la enseñó al padre Dávila, y allá cada uno de los que han leído crítica y novela mediten, darán razón al que la tenga, que esto es tan fácil, que a nadie le parecerá cosa del otro jueves.<sup>55</sup>

<sup>55</sup> La Orquesta, 8 de enero de 1869.



## Capítulo II

### La polémica literaria

#### EL PARADIGMA

Si en la polémica histórica Mariano Dávila defendió la presunta verdad con el fin de resaltar un problema ético inherente a la imaginación del novelista Riva Palacio, empeñado en hacerse pasar por historiador, en la polémica literaria abordará el problema estético para descalificar *Monja y casada...* El análisis de la novela discurre en paralelo con las precisiones históricas, en virtud de un recurso hábil y soterrado: Dávila lee la obra y, simultáneamente, rastrea la trama y la intriga; las descompone y las enmienda. El resultado, ya podrá imaginarse, es una nueva versión de la novela que, desde luego, evita a los lectores los aspectos inmorales. En la táctica aflora, por lo demás, la emulación del crítico con el novelista. Es este recurso uno más de entre un conjunto susceptible de varias calas y que abordaré en el Capítulo III. Conviene ahora tener presente que la táctica mencionada antes posee también un efecto inmediato: el Presbítero intenta robarle público a *Martín Garatuza*, –continuación de *Monja y Casada...*– pues la primera entrega de “Las breves observaciones sobre *Monja y Casada...*” aparece el 10. de diciembre de 1868 en *La Revista Universal*, cuando ya habían aparecido las primeras entregas de *Martín Garatuza*.

Los parámetros a los que es sometida la novela indican la adhesión a una poética neoclásica corriente en la segunda mitad del siglo XIX. Aunque Dávila menciona vagamente sus fuentes,

aplica preceptos que ya habían remontado algunas de las enseñanzas de Luzán en el mundo hispánico, mas aún cautas frente a la estética romántica. Esta línea tiene acaso su mejor representante en la obra de Manuel de la Revilla y Moreno, autor en boga durante la década de 1870; si bien es un poco posterior, su preceptiva coincide en gran medida con el análisis de *Monja y casada...* pues seguramente hay fuentes comunes.

Al definir el propósito de sus *Breves observaciones...* Dávila resalta su expectativa sobre el autor de *Monja y casada...*:

...algunos artículos periodísticos que hemos visto de su pluma, lo acreditan de hombre sensato, pensador, y sobre todo muy ajeno del espíritu de partido, que por desgracia caracteriza a ciertos escritores del día; y por otra parte, habiendo oído recomendar su literatura con especialidad en la difícil ciencia histórica, nos formamos juicio de que en la exposición de los hechos que se proponía presentar a sus lectores, bajo el agradable aspecto de un romance, no se apartaría un ápice de la verdad, sabiendo distinguir lo falso de lo cierto, lo apasionado de lo justo, lo dudoso de lo probado: reuniendo a lo dulce lo útil, y lo que es más importante en este siglo, llamado de *ilustración* y de *progreso*, de *crítica* y de *filosofía*, llenando cumplidamente las dos condiciones indispensables de la poesía, —lo bello y lo bueno— bello en la forma, bueno en el fondo: ley universal, siempre acatada y jamás puesta en duda.<sup>56</sup>

La forma y el fondo son, efectivamente, los ejes del análisis. La primera ha de responder a lo bello, la segunda a lo bueno, y éste designa la moralidad de la obra, mientras que en su belleza radican las cualidades reales y verdaderas que son: la variedad, la unidad, la regularidad, el orden y la proporción, gobernadas por las siguientes reglas: la unidad de acción, la verosimilitud de los sucesos,

<sup>56</sup> Dávila, *Breves observaciones...*, p. 4.

la relación de los episodios y la moralidad del objeto. Los conceptos, según se aprecia, corresponden al modelo neoclásico más corriente, por así decirlo; pero “lo bueno”, continente de lo moral, es un elemento peculiar, pues de acuerdo a este marco preceptivo, no corresponde a las obras literarias, sino a las didácticas y de oratoria, discursos en cuyos fines y medios resulta comprobable la moralidad. El sesgo que imprime Dávila era, sin embargo, común en algunos críticos españoles y franceses, quienes no cesaban de calificar a los novelistas románticos como más cuidadosos de las formas que del fondo, de la moralidad.<sup>57</sup>

La expresión de la belleza en la forma en *Monja y casada...* no pasa del todo el examen del crítico. La unidad y la variedad son aquí los conceptos clave. De modo semejante a Revilla, Dávila identificará la unidad con la existencia de un solo asunto, una sola idea, un solo plan, una sola inspiración. En la variedad –elemento específico de la novela– comprenderá la acción expresada mediante episodios –muy numerosos– y los personajes.<sup>58</sup> Y, finalmente, decidirá que la combinación de la unidad y la variedad es la que logra una obra armónica, viva, es decir, bella. *Monja y casada...*, según el Presbítero, tiene varios asuntos, muchísimos episodios y, acaso lo más peculiar, asuntos o historias<sup>59</sup> desconectados entre sí.

Antes de profundizar en algunos ejemplos al respecto, conviene recordar brevemente la organización, el contenido de la obra y las condiciones de su recepción. La novela está dividida en cuatro libros y cada uno en capítulos, ordenamiento al que se atiene Dávila; a esto hay que añadir la publicación por entregas, efecto que tiende a diluirse cuando, muy pronto, los fascículos integraron

<sup>57</sup> Cf. Revilla, Principios generales de Literatura e Historia de la Literatura Española, 1877, pp. 427ss.

<sup>58</sup> Cf. Ibid.

<sup>59</sup> Dávila usa indistintamente asunto e historia.

un volumen. A grandes rasgos, las historias —efectivamente son varias— comienzan en el siguiente orden: la fundación del Convento de Santa Teresa la Antigua da pie a la primera historia sobre los amores entre Beatriz de Ribera y el Oidor Fernando Quesada. Intercalada en esa historia, aparece la de un esclavo, Teodoro, degradado en su pertenencia a la clase noble de su raza negra. Entre estas dos historias comienza a tejerse la historia central cuyas protagonistas son dos mujeres: Luisa y Blanca Mejía, esta última la monja y casada, virgen y mártir, como se titula la novela.

Colmada de sinuosidades derivadas del destino de las protagonistas, la historia central aparece y desaparece intensificando el suspenso indispensable para aumentar las expectativas del lector que periódicamente recibe las entregas. En suma, *Monja y casada...* tiene una historia central y varias adyacentes.

Dávila, y acaso cualquier lector, espera que la primera historia enlazada a la fundación del Convento de Santa Teresa la Antigua en 1615 sea la principal y la única, debido a su notable extensión. Este elemento, aunado a que el narrador recarga la crítica a las instituciones eclesiásticas, es materia de las más detalladas precisiones en cuanto a la verdad histórica, como ya mencioné en el Capítulo I. En el terreno literario, el Presbítero nota su progresiva desaparición, indicio para él de que es un “ardid” para exhibir los desmanes del clero. En efecto, Riva Palacio pone de relieve el fanatismo religioso rector de los destinos de las mujeres novohispanas y ciertas argucias de las autoridades eclesiásticas para apoderarse de bienes. Atinadamente el crítico advierte en la primera historia una especie de detonador de la historia central, aunque para él, consecuente con su perspectiva de análisis, la novela ya no obedece a un solo plan. Irá comprobando luego las dimensiones de los otros asuntos o historias en los que, de paso, observa títulos y subtítulos ajenos al contenido. Omite el recurso del narrador orientado a aumentar el suspenso y, a la vez, a mantener un juego humorístico con el lector. Ejemplos: “Cómo ‘en donde menos se

piensa''; ''Donde el 'diablo tira de la manta''; ''En que se sabe cosa increíble pero verdadera''.

El juicio sobre el Libro III intitulado ''*Monja y casada*'' ilustra la acuciosidad de Dávila:

En efecto, aquí se verifican ambas condiciones. Pero tan *al vapor*, que más que asunto de un libro, cualquiera le diría episodio. Juzgándolo aritméticamente, hallaremos que de la página 293 a la 437 en que da principio el siguiente... por 144 fojas... apenas hay 29 en que se hace relación de su fuga del convento, de su matrimonio y aprehensión, pues aunque por todas son 41, de las restantes 3 se ocupa del Santo Oficio...otras tantas contiene el regreso de Felisa y el Sacristán, sus cómplices de fuga, al monasterio, y las restantes hacen poco a la historia.<sup>60</sup>

La dilatación de secuencias es, en contraste, advertida por el narrador con una excusa humorística y eficazmente trasladada a la cotidianeidad de sus lectores:

Como dicen vulgarmente, que cuidados mayores quitan menores, por seguir el hilo de nuestra historia hemos abandonado desde hace mucho tiempo a dos personas que, no por su poca representación dejan también, como dicen los modernos políticos, de haber contribuido con su ''grano de arena''. Tal vez el lector no recuerde ya a Felisa, la muchacha del convento de Santa Teresa, y al sacristán su novio, a quienes abandonamos en los momentos mismos en que la ronda se cansaba en su persecución. Los abandonamos en el momento del peligro, pero es en estos tiempos cosa muy común.<sup>61</sup>

<sup>60</sup> Dávila, *Breves observaciones...*, p. 25.

<sup>61</sup> Riva Palacio, *Monja y Casada*, t. II, p. 166.

Enseguida y trazando un movimiento inverso en la narración, se condensarán elementos claves del destino de una de las protagonistas de la historia central, como en preparación de un momento climático antecesor del desenlace. La rapidez con que se dan indicios definitivos para entender el Libro IV ("Virgen y mártir") indican nuevamente la dosificación del plan del narrador. No es ésta la opinión de Dávila, por supuesto; él sigue empeñado en perseguir una historia lineal, sin tantos vericuetos.

Respecto a la falta de correspondencia entre el título del Libro III, "*Monja y Casada*", y el contenido de sus 19 capítulos, es decir las "144 fojas" ajenas a la historia central, constituye uno de los juicios más representativos de la argumentación de Dávila. Este dilatado espacio, conviene aclarar, se inicia con una crónica sobre el estado socioeconómico de la Nueva España en 1624, que propiciará la inserción del segundo suceso histórico en el ámbito novelesco: el Gran Tumulto de aquel año. Riva Palacio hace una doble conexión; por un lado, con la fundación del convento de Santa Teresa la Antigua, pues el entonces arzobispo Juan Pérez de la Serna se había encargado de adquirir los terrenos para erigirlo, y de otro lado, con la historia central porque nueve años más tarde, en 1624, del mismo Arzobispo depende el trámite de la dispensa de votos de Blanca Mejía y así abandonar el convento. Dicho de otro modo, el autor eligió dos sucesos que ponen de relieve ciertos excesos de la Iglesia y del Arzobispo, quien por el año de 1624 sostenía un acalorado pleito con el virrey Marqués de Gelves. Ambos protagonistas del suceso histórico ingresan a la historia ficticia central o, inversamente, como subraya Dávila, los personajes ficticios figuran en el suceso histórico. De ahí que diga:

Qué relación haya tenido este escandaloso acontecimiento con la *novela histórica* de una monja, que aburrida de un estado, que si se quiere abrazó forzada por la tiranía y la codicia de su hermano, en desprecio de las censuras de la Iglesia, se fuga del claustro, se alza



con un nombre supuesto, y cae en consecuencia en poder de la Inquisición... nosotros no la alcanzamos a comprender; tanto más, cuanto que ese añejo y desfigurado episodio a nada conducía para el fin que se proponía el autor de dar a conocer una *monja* a la vez *casada*, y también *virgen y mártir*, ni hacía la menor falta para desenvolver cumplidamente su plan. Empero desde el principio de la leyenda algo se entrevió, por la narración del acto de posesión de las casas legadas para el convento de Santa Teresa, fuertemente disputadas por el heredero del fundador... Desde luego comprendimos el espíritu de la novela. Bajo aquel extraño título que se le daba para llamar la atención, nada menos se proponía que –según la moda del siglo– zaherir al arzobispo Pérez de la Serna y al clero mexicano de esos tiempos.<sup>62</sup>

Las últimas frases del Presbítero muestran que está enfrentándose a una novela de tesis, con una postura ideológica distinta de la suya, no obstante para descalificarla se está valiendo de una preceptiva que definía la novela histórica con ingredientes de difícil ejecución. Aquí nuevamente hay coincidencias con Revilla, quien precisa para este tipo de obra una combinatoria de dos acciones, la histórica y la ficticia. En estas dos vertientes el narrador debe: unir las indisolublemente sin faltar a la verdad histórica, ni siquiera a la verosimilitud; retratar con fidelidad y animación las costumbres, ideas, sentimiento de la época; idealizar y embellecer la acción histórica sin que falte a la verdad de los hechos; no desfigurar el verdadero carácter de los personajes históricos y, por último, identificar los personajes ficticios con el espíritu de la época. Semejante tarea rara vez se cumple, según acepta el propio Revilla, pues ningún autor de novela histórica cabría en esta rígida preceptiva.<sup>63</sup>

<sup>62</sup> Dávila, *Breves observaciones...*, p. 35.

<sup>63</sup> Cf. Revilla, *Principios generales de Literatura e Historia de la Literatura Española*, 1877, p. 424.

Sin duda, las novelas de Walter Scott son el paradigma de la novela histórica del siglo pasado; en ellas la historiografía y la literatura constituyen vasos comunicantes. Chateaubriand y todos los historiadores románticos emulan al narrador de la novela, miran al pasado y lo narran no como fue, sino como hubiesen querido que fuese, según lo señala el historiador Juan Antonio Ortega y Medina:

Historiadores como Chateaubriand, Agustín Thierry y, sobre todo, Amable Barante recurren a estas engañosas y rebuscadas recreaciones y cifran casi todo su interés en darnos una matizada y animada narración en lugar de asegurar la verdad de ésta. Escriben para narrar no para probar. (*Scribitur ad narrandum, non ad probandum*), como lo aconsejara Quintiliano. La *Historia* no tenía, por consiguiente, que analizar con frialdad, sino emocionar como la poesía, puesto que, a fin de cuentas, la verdad poética, como lo había proclamado Aristóteles, era superior a la verdad histórica.<sup>64</sup>

Así, la verdad poética, la verosimilitud, proveniente de la poética clásica emparenta las novelas de Walter Scott con la historiografía romántica; en tanto que los neoclásicos como Revilla –y Dávila– solicitan al novelista no faltar a la verdad histórica ni siquiera a la verosimilitud, idealizar y embellecer la acción histórica sin que se falte a la verdad de los hechos. Tales preceptos intentan sobreponer la presunta verdad histórica sobre la ficción para contrarrestar la imaginación del novelista, del narrador romántico, insoportable para quienes sujetan la novela a reglas y a modelos más bien virtuales y, sobre todo, transhistóricos.

En Europa la pasión por la historia abarcó todo el siglo XIX y no fue territorio exclusivo de los románticos. Thiers se opuso al color local, a la exageración, a los efectos artísticos que pudieran ir “en

<sup>64</sup> *Prólogo a W.H. Prescott, Historia de la Conquista de México, 1970, p. XIV.*

detrimento de la verdad" y decía: "Mentir en el fondo, mentir en la forma, en el tono, es algo intolerable... la historia debe ser verdadera, simple, sobria".<sup>65</sup>

El antiromanticismo de autores como Thiers no parece haber limitado ni frenado el parentesco ineludible entre los narradores así de la ficción como de la historiografía. Alfredo de Vigny, por ejemplo, veía en la historia un auxiliar de la literatura y a la novela, consecuentemente, le otorgaba superioridad por cuanto realza las ideas, refuerza los caracteres y domina o armoniza los hechos contradictorios o confusos.<sup>66</sup>

*Monja y casada...* no posee la belleza formal que solicitan los preceptos neoclásicos; como cualquier romántico, Riva Palacio imprime unidad a la acción y al conjunto pues como subrayé antes la historia central atrae a las secundarias con movimientos sinuosos que abrevian, o alargan o suspenden, recurso eficaz que cubre un doble propósito: mantener la expectativa de un lector que recibe las entregas; distender la emoción ante los destinos de personajes que se debaten en la pasión amorosa, o en la opresión del fanatismo religioso o en el intento de acceder o, siquiera obtener, un mejor lugar en la sociedad. El plan responde entonces a unos principios básicos de la narración, pero ésta se desarrolla mediante distintos recursos, sin reglas fijas, como decía Víctor Hugo para el drama y "...según las condiciones propias de cada asunto".<sup>67</sup>

## UN PROBLEMA DE VEROSIMILITUD

Una novela no es la historia –es verdad; pero un panorama tampoco es un verdadero paisaje, y sin embargo, si las reglas de la perspectiva

<sup>10</sup> Cit. en Picard, *El romanticismo social*, 1947, p. 210.

<sup>11</sup> Cit. en *Ibid.*, p. 212.

<sup>12</sup> Víctor Hugo, "Prefacio" a *Cromwell*, 1977, p. 20.

no son bien observadas, si los árboles no estriban en el suelo, si los hombres son más grandes que las casas; si los caballos vuelan por el aire y las nubes se arrastran por la tierra, las gentes separarán los ojos con fastidio; porque el sentimiento de los verdadero que tenemos en nosotros será ofendido, y porque el pintor habrá obrado en oposición a los principios del arte que debe imitar a la naturaleza.<sup>68</sup>

Este fragmento es citado por Dávila sin dar de su autor más que el dato significativo de haberse ocupado de *El Conde de Montecristo* de Alexandre Dumas. Define el concepto de verosimilitud con el que se analizará *Monja y casada...* y esclarece un punto clave: el traslado de la realidad a la obra literaria que, como sabemos, constituye el centro de las teorías poéticas. Copiar, imitar o recrear la naturaleza son los términos de los que se desprenden distintos conceptos de verosimilitud. Privilegiando el punto de vista del narrador, el fragmento indica el proceso de la mimesis, en el que se fragua la verdad artística. De modo tal que la realidad llevada a una novela no es la realidad de la historia; compete al narrador, sin embargo, imaginar o inventar, en su imitación de la naturaleza, lo que cabe o puede haber en ella, esto es, lo verosímil. Aquí estriba la cuidadosa tarea del novelista, o como recomienda Dávila a Riva Palacio: "Para mentir y comer pescado hay que tener mucho cuidado".

El fragmento al servicio de la argumentación de Dávila toca el problema del realismo en la novela, objeto de polémicas en Europa desde los años cuarenta del siglo pasado con el surgimiento del Folletín, y hasta los ochenta, a propósito del Naturalismo. En España, por ejemplo, menudeaban las críticas al realismo por cuanto las obras pintaban vicios, miserias morales; se pedía, en cambio, fantasía, fidelidad parcial a la realidad. Asimismo, hacia la década de los cincuenta, abundaron las críticas

<sup>68</sup> Dávila, *Breves observaciones...*, p. 43.

a las novelas con lecciones políticas o morales, se las consideraba arte utilitario; la novela social carecía de belleza por su realismo, amenazante para los lectores de la clase media, a quienes se mostraban los temas de la clase socialmente oprimida.<sup>69</sup> A fines de los años setenta Revilla recomendaba no copiar servilmente a la naturaleza sino "...representarla con 'libre idealidad' ...eligiendo en la realidad los objetos, rasgos y momentos más bellos, dejando en la sombra o usando como contraste lo feo..."<sup>70</sup> pues, subrayaba "...es innegable que la ficción artística es más bella que la realidad",<sup>71</sup> conceptos de clara filiación a la estética de Hegel.

Dávila analizará *Monja y casada*... bajo algunos conceptos hegelianos aunque insistirá en discutir el problema de la verosimilitud desde su realización en el relato historiográfico; por eso, invocará las "reglas de la perspectiva", a fin de resaltar las exageraciones, las hipérboles. Solicitará, por lo tanto, una doble verosimilitud, la histórica y la artística, un hipotético y peculiar realismo, y en éste defenderá el privilegio de lo bello, la no inclusión de lo feo, es decir lo opuesto a la estética romántica de Víctor Hugo, quien señalaba que lo bello forma una simetría absoluta mas restringida pues "lo feo existe a su lado".<sup>72</sup>

La verosimilitud, lo sabemos, ocurre en la relación entre la obra y el lector. El efecto más buscado por el autor y el de mayor eficacia sobre el lector consiste, como apunta Roman Jakobson, en no privilegiar la adecuación con el referente, sino la adhesión con el

<sup>69</sup> Cf. Zavala, *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*, 1971, pp. 171ss; también *El texto de la historia*, 1981.

<sup>70</sup> Revilla, *Principios generales de la Literatura e Historia de la Literatura Española*, 1877, p. 82.

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 78.

<sup>72</sup> Víctor Hugo, "*Prefacio a Cromwell*", 1977, p. 10.

destinatario.<sup>73</sup> Es justamente en tal efecto donde ahora percibimos la verosimilitud en *Monja y casada...* Dávila lo sabía también pero desde la perspectiva de su tiempo, la del momento mismo de la escritura de la novela; de ahí el rechazo a la desbordada licencia del novelista, la excesiva libertad, el gran vuelo de la imaginación, la osadía, en última instancia, de recrear el pasado colonial en una mixtura con el presente.

Como he señalado varias veces, el desapego a la verdad histórica produce inverosimilitud en los personajes, según Dávila, quien a lo anterior añade un aspecto moral, la ausencia de virtud en ellos: todos poseen alguna mancha, sea el fanatismo religioso, sea la servidumbre del estado amoroso o bien los bajos intereses mundanos. En otras palabras, Riva Palacio exhibe las miserias humanas. En el Capítulo I mencioné algunas precisiones de Dávila sobre el “verdadero” carácter de los personajes históricos; los rasgos del arzobispo Pérez de la Serna y el virrey Marqués de Gelves son tergiversados para depositar en el primero el afán de poder que lo lleva a usar medios deshonestos, y en el segundo un temple equilibrado para gobernar y apaciguar el afán de la máxima autoridad eclesiástica que se había aliado con los Oidores.

El importante papel del personaje Martín Garatuza es desmentido por Dávila justamente al inicio de sus *Breves observaciones...* La existencia del personaje, según sus fuentes historiográficas, no coincide con la edad que se le adjudica en la novela. En 1615, año de la fundación del convento de Santa Teresa la Antigua, era un niño de diez años y no un joven capaz de superar a un soldado en el uso de las armas y menos aún podría ser el hombre de las

<sup>73</sup> El concepto de verosimilitud y sus distintas acepciones en las varias y, a veces, controvertidas definiciones de realismo, están magistralmente especificadas en el artículo de Roman Jakobson “Du realism en art”, en *Quéstions de Poétique*, 1973, pp. 31-37. Citado también en Beristáin, *Diccionario de Poética y Retórica*, 1985, p. 482.

confianzas del arzobispo Pérez de la Serna, cuando éste se ocupaba de la cesión de los terrenos para el convento, según sucede en *Monja y casada*....:

¿Quién será ese Martín, de tanto *valor, confianza y actividad*, a quien el Arzobispo hace su *brazo derecho* en este *célebre negocio*... ¿Pero no hay tantos Martínez, Martinillos y Martinetes en el mundo...? ¿lo creerán nuestros lectores? era... ¿será una *verdad histórica* a la que no se puede faltar? ...era ¿y no nos caemos muertos del asombro, o desmayados, al menos, por el golpe violento y sorprendente de una risa homérica? ...pues era... ¡el señor Bachiller don Martín de Villavicencio y Salazar (a) *Garatuza*, y por posteriores (aa) “Martín Droga, Martín Lutero y Chepe Garatuza”, cuya vida ha hecho sudar las prensas para ejemplo y común edificación, y ¡ en honra y gloria de la literatura mexicana! <sup>74</sup>

La revelación del anacronismo en el personaje exhibe las fallas del historiador Riva Palacio, pero en el plano literario el Presbítero critica la elección de un personaje que ya había sido retomado en otras obras –aunque no las menciona–; es decir, subraya la falta de originalidad. Al respecto Dávila hará en otro lugar propuestas de personajes inéditos, que se encuentran en, por ejemplo, los archivos de La Acordada, en vez de los de la Inquisición, donde figura Martín de Villavicencio y Salazar, alias Garatuza, vicioso, hábil estafador y otros cargos. Ciertamente Riva Palacio elige específicamente a un joven de conducta oscura:

Martín era un perdido, un truhán... estaba en relación con la peor canalla de la ciudad, muy joven, muy valiente, con gran inteligencia pero lleno de vicios. Martín de Villavicencio y Salazar, alias Garatuza, como le decían sus compañeros, debía figurar, y figuró, como

<sup>74</sup> Dávila, Breves observaciones..., pp. 7-8.

una notabilidad por sus crímenes en el siglo XVIII. Pero en medio de todo, era un tipo de lealtad y de abnegación hacia sus amigos... cualquier sacrificio estaba dispuesto a hacer en servicio suyo, porque Martín era un hombre de corazón.<sup>75</sup>

Naturalmente, Dávila reprobará la elección del personaje por cuanto su importante papel en la novela como aliado del arzobispo Pérez de la Serna en el Tumulto de 1624. A propósito del suceso, Riva Palacio da a Martín Garatuza toques de heroicidad y lo ubica en la cúspide del poder novohispano, acaso en preparación de un espacio mayor en el que discurrirán las dotes benignas del personaje, fraguadas en la miseria del estrato social más bajo. Ese espacio será la novela que lleva el nombre del personaje y es continuación de *Monja y casada*...

La mixtura de los personajes históricos con los ficticios es el centro de la crítica de Dávila. Imposible creer, señala, que Martín Garatuza, El Ahuizote y Luisa, integren la “falange revolucionaria” del Prelado. Lo inverosímil reside en que se presentan como primeros actores no sólo ante el “populacho bárbaro e ignorante”, sino ante el propio Virrey y el resultado es un “lunar que afea” y no una escena creíble. Cabe notar que la fealdad referida en el comentario va más allá del problema estético; en éste se desliza más bien uno de orden social: el populacho ignorante sí puede aceptar la impostura de los personajes, lo cual no cabe en la sabiduría de la máxima autoridad novohispana. Planteado así el asunto, el Presbítero intenta neutralizar el efecto de la fusión de clases sociales ante los lectores de la novela. Dávila no acepta personajes del estrato más bajo de la sociedad; su juicio en 1868 es un tanto anacrónico y más bien semejante al de Luis de la Rosa, quien en 1844 ve en la literatura el mejor instrumento para “propagar la instrucción y la moralidad”; sin embargo no se dirigía a todos los miembros de la

<sup>75</sup> Riva Palacio, *Monja y casada*..., t.I, p. 54.



sociedad. La novela, decía, se degeneraba y se volvía banal cuando el argumento “tomaba las costumbres de las clases ínfimas, en las que por lo común no hay pasiones sino vicios”.<sup>76</sup> Un personaje como Martín Garatuza, o el Ahuizote, no debían figurar en *Monja y casada*... según de la Rosa y Dávila, pero Riva Palacio los pone como representantes de la opresión social, y en Martín Garatuza deposita el anhelo de la libertad, indicios de la estética romántica diversa de la de Luis de la Rosa. Este concibe la literatura como una forma de instruir a la manera neoclásica privilegiando la belleza. Dávila con toda pertinencia se detiene en los personajes de “baja ralea”; en ellos rechaza incluso indumentarias que puedan sugerir cambios de estrato social y, sobre todo de época, como en el caso de El Ahuizote presentado así en la novela:

un hombre de raza indígena pura, su tez cobriza, su pelo negro y lacio, sin barba y con escaso bigote. Vestía una ropilla ordinaria de velludo, con calzón de escudero y sus medias calzas de venado; estaba envuelto en tabardo gris, y conservaba en su cabeza un sombrero de anchas alas...<sup>77</sup>

Dávila comenta: “¡Copia exactísima de un indio del siglo XVII! Pero si se sustituye al sombrerote la gorra de terciopelo negro con su pluma: ¿quién no diría ser el retrato de un paje del Mariscal Byron, o de Sancho Ortiz de Roelas?”<sup>78</sup>

La apreciación anterior constituye uno de los mejores ejemplos del fondo de la disputa: los personajes de *Monja y casada*... se sitúan en la sociedad novohispana mas se caracterizan y actúan como los

<sup>76</sup> De la Rosa, “Utilidad de la literatura en México”, en *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, 1996, p. 93.

<sup>77</sup> Riva Palacio, *Monja y casada*... t. I, p. 77.

<sup>78</sup> Dávila, *Breves observaciones*..., pp. 16-17.

del siglo XIX. La inverosimilitud proviene del traslado del presente del novelista al pasado, movimiento aparentemente inverso en la perspectiva de Dávila y sobre todo inesperado en una novela histórica, cuyo autor ha dado garantías de mostrar verdades ocultas de la etapa colonial.

Las presuntas infracciones a la verosimilitud aluden a la subversión que del orden social propone el personaje romántico. Martín Garatuza y El Ahuizote ascienden momentáneamente –aunque, a la inversa, las acciones se alarguen– en la escala social, hasta la cúspide, hasta el lugar de las autoridades política y eclesiástica de la Nueva España; en sentido contrario, el Arzobispo y los miembros de la Audiencia descienden y se alían con los representantes del más bajo estrato social. Esta ilusoria movilidad seguramente conmovería a los lectores de *Monja y casada...*, muy distantes ya del siglo XVII y, por eso, inmersos en un orden social distinto del colonial, que facilitaba aspiraciones de ascenso. Como ya señalamos es en la relación obra-lector donde se crea la verosimilitud. La aceptación del lector ocurre cuando puede identificarse con los personajes; éstos le representan sus aspiraciones, sus fantasías, sus ilusiones, los cuales se erigen en modelo y pueden ser emulables. Riva Palacio subvierte el orden social, indicio de su filiación romántica, y elemento amenazante para la moral católica decimonónica que insistía en conservar un orden social gobernado por los designios de la Providencia divina.

En *Monja y casada...* Riva Palacio aboga por el orden social que se había venido gestando desde la Independencia y en él resalta los principios de la tolerancia y el libre pensamiento, esos ingredientes modernos del proyecto político de los liberales que culminaron en las Leyes de Reforma. Y como bien observa Mariano Dávila, se vale de una novela para contrastar los yerros y lacras del orden social de la Colonia que todavía durante el siglo XIX era defendido por los conservadores. La versión novelesca sobre ciertos sucesos históricos alcanza la verosimilitud en el sentido señalado por Roman

Jakobson: el privilegio de la búsqueda de adhesión con el destinatario, el lector decimonónico, el del presente del narrador, en detrimento de la adecuación con el referente, los años tempranos de la Colonia. Esta perspectiva se antoja normal en nuestro presente, pero en 1868, apenas un año después de la restauración de la República, *Monja y casada...* resultaba combativa pues como he señalado varias veces el “espíritu de partido” no había cesado, y ante el futuro subsistía la pugna historiográfica sobre la incorporación del pasado colonial, desde el lado conservador o desde el liberal.

La presunta inverosimilitud de la sociedad novohispana en *Monja y casada...* toca, por otra parte, los puntos más sensibles del espíritu jesuita de Mariano Dávila. Ese conservadurismo proveniente de las doctrinas sociales de la Iglesia europea tangible aún en el siglo XVIII y que ponían énfasis en el orden providencial, donde cada hombre tenía su lugar y su función en la sociedad. Frente al surgimiento del nuevo orden burgués, los jesuitas, asumiendo su papel de educadores, adecuaron aquel orden divino para acceder a la paz y la concordia en una sociedad que necesariamente tendría relaciones de autoridad y subordinación, clases sociales, ricos y pobres junto a la clase media. Sin embargo, el pensamiento jesuita encontró graves dificultades en los hombres ilustrados, cuya herencia permea el siglo XIX, y es vista como perniciosa por Dávila. De ahí su incesante ataque a las “luces” y el “progreso” inmersos en la ideología liberal de Riva Palacio.

La moralidad de *Monja y casada...* se discierne bajo el término de lo “bueno” en la perspectiva del análisis de Dávila, sobre todo en el destino de Luisa y Blanca Mejía, las protagonistas. En este punto se aprecia el sentido de la crítica contemporánea a la escritura de la novela; la inmediatez pone de relieve los valores éticos, la sensibilidad de los lectores y la función misma del crítico frente a ellos, elementos que normalmente tienden a diluirse con el paso del tiempo. Antes de glosar e interpretar el choque estético y moral

entre Dávila y Riva Palacio, resulta pertinente hacer una breve referencia a los personajes protagónicos.

### LAS PROTAGONISTAS: DESTINO Y SALVACIÓN

La intriga de *Monja y casada...* se desarrolla en dos esferas, elemento observable en el devenir de Blanca Mejía y Luisa, los personajes protagónicos. La primera esfera reúne la lucha por el poder tangible sobre todo en la recreación del Tumulto de 1624, suceso ilustrador de ciertas tensiones de la sociedad novohispana, a través de la pugna entre las autoridades virreinal y eclesiástica. La intervención de Blanca Mejía y Luisa en esta esfera se da respecto de su inserción social. Ahí Luisa, animada por la venganza, remonta la esclavitud propia de su raza negra, mientras que Blanca Mejía, criolla de la élite social, se presenta como víctima de la ambición de su medio hermano español y a punto de ser despojada por él de la cuantiosa herencia paterna. Es en esta zona de la intriga donde se vuelve explícita la índole doctrinaria de la novela; bastaría con apreciar la conexión del enfrentamiento del Virrey contra el Arzobispo, suceso del siglo XVII *versus* la eficacia de la separación Iglesia-Estado a partir de los últimos cuarenta años del siglo XIX.

Respecto de lo anterior, la segunda esfera de la intriga novelesca posee una existencia peculiar por cuanto que es un espacio soterrado donde se desdobra el perfil de las protagonistas. En esta zona discurrirán la afectividad y la vida espiritual de Luisa quien en la primera zona deja su condición de esclava y se coloca en los salones de la alta sociedad como una aristocrática dama española, movimiento exitoso, en el que Riva Palacio señala las raíces de la aristocracia novohispana formada no pocas veces en la impostura. En el espacio de la interioridad de las protagonistas, Blanca Mejía prosigue como víctima pero accede a una serie de estados que presagian su destino trágico.

La singularidad de dicho espacio reside en la vivencia de la pasión amorosa, centro de la dinámica de las protagonistas. Ligado a esa pasión, el anhelo de la libertad actúa como gozne que comunica las dos zonas de la intriga: así como en el Tumulto de 1624 se resalta el deseo libertario de la sociedad novohispana, en la pasión amorosa de Blanca Mejía y Luisa flota aquél deseo inmerso siempre en su contrario.

En la voz de Luisa el narrador postula el amor como elemento imprescindible de la condición femenina con términos propios de la moral cristiana decimonónica: "debéis saber que las mujeres, y sobre todo las jóvenes, necesitamos tener el corazón lleno con un gran afecto, con una pasión grande: la religión, el amor, la ternura de un hijo..."<sup>79</sup>

Los términos, no obstante, se extreman hasta el punto de convertirse en signos trágicos. De nuevo, los contrarios aportan el recurso al narrador: ángel y demonio encarnan en Blanca Mejía y Luisa, respectivamente. El conflicto de las protagonistas podrá notarse, es plenamente romántico, y el universo novelesco se sustenta de modo ambivalente en dos ejes temporales: el pasado colonial y el presente decimonónico. Junto a los rasgos anteriores cabe subrayar que las protagonistas poseen una vida interior, y por eso adquieren singularidad respecto de la caracterización de los personajes del Folletín y la novela por entregas, a los que suele afiliarse *Monja y casada...* y todas las novelas de Riva Palacio. De aquellos personajes se ha dicho que carecen de rasgos psicológicos pues se presentan con caracteres definidos.<sup>80</sup> En *Monja y casada...*, por el contrario, Blanca Mejía y Luisa despliegan subrepticamente sus anhelos dentro de la pasión amorosa, como señal de una

<sup>79</sup> Riva Palacio, *Monja y casada...* t. I, p. 138.

<sup>80</sup> Cf. Rivera, *El folletín y la novela popular, 1977. También en Ferraras, La novela por entregas: 1840-1900. Por su parte, Castro Leal en su prólogo a Monja y casada... sugiere semejantes términos.*

interioridad y en natural correspondencia con el privilegio de la subjetividad.

Blanca Mejía y Luisa se presentan como dos mujeres novohispanas con algunos índices de verosimilitud. Como se sabe, en el siglo XVI las mujeres españolas se situaron en la cúspide de la pirámide social y, posteriormente, en ésta fueron ubicándose algunas criollas. Unas y otras sometieron a las indígenas a los trabajos domésticos, servidumbre a la cual ingresaron durante el siglo XVII las negras y las mulatas.<sup>81</sup> De modo que Luisa podría ser efectivamente representante de una minoría racial oprimida en grado superlativo, y la esclavitud resalta aún más en su condición femenina. Asimismo Blanca Mejía reúne ciertas características de las criollas ricas frecuentemente impedidas para disfrutar de su fortuna, o bien obligadas a ejercer su religiosidad en los conventos. Sin embargo, en la novela Luisa transgrede su condición y nivel social, asciende, pero se debate internamente en el anhelo amoroso, ajena al propósito de convertirse en una mujer honorablemente casada o madre de familia. Y Blanca Mejía convierte el espacio conventual en un hito más del sufrimiento por el amor a César de Villaclara. Los destinos de los personajes, a ninguno se le podrá escapar, han sido fraguados desde el presente del narrador; ellas son heroínas románticas antes que mujeres novohispanas, dóciles a su inserción social. De ahí que Mariano Dávila haya captado muy bien la índole de *Monja y casada...*: Riva Palacio promete asentar la intriga en la sociedad novohispana apoyándose en datos históricos cuando en realidad inventa personajes conflictuados desde la óptica romántica.

<sup>81</sup> Carnier, "Estereotipos femeninos en el siglo XIX", en *Presencia y transparencia: la mujer en la historia de México*, 1987. La autora señala, además, la lentitud en los cambios en la condición femenina entre el siglo XVI y el XIX, a pesar de que en el siglo XVIII se acentuó el acceso femenino a la educación; la fuerza de la tradición masculina y el enorme influjo de la moral católica no se destruyeron fácilmente.

Como ya señalé, en la dualidad ángel-demonio resulta perceptible el destino de las protagonistas. Es éste un rasgo del escritor romántico, de su aceptación singular del esquema cristiano: decide arrebatarse a Dios algo de su poder y para conseguirlo se alía con el demonio. En esta paradoja, como señala Jorge Ruedas de la Serna, el romántico "Diviniza a la mujer porque la sigue considerando un ser angélico y demoníaco".<sup>82</sup> Los vestigios demoníacos son depositados en la seducción como instrumento de la venganza de Luisa: "Aquella mujer era un demonio, con un rostro tan hechicero y un alma tan infernal".<sup>83</sup>

Sin embargo, antes de mostrar su faz diabólica, sabemos que Luisa sufrió la esclavitud, vivió el amor y renunció a él para vindicar su condición. En otras palabras, en Luisa la palabra venganza abarca el sentido lato de la vindicación, de ahí que sea el personaje más dinámico de la intriga. El mejor indicio de su protagonismo es que el narrador le da la voz para postular reiteradamente una especie de "deber ser" femenino. De modo tal que la procedencia de este discurso opera en sentido contrario ante los lectores: en boca de una mujer malvada, las lectoras, sobre todo,<sup>84</sup> inferirían que las luchas por el poder político en las que Luisa interviene son más bien asuntos masculinos; asimismo que las

<sup>82</sup> Ruedas de la Serna. Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana, 1987, p. 62.

<sup>83</sup> Riva Palacio, *Monja y casada...* t.I, p. 129.

<sup>84</sup> Tanto la novela por entregas como el Folletín europeos eran leídos por un público mayoritariamente femenino. Aunque en México no se dieron las mismas formas de producción que caracterizan al Folletín europeo, sí es posible suponer a las lectoras como destinatarias principales, como es el caso de las novelas de Riva Palacio y, en particular *Monja y casada...*, a propósito de esa especie de "deber ser" femenino. Véase al respecto, por ejemplo, Ruedas de la Serna, "La novela corta de la Academia de Letrán", 1985, pp. 55-58.

mujeres audaces y seductoras logran un éxito fugaz pues en su interior existe un talón de Aquiles, el deseo amoroso.

Una de las representaciones del anhelo amoroso de Luisa aflora en un sueño:

Era un campo que yo contemplaba desde los balcones de mi casa, y era por demás florido y bello, y había en él un hermoso pichón blanco: yo tenía en mis brazos una paloma, que solté; llegó hasta donde estaba el pichón, y apenas comenzaron a arrullarse amorosamente retumbó el trueno, y un humo denso y color de sangre eclipsó todo, y no vi más. Pero yo he soñado ya esto muchas veces.<sup>85</sup>

La imposibilidad del amor perceptible en el sueño recurrente confirma la exacerbada fantasía del personaje contraria a las acciones movidas por la venganza orientada a resarcir la esclavitud propia de su pertenencia racial. El sueño descubre el interior de Luisa y al ser interpretado por la bruja Sarmiento se inscribe en el ámbito de la hechicería que otorga la fatalidad en el deseo amoroso de Luisa: el pichón es un caballero, Luisa la paloma; el trueno y el humo los indicios de “grandes y sangrientos” sucesos.

Las venganzas que surgen del corazón malo de Luisa le dan sólo satisfacciones parciales, pues no ha podido vivir el amor con César de Villaclara, el novio de Blanca Mejía. No obstante haberse convertido en esposa de hombres poderosos, Luisa no desea seguir una vida honorable. Cuando planea su última venganza piensa en tener luego una vida disipada: “Consumada mi venganza... yo me lanzaré para sumergirme en los placeres de los últimos resplandores de mi juventud, aun cuando después me aguarde la miseria y la muerte en los jergones de un hospital”.<sup>86</sup>

<sup>85</sup> *Riva Palacio Monja y casada... t. I, p. 164.*

<sup>86</sup> *Ibid., t. II, p. 19.*



Si bien la declaración del personaje confirma su maldad y el permanente impulso de venganza, destila cierta ambigüedad sobre el deber ser femenino que el narrador reitera. En su estudio sobre las novelas de Riva Palacio, María Teresa Solórzano señala atinadamente que el personaje femenino es fundamental por ser el eje de la familia –y de la sociedad–, institución que el liberalismo ponderaba para sustituir a la Iglesia.<sup>87</sup> Al respecto, conviene recordar que dicha atribución figuraba ya en la expresión literaria de los años cuarenta del siglo pasado. Un ejemplo que subraya el parentesco de Luisa con sus antecesoras, se encuentra en el concepto de “hogar doméstico” que Francisco Zarco (Fortún) delineaba en 1853: en esa cuna del hombre donde se hallan la idea de la patria y el orgullo nacional, la mujer es como un pilar en su función de madre y esposa; ella es un “ángel” pero también puede ser un “demonio”.<sup>88</sup>

Inmerso por igual en la moral cristiana y en la herejía del héroe romántico obsesionado por la venganza, Riva Palacio concibe el castigo para Luisa: el retorno a su condición original, a la negritud física, sinónimo de esclavitud. Las armas del castigo elegidas por sus examantes movidos también por la venganza provienen de la alquimia, es decir, de la mente y la mano humanas. El castigo corporal precede al movimiento interno del personaje: la culpa, el arrepentimiento y la expiación, a semejanza de la Magdalena cristiana, paradigma de la pecadora.

La venganza individualista de Luisa no le dieron la felicidad; logró ascender a la élite social mas no obtuvo el amor y, por lo tanto, no se reivindica. Heroína romántica, Luisa se asemeja a

<sup>87</sup> Cf. La propuesta ideológica de la novela mexicana de folletín en el siglo XIX: la novela de Vicente Riva Palacio. *Tesis de Maestría*, UNAM, 1991.

<sup>88</sup> Cf. Mora, “La provincia en la poesía del siglo XIX mexicano. Claves para la alquimia de Ramón López Velarde” en *Tema y Variaciones de Literatura*, núm. 5, 1995, pp. 178-179.

Monte Cristo, el supremo vengador magistralmente interpretado por el crítico brasileño Antonio Candido, quien señala la deshumanización gradual del personaje en la ejecución de la venganza individual y que, en última instancia, daña la función providencial. Monte Cristo recorre “un periplo completo, la ascensión, y la caída, la embriaguez del poder y el arrepentimiento, la venganza y la piedad”.<sup>89</sup>

La figura del ángel delinea el rostro de Blanca Mejía:

Dieciséis años tenía y era esbelta como el tallo de una azucena, con esas formas que la imaginación concibe en la Venus del Olimpo. Doña Blanca era un ensueño, una ilusión vaporosa, espiritual; parecía deslizarse al andar, como las náyades en la superficie de los lagos; era de esas mujeres que la imaginación concibe, pero que ni el pincel ni la pluma pueden retratar.<sup>90</sup>

El halo etéreo de la semblanza subraya la paradoja celestial-terrenal y, a la vez, es indicio del imaginario romántico que dota al personaje de ambigüedad: una vida terrenal adversa y, por ende, orientada al espacio ideal –celeste– localizado en la pasión amorosa. En el retrato de la protagonista, cabe notar, surge con nitidez la intencionalidad del narrador impresa en los valores sentimentales y en el efecto de éstos sobre los lectores. Catorce años después de la escritura de *Monja y casada...*, Riva Palacio defenderá la “palabra dulce” del novelista orientada a aliviar las penas del lector, a propósito de la publicación de *Carmen*, novela de Pedro Castera (1882). Los escritores, dice, pintan a las mujeres “como ellos quieren

<sup>89</sup> *Ruedas de la Serna*, Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana, 1987, p. 63.

<sup>90</sup> *Riva Palacio*, *Monja y casada...*, t. I, p. 45

que sea, como ellos la conciben, en medio de las ilusiones de su amor o del ardiente deseo de verla perfecta".<sup>91</sup>

Por otra parte, estas palabras resaltan la ubicación de la mujer en la perspectiva de los escritores liberales. Dentro del concepto de un amor espiritual indispensable para el matrimonio, la belleza femenina se afiliaba a la divinidad; en su existencia terrena, vivía en un mundo de perfección.<sup>92</sup>

Blanca Mejía vive un noviazgo fugaz con César de Villaclara, el cual se ve coartado por el hermano quien se encarga de arreglar un destierro de nueve años para el novio y el ingreso de Blanca al convento. Ahí continuará desplegando su fantasía amorosa: "aquí mi corazón me quema, me abraza, se me figura que me apasiono de cualquiera que veo dos o tres veces en el templo... Y esos hermosos ángeles que están colgados en los cuadros del claustro me parece que me miran algunas veces con afición..."<sup>93</sup>

Como señalé antes, la vida monacal es el primer tramo del sufrimiento amoroso de la protagonista. Al cabo de ocho años, el ángel refleja las huellas de aquél:

Sor Blanca ya no era la niña tímida que hemos conocido en casa de don Pedro, era una joven perfectamente desarrollada, el dolor y el llanto habían borrado los colores encendidos del rostro, pero su palidez, el brillo febril de sus ojos y su sombra dulcemente azulada que rodeaba su párpados, aumentaba el interés de su fisonomía.<sup>94</sup>

<sup>91</sup> Riva Palacio, "A Pedro Castera", en *Pedro Castera*, Carmen, 1950, p. 22.

<sup>92</sup> Cf. Dávalos, "El amor eterno y el efímero matrimonio", en *Cuidado con el corazón. Los usos amorosos del México moderno*, 1995, pp. 57-64.

<sup>93</sup> Riva Palacio, *Monja y casada...*, t. II, p. 53.

<sup>94</sup> *Ibid.*, t. II, p. 15.

El encierro conventual subrayará entonces el supremo valor de la libertad: Blanca busca la dispensa de los votos pero el retraso la anima a pensar en la fuga, es decir, a reivindicarse: “El sacristán abrió y Sor Blanca se encontró en la calle y sintió el aire de la libertad en su rostro, alzóse el velo para respirar y lanzó un suspiro que ella misma no sabía si era de pena o de contento”.<sup>95</sup>

Sin embargo, la libertad es nuevamente efímera, acorde en una monja que tras de haberse fugado sin la dispensa de los votos, se encuentra con su antiguo novio y contrae matrimonio con él. Los sacrilegios son descubiertos por el Santo Oficio; Blanca es aprehendida inmediatamente después de la ceremonia matrimonial realizada entre los peores augurios:

Blanca, trémula y confusa, pronunció sus nuevos votos y la bendición del anciano vagó sobre aquellas dos hermosas cabezas... Eran las ocho de la noche y repentinamente se escuchó a lo lejos el clamor triste de las campanas de la Catedral, y luego el de todas las iglesias de la ciudad, que se elevaba en el silencio de la noche como un presagio sombríamente siniestro. ¡Jesús nos ampare! exclamó el anciano religioso cayendo de rodillas. ¿Pues qué es eso, señor? preguntó Blanca más pálida que un cadáver.— La maldición de Dios sobre esta ciudad desgraciada contestó el religioso— Toca entredicho...¡Jesús nos valga! dijo Blanca desmayándose.<sup>96</sup>

La escena anterior en paralelo con el Tumulto de 1624 ilustra la fusión de las dos esferas de la intriga y se resaltan dos imposibilidades: las nupcias entre la libertad y el amor en Blanca Mejía y el aliento libertario de la temprana sociedad novohispana.

La imposibilidad del amor y su signo trágico aparecen de distintos modos en las protagonistas. El narrador da avisos me-

<sup>95</sup> *Ibid.*, t. II, p. 56.

<sup>96</sup> *Ibid.*, t. II, p. 112.

diante la hechicería, efectos sobrenaturales del mundo indígena, la alquimia o el inconsciente volcado en el sueño, en el caso de Luisa. Mientras que en Blanca Mejía, el ingreso al convento y la fuga delinean un camino previamente trazado: sobrevendrá el martirio, primero con las torturas en la cárcel inquisitorial, y luego con las de su último verdugo al borde del precipicio, del que la protagonista finalmente se despeñará.

Los presagios sobre el destino de Luisa ocurren entre la apariencia y el auténtico ser del personaje: el triunfo sobre su condición de esclava, que discurre en la primera esfera de la intriga, se torna en fracaso en la segunda pues nunca accede al amor. El personaje, empero, se reivindica socialmente y también en su interior pues se arrepiente y, generosamente, ofrece su vida a cambio de la de Blanca Mejía. Luisa es, por ello, un personaje aparentemente escindido: una malvada ante la sociedad que le niega un sitio digno y una mujer cristiana en lo interno, capaz de expiar sus pecados.

Mientras que Blanca Mejía se aproxima cada vez más a su muerte, el destino de Luisa ha dado un giro; su cuerpo ha sido ennegrecido, ha retornado a su origen racial por obra de la alquimia, efecto misterioso que el tribunal del Santo Oficio sólo puede atribuir al demonio. La peripecia irá acompañada de la anagnórisis en una cambinatoria semejante a la que suele ocurrir en la tragedia griega, la cual suscitaba la compasión y el temor del espectador y era considerada la más perfecta por Aristóteles.<sup>97</sup> La esencia de la figura retórica clásica pasa al drama romántico y, en el caso de *Monja y casada...*, se evidencia en el accidente físico de Luisa –el ennegrecimiento de su cuerpo– destructor de su identidad; no es ya la hermosa mujer seductora, rica y poderosa, sino una negra vulgar empeñada en deshacer lo inexplicable ante el tribunal de la Inquisición a donde fue llevada. Ahí compartirá el sórdido calabozo con Blanca Mejía, moribunda por los efectos de la tortura que

<sup>97</sup> Aristóteles, *Poética*, 1973, p. 517.

logran su cometido: la confesión de su pacto con el demonio para huir del convento. Cuando Luisa ve las huellas del tormento en el cuerpo de Blanca y la reconoce, siente el remordimiento pues unos años antes había fraguado con el hermano de la joven su ingreso al convento y con ello el impedimento para casarse con César de Villaclara, el hombre de quien ella estaba también enamorada. La culpa invade a Luisa y acude a la sala de audiencia para confesar la historia de sus crímenes. Bajo el efecto de este acto sobreviene el cambio de papeles: Luisa se pone en el lugar de Blanca, se convierte voluntariamente en víctima al proponerle que sea ella la que abandone la prisión. La oscuridad del calabozo y el automatismo de los carceleros actúan favorablemente y Luisa muere, mientras Blanca es llevada a la cárcel de la que se fugará después.

La peripecia y la anagnórisis producen un cambio profundo en la faz demoniaca de Luisa; la compasión y el arrepentimiento la convierten en ángel según sus palabras: “sentía ella tan variado su corazón, tan diversos sus sentimiento, que se creía feliz en medio de todas sus desgracias”.<sup>98</sup>

Siguiendo el trayecto del héroe romántico, Riva Palacio actualiza la peripecia bajo la intención doctrinaria de su novela. Por una parte, la muerte de Luisa a causa de un “error” de los carceleros es interpretada por el Inquisidor como un castigo de la Providencia cuya mejor expresión es la frase “Dios lo ha dispuesto así”. El peso del dogmatismo puesto en boca del Inquisidor no hace más que poner de relieve la acerba crítica del novelista al Santo Oficio por cuanto su papel de agente de la Providencia. Los agentes de ésta fueron los carceleros; ellos detentaron un papel inamovible pues en la novela aparece condenatorio *per se*, es el verdadero tribunal divino. Por otra parte, Luisa actúa también como agente de la providencia: desea por igual recompensar a Blanca y castigar al Santo Oficio. Sin embargo fracasa, la peripecia se sobrepone, ter-

<sup>98</sup> Riva Palacio, *Monja y casada...*, t. II, p. 263.

mina como víctima pues su desgracia había comenzado con su retorno a la negritud. El cambio de papeles entre Luisa y Blanca se inscribirá también en el dogmatismo de la sociedad colonial pues Luisa muere pero Blanca no logra su plena libertad, morirá también y con ello subrayará la imposibilidad de la reivindicación. Luisa y Blanca acceden a la felicidad momentáneamente; el devenir de las protagonistas es una metáfora de los extravíos de la Inquisición, de una Iglesia dogmática del pasado colonial, que se actualiza en la fatalidad romántica.

La perspectiva sobre el pasado colonial en *Monja y casada...* es distinta a *El Inquisidor* de José Joaquín Pesado, novela en la que la peripecia es también fundamental. Ruiz de Guevara, el inquisidor reconoce a su hija Sara, condenada por él a la hoguera. La revelación es dada por Ribeiro; éste actúa como agente de la Providencia. Sobreviene la conmoción del Inquisidor; sale a la calle y camina entre la multitud congregada para asistir al Auto de Fe y logra salvar a su hija. En el trayecto ocupa el papel de la condenada; la vivencia del dolor le permite ver los yerros de la "bárbara jurisprudencia" del Santo Oficio y se torna en un amor profundo a Sara, decisivo para que ella se convierta al catolicismo. La peripecia envuelta en la anagnórisis cambia por igual la fortuna de la que había sido condenada a muerte que el destino del Inquisidor, antes al servicio de la defensa de la fe católica. A diferencia de Riva Palacio, Pesado ve en los agentes de la Providencia el cambio de la institución eclesiástica ya en 1838, año de la escritura de su novela, cuando los siglos coloniales habían quedado atrás, mientras que en *Monja y casada...* acechan todavía algunas tendencias rígidas en la Iglesia y en los conservadores que la defienden.

*Monja y casada...* es una novela centrada en la salvación de las protagonistas. En su trayecto resultan perceptibles tres tópicos con los que Hegel caracteriza el arte romántico: la figura de la Magdalena cristiana en Luisa y la imitación de la vida de Cristo, en Blanca Mejía, inmersos en la exacerbación del sentimiento amoroso. Los

numerosos obstáculos que aparecen en el destino de las protagonistas de *Monja y casada...* no hacen más que señalar mayor fuerza en la subjetividad que en la posibilidad real del amor. Éste se vive como la “religión del corazón,” frase con la que Hegel caracteriza los conflictos amorosos del arte romántico, los cuales encuentran su límite en la suprema subjetividad que puede hacer de la elección amorosa un capricho o, inclusive, una obsecación. En este extremo se pierde el contenido objetivo de la existencia humana: la familia, la patria, los deberes de la profesión, la religiosidad; lo que impera, señala el filósofo alemán, es el yo del sujeto deseoso de recibir el sentimiento reflejado por otro yo: “todo gira sólo en que esta persona ama por cierto a *esta* otra, y *ésta* a *aquella*”.<sup>99</sup>

La salvación de Luisa ocurre a semejanza de Magdalena, la pecadora, cuando comparte la celda inquisitorial con Blanca Mejía, quien llega casi moribunda luego de haber sido torturada:

¿Por qué se le trataba ahí como culpable?... en aquellos momentos, la mujer perdida que sólo había pensado en saciar sus pasiones, se acordó de Dios, se volvió creyente y cayó de rodillas, sollozando... Más de una hora permaneció Luisa con la cara cubierta con sus manos orando y llorando al mismo tiempo, y dejando correr al través de sus dedos el torrente de lágrimas que brotaba de sus ojos... Aquellas primeras lágrimas eran precursoras de una redención, aquella alma comenzaba a purificarse en el martirio.<sup>100</sup>

En lo esencial, la escena anterior muestra en el personaje un alma delicada, bella, un sentimiento genuino de dolor vertido en lágrimas, acordes con la imagen de María Magdalena, esa bella pecadora tantas veces recreada en la pintura italiana. Pero en lo físico Luisa no es ya una mujer hermosa, es una negra de rasgos despreciables

<sup>99</sup> Hegel, *La forma del arte romántico*, 1985, p. 93.

<sup>100</sup> *Riva Palacio, Monja y casada...*, t. II, pp. 234-35.



socialmente, elemento que descubre un novelista empeñado en imprimir tonos personales a un tópico romántico: la escena confirma la belleza interior de Luisa aunque en el exterior domina la fealdad, la degradación. Esta combinatoria de lo bello y lo feo no hace más que resaltar la cúspide y el final del personaje, señal de un novelista preocupado por la salvación de Luisa, en el personaje diabólico, ángel caído, en cuya reivindicación se aprecia un efecto moral sobre las lectoras de *Monja y casada...*, quienes podrían captar el triunfo de virtudes cristianas como la caridad y la compasión, elementos que atraen el arrepentimiento por las fallas cometidas. De darse así la lección moral, la escena que vindica a Luisa es inconveniente en lo estético, desde la óptica de Hegel, quien señalaba en la bella pecadora-María Magdalena cierta banalización entre el pecado y la santidad pues el primero resulta "tan atrayente como el arrepentimiento".<sup>101</sup>

En el destino trágico de Blanca Mejía es perceptible el grado extremo de la pasión amorosa, semejante al camino de los mártires en su emulación de la vida de Jesucristo. Indefensa ante los desig-nios de su medio hermano, Blanca Mejía, ensimismada, recorre un camino sinuoso que culmina en el martirologio, una especie de viacrucis cuando en la Inquisición es acusada de hereje y obligada a confesar que un pacto con el diablo la había ayudado a salir del convento. Sufrirá entonces la flagelación de la carne, justamente en las "escenas horripilantes" que Dávila rechaza.

La crueldad que el personaje romántico se impone a sí mismo, o del que es objeto por parte de otros en la emulación del martirologio de Cristo, lastiman el sentido de la belleza, dice Hegel, y por ello es uno de los temas peligrosos para el arte:

los martirios... la mutilación y la dislocación de los miembros, los tormentos corporales... son exteriorizaciones en sí mismas odiosas,

<sup>101</sup> Hegel, *La forma del arte romántico*, 1985, p. 68.

viles, repulsivas, cuya distancia de la belleza es grande para que ellas puedan ser elegidas como temas de un arte equilibrado.<sup>102</sup>

La tortura inquisitorial confirma el terrible augurio en la boda de Blanca Mejía, aquel toque de las campanas a entredicho por la inminencia del Tumulto de 1624, es interpretado por el personaje como castigo divino. El martirologio como vía de redención no termina en la cárcel inquisitorial. Blanca Mejía, ya condenada a muerte, logra escapar gracias a la generosidad de Luisa cifrada en la figura de la peripecia y la anagnórisis, acciones que distienden la posibilidad del encuentro amoroso y la realización del matrimonio de Blanca Mejía para crear un desenlace singular: un nuevo verdugo la coloca en el borde del abismo, del que ella cae y se pierde en el torrente de las aguas.

La narración del desenlace se asemeja a una escena cinematográfica: con la mirada en la voz, al narrador se coloca a lo lejos, junto a Teodoro, el posible salvador de Blanca, y con él va aproximándose hasta el momento culminante:

Doña Blanca estaba al borde del abismo y parecía hablar; Guzmán estaba cerca de ella. Teodoro iba a continuar su camino, cuando la escena cambió, Guzmán dio un paso adelante y un grito agudo atravesó los aires. Doña Blanca desprendióse de la roca, cayó en el abismo y se perdió entre las alborotadas espumas del torrente. Guzmán dio un grito y se echó atrás, espantado, para no precipitarse también. Teodoro cayó de rodillas. El torrente siguió su curso tranquilo, sin que nada indicara que sus ondas habían sido el sepulcro de la pobre Blanca.<sup>48</sup>

<sup>102</sup> *Ibid.*, p. 63.

<sup>103</sup> *Riva Palacio, Monja y casada...*, t. II, pp. 364-65.

En virtud del recurso del narrador, el desenlace puede interpretarse como un suicidio o como una salida moral que eleva al personaje: Blanca Mejía prefiere morir antes que ser mancillada. En la ambivalencia descansa la intención de satisfacer las expectativas de los lectores: cada quien elegiría un final, romántico expresado en el suicidio, recurso último de la fatalidad del personaje, o bien el triunfo de la virtud cristiana y la culminación de un sacrificio redentor. Cabe señalar, por último, que el desenlace ambiguo, de todos modos trágico, podría caracterizar *Monja y casada...* y a su autor, Riva Palacio, por la recreación de tópicos plenamente románticos, aunque en los extremos se inserta una intención moralmente ejemplar.

Respecto de tal finalidad resultan iluminadoras las opiniones que el novelista pone en la voz de Teodoro, el salvador fallido de Blanca Mejía, en la novela *Martín Garatuza*, continuación de *Monja y casada...*<sup>104</sup> Consumada la venganza de César de Villaclara contra los verdugos de Blanca Mejía, con el apoyo de Teodoro y Martín Garatuza, los tres acuden al sitio en que Blanca fue acosada por Guzmán, lugar ahora señalado por una cruz. Teodoro narra a Villaclara la escena del desenlace de *Monja y casada...* con términos semejantes; César reza y llora por la desaparición de la amada e intenta luego arrojar al abismo pero es detenido por Teodoro: su mano fuerte disuelve el impulso del amante deseoso de reunirse con la amada esgrimiendo su particular interpretación: "ella se dio muerte por salvar su pureza; es una mártir, está en el cielo, en el coro de las vírgenes escogidas".<sup>105</sup> Si bien el epílogo de la novela continuadora de *Monja y casada...* se podría interpretar como una disolución de la ambigüedad entre el elemento moralizante y la

<sup>104</sup> La primera entrega se publicó en septiembre de 1868, inmediatamente después de la última entrega de *Monja y casada...*, y la última en enero de 1869.

<sup>105</sup> Riva Palacio, Martín Garatuza. Memorias de la Inquisición, 1965, p. 337.

fatalidad romántica impresa en la muerte de Blanca Mejía, se vuelve campo fértil para continuar en la ambivalencia porque la salvación de ella y de Luisa es materia por igual del paradigma del héroe romántico y de la moralidad cristiana que Riva Palacio y los escritores liberales de su generación intentaban resguardar en su proyecto cultural.

Es la opresión la marca definitiva en el destino de las protagonistas de *Monja y casada...* Valiéndose de la suprema libertad del imaginario romántico, Riva Palacio crea una analogía entre el destino de las protagonistas y el de la sociedad colonial. El enfrentamiento entre opresión y libertad está en continua tensión en las vidas de Blanca Mejía y Luisa, tensión precisamente equivalente en el ámbito social. Tal concepción no hace más que volver perceptibles las intenciones de Riva Palacio. Una de ellas, acaso la más obvia, es la de exhibir el dogmatismo de la sociedad colonial representado en la novela por el fanatismo religioso, esa arma que pendía sobre la fe católica y que la Iglesia esgrimía incesantemente en la defensa de su poder sobre la sociedad. La denuncia muestra, sin embargo, que Riva Palacio estaba buscando en el pasado la herencia, en la cual hay rasgos oscuros, execrables y, sin embargo, ineludibles; junto a éstos existen rasgos luminosos, aquellos intentos de sublevación, de rebeldía ante un orden social injusto, incipientes e infructuosos como los intentos libertarios de las protagonistas de *Monja y casada...* Es la tensión entre las contradicciones la que permite la analogía de los actos sociales con los de los personajes de la ficción.

Es de notar, por lo tanto, que en la propia tensión entre libertad y opresión reside el significado de esa especie de balance sobre el pasado; no obstante, éste no limita la figura retórica, más bien lo expande y lo reitera en las luchas por la libertad, por el ascenso social, por el amor, en las acciones de las protagonistas de *Monja y casada...* El lector tiene ante sí una gama de sufrimientos, el dolor de los personajes no sólo lastima el alma, lacera también el cuerpo.

El grado extremo de la representación de los conflictos sentimentales suscita un desequilibrio estético, reprochado por Hegel. Con la inmoderación, Riva Palacio no hace más que buscar la conmoción del lector, quien bajo el efecto de la verosimilitud, ese proceso de identificación con los personajes ficticios, seguramente se apiadará de los horrores de la opresión de la época colonial, comprenderá esos puntos oscuros de nuestra historia, y en la conmoción encontrará los signos de la redención. En última instancia, el conflicto amoroso que plantea *Monja y casada...* estremece los valores del hombre en la sociedad, según lo apuntaba Hegel, recurso que Riva Palacio adapta a sus fines: extender el sentimiento de las protagonistas para poner simultáneamente en crisis el pasado colonial.

Es en tal proceso donde residen, a mi parecer, las claves para desentrañar la mirada hacia el pasado en *Monja y casada...* Las marcas negativas imborrables se actualizan en la ficción novelesca mediante destinos trágicos que cumplen la función de expurgar las adversidades y, simultáneamente, de enaltecer el espíritu de la lucha frente a aquéllos, es decir, valorar la posibilidad de la reivindicación. En ésta naturalmente se involucra el porvenir, idea que completa el propósito de Riva Palacio: ir al encuentro con el pasado, desde un presente momentáneo y urgido de futuro. Y ese presente, lo sabemos, era crucial: en 1868 el proyecto de futuro del país todavía luchaba con el orden social antiguo. La intención del novelista quedó plasmada en *Monja y casada...* y muchos años después, en 1882, sería ardientemente defendida frente a las teorías científicas sobre la herencia. Riva Palacio se oponía a la teoría de Darwin sobre el talento y las virtudes del hombre, en tanto resultado de la selección y las transformaciones progresivas. Éstas, decía el científico, vuelven a las "razas nobles y a los hombres grandes"; el hombre de genio, por ende, no brota como "una centella" de una familia vulgar. A estas ideas, el novelista opone otra concepción en la que acaso se refleja su propia herencia: hay hombres cuyos

ascendientes no son ni príncipes de la inteligencia, ni héroes: lo valioso es, entonces, la riqueza del espíritu. Y siguiendo la idea de la acumulación advierte: la familia que no ha venido acumulando las riquezas del espíritu “tendrá por víctima expiatoria a sus descendientes, víctimas sin esperanza de la redención”.<sup>106</sup>

Ante los resultados desalentadores de la ciencia, Riva Palacio rescata la función de la literatura, la misión del escritor que pone las “palabras dulces” en la amargura de las adversidades, la mentira que actualiza sufrimientos, esos puntos oscuros del pasado e ilumina los valores de la lucha por el presente y por el porvenir:

Todo eso de que hablan los poetas, todas esos cuadros de sentimentalismo y de grandeza que retratan los novelistas, todos esos colores con los que se revisten las cosas del mundo, ese encanto con que se presenta el porvenir, ¿todo eso es mentira?... todas son mentiras, queremos confesarlo. ¡Y qué ! ¿No producen todas esas dulces mentiras mas consuelo, más esperanza, a esa humanidad desgraciada y doliente...? <sup>107</sup>

### LAS PROTAGONISTAS DEL PRESBITERO

El enorme peso ideológico que gravita sobre las protagonistas de *Monja y Casada*... mereció, como señalé antes, un minucioso análisis por parte de Mariano Dávila. No debe haberle agradado mucho que Riva Palacio tocara el asunto de la salvación desde una óptica cristiana impregnada de signos distintos a los de la moral católica. Nuevamente el Presbítero comenzará por envolver el problema de la verosimilitud con la defensa de la institución eclesiástica y la moral que pregonaba.

<sup>106</sup> Riva Palacio, “A Pedro Castera”, en Carmen, 1950, p. 20.

<sup>107</sup> Ibid., p. 21.

Al formar parte de los entretelones del pleito entre el Virrey y el Arzobispo, Luisa se alía a la causa del segundo en el Tumulto de 1624. Por la noble acción el Prelado la considera heredera de Judith, Esther y Débora, atribución que desata una de las más agrias respuestas de Dávila aunque intenta un tono de asombro por la inverosimilitud:

Con el mismo (motivo), con que empeñado en denigrar hasta lo sumo la memoria del antiguo prelado de México, que bastante ingrato es su recuerdo por la violencia de su genio, y el nada reverente paso que dio en San Juan Teotihuacán... lo representa el novelista en sus entrevistas en el convento de Santo Domingo con don Melchor Pérez de Varaez, una de las principales causas, si no la única del Tumulto. Allí vuelve a figurar la mulata y prostituida Luisa... de la manera más degradante para el arzobispo. ¿Lo dudan los lectores? Pues he aquí que el Ilustrísimo Pérez de la Serna ...no sólo se deja acompañar de ella... en la escena preliminar a su destierro, serviéndole, dice el autor, de *angel malo en sus consejos*... sino –¡asómbrese el cielo y pásmese la tierra!– no economiza frases en su elogio, hasta llamarle en su misma presencia *Judit, Ester, Débora*, y repitiendo otra vez esos sacrílegos encomios hablando con su supuesto marido, diciéndole: “Vuestra esposa es una de las mujeres fuertes de *la Biblia*, y el de Gelvez caerá como los filisteos, atacado por todos lados...”<sup>108</sup>

En el destino de Luisa el Presbítero observa con pertinencia que sus principales acciones están gobernadas por los consejos de la Bruja Sarmiento; ésta predice que morirá emparedada, profecía que provoca la burla:

¡*Mirabile dictu!* Lo que discurría un ingenio de esta corte a los dos tercios del siglo XIX, siglo de *ilustración* y de *progreso*, para formar el

<sup>108</sup> Dávila, *Breves observaciones...*, p. 41.

plan de su romance, lo adivinó una hechicera en el primero del siglo XVII, época de *oscurantismo y retroceso*, para que sirviera de *verdad* histórica.<sup>109</sup>

La ironía de Dávila permite confirmar esa búsqueda de los rasgos hereditarios en el pasado colonial a los que me referí antes. Efectivamente resalta la ausencia de cortapisas en la intención del novelista, pues lo mismo señala los efectos del fanatismo católico en, por ejemplo, el personaje de Beatriz de Ribera al donar los terrenos para la construcción del convento de Santa Teresa la Antigua, que el fanatismo de Luisa frente a la hechicería.

Las dos referencias funcionan, sin embargo, en contrapunto. El fanatismo católico de Beatriz es interpretado como una sumisión inexorable: "El fanatismo religioso era en aquellos tiempos el terrible contagio de todas las almas, y Doña Beatriz era la azucena que se marchitaba con el fuego del fanatismo."<sup>110</sup> Mientras que en las creencias de Luisa, negra y esclava, la hechicera representa los indicios de la cultura prehispánica que intentaba conjurar un orden social impuesto por la fuerza. Cabe recordar que dentro del tópico del amor imposible los augurios de las hechiceras forman parte del deseo del enamorado por culminar la unión con el amante cuando ésta infringe normas sociales.<sup>111</sup> En el caso de Luisa, la hechicera parece reforzar la presencia de las tradiciones aborígenes, signos de la herencia más antigua. Riva Palacio las aviva, e igualmente

<sup>109</sup> Ibid., p. 18.

<sup>110</sup> Riva Palacio, *Monja y casada...*, t. 1, p. 39.

<sup>111</sup> En su estudio sobre "Mujeres y familias en la Nueva España", Françoise Giraud se refiere al papel de la hechicera novohispana en las relaciones eróticas y resalta su función como mediadora de una realidad social ingrata. En *Presencia y transparencia...* 1987, pp. 61-78.



advierte los daños del fanatismo católico, de ahí la ardiente defensa de los bienes eclesiásticos por parte de Dávila.

Junto a las predicciones de la bruja Sarmiento, al Presbítero le parecerá de lo más ajeno a la ideología de un liberal el castigo que los exmaridos de Luisa le inflingen, ese "horroroso cambio de su raza", en palabras del crítico, la vuelta a la negritud y, por ende, a su origen mediante la alquimia. Este toque de "modernidad", prosigue, es falso pues ya existía en épocas anteriores, además los científicos consideran imposible variar la pigmentación de la piel. La ignorancia de Riva Palacio refleja su afán de seguir la moda de revivir avances científicos, juzga el Presbítero y, en seguida, propone una solución: el tatuaje, fórmula más verosímil en un personaje de raza negra:

Si en lugar de contarnos la sabia operación ejecutada a brochazos, nos hubiera puesto al operador y ayudantes armados de luengas y agudísimas agujas, traspasando finamente la epidermis de la hermosa Luisa, sin dejar el menor punto ileso, que a todo se prestaba la acción del licor que la tenía insensible, frotándola después con pólvora o carbón, hubiéramos comprendido al momento...<sup>112</sup>

La propuesta anterior cierra la fuerte ironía sobre las "luces" del liberalismo de Riva Palacio pues el tatuaje es otro indicio de la raza aborigen, y a lo ojos de Dávila un signo retrógrado del que no escapa el tormento corporal, elemento absolutamente combatido en la práctica inquisitorial por el novelista. Es de notar entonces la perspectiva opuesta del novelista y del crítico respecto del pasado, lo cual verifica que *Monja y casada*... lograba avivarlo.

Apoyándose en críticos franceses, aunque calla sus nombres, Dávila comenzará a señalar paralelismos entre las protagonistas de

<sup>112</sup> Dávila, *Breves observaciones...*, p. 46.

*Monja y casada...* y los personajes de novelas de Dumas y Sue. En el destino de Luisa encuentra rasgos semejantes a los de Flor de María, en *Los misterios de París*. Nota los cambios de papeles, la peripecia que efectivamente ocurre entre Luisa y Blanca Mejía, cuando señala que la malvada puede ser también "casada y mártir" y hasta "virgen", semejante a Flor de María quien era pura de corazón pese a ser una ramera que vivía entre rufianes.

La relación entre el personaje de la novela de Sue y Luisa es parcial pues Flor de María posee un espíritu analítico apto para la reflexión; con la ayuda de un cura comprende que el medio social abyecto en el que creció la condujo a la prostitución; en ésta jamás conoció el amor, sus sentimientos se mantuvieron "aletargados y fríos". El personaje sufre intensamente su pasado vergonzante, limpia su alma y luego mira el profundo abismo en que estuvo sumergida.<sup>113</sup>

En el gran éxito de *Los misterios de París* (1845), cabe recordar, subyace la intención de Sue por señalar los males sociales en relación directa con la organización de la sociedad. De ahí que se le atribuya el papel de reformador, más interesado en denunciar las lacras que el remedio para ellas. En este sentido, Riva Palacio elige a Luisa, personaje oprimido, pero la dota del instrumento de la venganza para autovindicarse socialmente a semejanza del personaje de Sue; le construye un camino de salvación, pero en éste retoma el tópico de María Magdalena, la pecadora cristiana.

El parentesco que Dávila observa entre Flor de María y Luisa ilustra su conocimiento de la crítica literaria europea sobre el Folletín, aunque también es previsible que hubiese leído los comentarios que sobre las novelas de Sue se daban en México a la par que él escribía *Los misterios de París*. En *El Liceo Mexicano*, por ejemplo, un artículo sobre el escritor francés destacaba:

<sup>113</sup> Sue, *Los misterios de París*, t. I, p. 286.

En medio de la imaginación del novelista, algunas veces al lado de la paradoja se reconoce siempre al observador perspicaz, que ve al derredor de sí el mal, y hace constar el triunfo de la perfidia y la violencia.<sup>59</sup>

Si la interpretación de Dávila no es del todo pertinente, sí ayuda a apreciar el temple romántico de Riva Palacio, moderado por su relación con Sue, y extremado en la pasión amorosa de las protagonistas, muestra de un subjetivismo llevado al límite y ajeno a los valores universales, según la crítica de Hegel.

La figura de la Magdalena cristiana impresa en Luisa es significativamente omitida por Dávila, señal de su rechazo a la transformación del personaje malévolo. En la ética del sacerdocio de Dávila no cabía el arrepentimiento de un personaje "lúbrico" como Luisa, en cuya voz Riva Palacio dosifica el deber ser femenino, propósito moralizante neutralizado por Dávila, quien lo señala como "lecciónillas de amor" a la manera de Ovidio. Antes que a un crítico se escucha aquí el discurso del sacerdote en el púlpito de la iglesia, procedimiento seguramente eficaz ante las lectoras de *La Revista Universal*. Imposible, de una parte, que el Presbítero acepte la bondad interna de Luisa cuando en ella ha sobresalido la maldad, y de otra parte, él predica el castigo último sobre los pecados únicamente a través de los designios providenciales y, por ello, opuestos a esa serie de augurios procedentes de la hechicería o producto de la alquimia.

Si el modelo perverso de Luisa "afea" la novela de Riva Palacio, el destino de Blanca Mejía, la monja y casada, virgen y mártir, será objeto de un exhaustivo análisis por parte de Dávila, en el que resalta el hecho de enmendarle la plana a Riva Palacio y así postular una monja más verosímil, esto es, novohispana, en lugar de la heroína romántica que se consume en la pasión amorosa. La intro-

<sup>114</sup> El Liceo Mexicano, t. I, 1845, p. 74.

misión del crítico me permitió reconstruir un texto, “La novela de Dávila” que incluyo al final del presente estudio.

Respecto de las incongruencias con la verdad histórica, el Presbítero señala lo absurdo en la fuga de una monja recoleta, puesto que Sor Blanca pertenecía al Convento de Santa Teresa la Antigua. En el castigo inquisitorial aflora, según señalé en el capítulo I, el rechazo a las escenas de la tortura pues “afean”, conspiran contra el buen gusto que debe despertarse en el lector. De mayor relevancia es la crítica a la paradoja de ser monja y casada. En la rebeldía y el rechazo a la vida conventual, Dávila opone y tergiversa argumentos de Rousseau. Los deseos de Blanca Mejía por volver al mundo y reencontrar a su novio, es decir, la dulzura de la libertad y la “necesidad de amar y ser amada” que Riva Palacio subraya en el personaje, no son los únicos ni los mejores; según se lee en la *Nueva Eloísa*, de la que Dávila cita: “Esta necesidad es quimérica y conocida únicamente por las gentes de mal vivir: todas esas pretendidas necesidades no tienen su origen en la naturaleza, sino en la voluntaria depravación de los sentidos”.<sup>115</sup> Y extremando su argumento considera que Riva Palacio conduce a Blanca Mejía al matrimonio, sacramento indispensable para formar el estamento de la sociedad, sin embargo no asegura una vida feliz.

En la defensa de la vida monacal, el crítico previene sobre las “bellas pinturas” que los románticos hacen del matrimonio subrayando de éste el comenzar “por alegres idilios” continuar con “triste alegrías” y terminar con “dolorosas endechas”; empero, añade, “A esta felicidad se convidaba a Sor Blanca”. La descalificación más parece orientada a la disolución del matrimonio, el divorcio, que ya aparecía en las novelas europeas de la época.

La interpretación sobre la muerte de Blanca Mejía contiene varios elementos singulares. Con toda pertinencia Dávila nota

<sup>115</sup> Dávila, *Breves observaciones...*, p. 27.

ambigüedad en la escena final de la novela, secuencia narrada desde lejos. El presbítero señala que el grito agudo, oído por Teodoro, no se sabe si lo dio Guzmán o Blanca, en señal de arrepentimiento.<sup>116</sup> En principio, descalifica la escena:

...en esta muerte, diremos con un escritor ¿se nos presenta siquiera el bello espectáculo de un delincuente arrepentido, que procura borrar con su llanto la memoria de sus crímenes, y que conmueven el alma de los que oyen con el sentimiento profundo, y la expresión pura y enérgica de su dolor? Nada de eso. El autor sólo dice que se oyó un grito...<sup>117</sup>

Esta cita, por cierto, reitera la omisión de Dávila frente al arrepentimiento de Luisa: ¿por qué no es un bello espectáculo el dolor y el arrepentimiento de la malvada? La respuesta acaso se encuentra en la perspectiva del espíritu jesuita sobre el terror que los católicos deben tener ante el tribunal divino después de la muerte, de mayor peso en quienes han obrado mal.<sup>118</sup>

Objeto de burla es el hecho de que Blanca Mejía no reciba el "honor" de la sepultura cristiana y se presente, en cambio, la desaparición del personaje en la profundidad de las aguas: "La *Monja y casada, virgen y mártir* fue a recibir la palma y la corona en la barranca de la ¡*Monja maldita!* No faltó ni la canonización".<sup>119</sup> La escena, prosigue Dávila, muestra un fin trágico comparable al de Flor de María, el personaje de Sue, quien muere ante el recuerdo

<sup>116</sup> Ibid., p. 57.

<sup>117</sup> Ibidem.

<sup>118</sup> *La idea del infierno fue incesantemente utilizada por los jesuitas. Cf. Groet-huysen, La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII, 1981.*

<sup>119</sup> Dávila, *Breves observaciones...*, p. 54.

de su deshonra, expresión del sentimiento de humillación y vergüenza. La fatalidad, tantas veces presagiada en el personaje, es bien advertida por el Presbítero, de ahí que oponga su propia versión: la Providencia castiga a los infractores de las leyes divinas:

...sucumbe herida por los mismos filos de la pasión que la hubiera arrastrado al olvido de sus más sagrados deberes. Dejó dominar su corazón del amor profano, cuyos recuerdos ocupaban su fantasía y servían de tema a sus idilios y pláticas: esa misma pasión, en sus punibles y detestables excesos, debía ser su oprobio, su vergüenza, su cuchillo.<sup>120</sup>

En este punto no puede ser más nítido el choque ideológico entre el novelista y el crítico.

El romántico, lo sabemos, reconoce el poder divino de la Providencia, encargada de premiar y castigar las acciones de los hombres; discrepa del sentido que le otorga Dávila –y el catolicismo– en algo fundamental: el novelista es el instrumento clarividente de la Providencia. Ésta, dice Antonio Cándido: “entra sutilmente en su personalidad como racionalización, que le permite desarrollar con método los planes de su arbitrio, atribuyéndolos al cumplimiento de la voluntad divina, a la cual transfiere así la responsabilidad”.<sup>121</sup> Con los designios providenciales, el novelista romántico sustituye la fatalidad de los clásicos pues no pertenecía a la esfera humana: era una “mala jugada de los dioses”.<sup>122</sup>

Dávila, en cambio, tiene la certeza de que el premio y el castigo descenden directamente de la Providencia. Por ello reprueba la muerte de Blanca Mejía, en la cual nota semejanza con Claudio Frollo

<sup>120</sup> Ibid., p. 57.

<sup>121</sup> Cit. en *Ruedas de la Serna*, “La novela corta de la Academia de Letrán”, en *La novela corta en el primer romanticismo mexicano, 1985*, pp. 19-53.

<sup>122</sup> Cf. Ibidem.

quien al caer de la torre de Nuestra Señora de París, grita la palabra *fatalidad* en griego, nombre que designa su ira y su despecho.

El destino signado por la fatalidad del romántico es, justamente, ese “elemento disolvente” de las teorías modernas, esa “moda perniciosa” absolutamente amenazante para la moralidad católica que Dávila debe resguardar. Y, como señala Jorge Ruedas de la Serna, el novelista romántico plantea una justicia individualista,<sup>123</sup> tal y como sucede con Luisa quien, dotada del instrumento de la venganza, logra vindicarse en el plano social.

De la intensa descalificación de lo “bueno o moralidad del fondo” en *Monja y casada...* Dávila concluye: la novela lleva la intención de halagar las pasiones humanas, antes que “dirigirlas por las seguras sendas del espíritu para bien de los individuos y de la sociedad entera”.<sup>124</sup>

En el presunto privilegio de lo malo en *Monja y casada...* Dávila se acerca a la estética hegeliana; para ésta el mal en sí, lo falso, sólo produce falsedad. Aunque lo *malo* puede representarse, no debe constituir el fondo de la obra pues despoja la belleza de la forma. El Presbítero aplica tales conceptos a las “pinturas voluptuosas y sin ningún velo que eviten los peligros a la juventud”; los personajes “históricos” inescapables a alguna mancha: ninguno es virtuoso; a los hombres “más perdidos y las más disolutas y despreciables mujeres en toda su horrible desnudez”, a quienes se les dan los papeles principales; unidos todos en “inverosímiles y fantásticas aventuras” para denostar al clero mexicano.

El peso mayor de la inmoralidad en la novela de Riva Palacio se centra en la defensa de lo *malo* y lo *feo*; ninguno de los dos contribuye a lo *bello* y, por lo tanto *sano*, pues se les otorga valor

<sup>123</sup> Cf. Ibidem.

<sup>124</sup> Dávila, Breves observaciones..., p. 54.

propio y resultan, por ende, *malsanos*. El mejor ejemplo, lo he resaltado varias veces, es el arrepentimiento de Luisa.

Semejantes conceptos fluían en ciertas preceptivas y críticas literarias en México, por los años en que Dávila escribe sus artículos. En 1844 Luis de la Rosa resaltaba la primacía de la verdad y la belleza en la obra literaria, producto del ingenio humano que “jamás hará que aparezca como bello ni lo absurdo, ni lo que es mounstruoso, ni lo que ofende el pudor y a los más nobles instintos de nuestra alma”<sup>125</sup> Y dos décadas más tarde, por los años en que Dávila escribe sus artículos, Francisco Pimentel, seguidor de Revilla y de Campillo Correa, repudiaba el “ultrarromanticismo” expresado en obras que embellecían las malas pasiones y pervertían los sentimientos morales. Tales obras, decía el mexicano, exageran y falsean los sentimientos, efecto que en el lector puede producir un “funesto influjo” y así perder el “sentido práctico de la vida, convirtiéndola en un teatro de ilusiones que no pueden producir más que desengaños”.<sup>126</sup>

De ahí que Pimentel defendiera un realismo “discreto, decente, honesto”, resultado de la mimesis, proceso en el que el artista no copia pero tampoco debe falsificar la realidad, a través de un acto de libertad mesurada. A favor de un realismo semejante estaría Dávila según mostré en la discusión sobre la verosimilitud.

Cabe notar, por último, que en el análisis de la novela Dávila ha infringido sistemáticamente los principios de la crítica literaria incluidos frecuentemente en las preceptivas de su tiempo. A pesar de declarar imparcialidad sobrepone el “espíritu de partido”, un terrible conservadurismo frente a un novelista romántico y asume un reto –tremebundo según apunta el subtítulo de sus *Breves*

<sup>125</sup> De la Rosa, “Utilidad de la literatura en México”, en *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, 1996, p. 89.

<sup>126</sup> Pimentel, *Obras Completas*, 1903, v. 5, p. 266.



*observaciones...*—, es decir, involucra el carácter personal, elemento perteneciente más a la sátira que a la crítica artística. De ésta toma mañosamente un elemento que Revilla menciona: el crítico debe ejercer una acción educadora frente al “criterio tornadizo del público”, mediante juicios fundados en la pertinencia social de la obra, su lugar en el movimiento literario y el sentido que entraña. El sentido positivo de todo lo anterior debe asentarse en un tono prudente enfocado a la obra más que al autor.<sup>127</sup> Por el contrario, el Presbítero no sólo analiza *Monja y casada...*, sino que la lee a su público expurgando y demorándose en la trama para dar una nueva versión. Son éstas las señales de que, en paralelo con Riva Palacio, está preocupado por los destinos de los personajes, desea su salvación y la de esos lectores. Pero, cabe preguntarse, ¿por qué todo un arsenal para demoler una novela a la que le falta arte? ¿Por qué oponer la crítica estética a un problema de perspectiva histórica sobre el pasado colonial? Algunas posibles respuestas han sido ya despejadas; todas giran alrededor de una cuestión central: ¿Cuáles sucesos del pasado inciden y cobran vigencia en el presente? Es aquí donde reside el móvil de la exacerbada reacción de Dávila, y éste se desliza subrepticamente en una hábil estratagema, materia del siguiente capítulo.

<sup>127</sup> Cf. Revilla, Principios generales de Literatura e Historia de la Literatura Española, 1877.



## Capítulo III

### La estratagema

#### LAS TÁCTICAS PARA LA GUERRA

Como señalé en el Capítulo I, apenas siete meses después del triunfo de la República, Vicente Riva Palacio inició la escritura de siete novelas, que abarcará un lapso de cuatro años. De aquel triunfo translada la epicidad a *Calvario y Tabor*, obra de magnífica recepción tanto por el tratamiento de un suceso reciente como por la calidad de testigo del narrador. La venta de seis mil ejemplares confirmaron lo anterior. A mediados del mes de julio de 1868 se inician las entregas de *Monja y casada...*, la primera novela sobre el pasado colonial; en septiembre comenzará su continuación en *Martín Garatuza*. El hecho de que un escritor publique casi tres novelas en un año es prueba fehaciente de un plan y, sobre todo, de una incidencia eficaz en los lectores. Ese plan de Riva Palacio había tenido ya algunos indicios en el "Prospecto" del frustrado libro sobre las "causas célebres" de la Inquisición, de 1861. Ahí, como señalé en el Capítulo I, el escritor descubría la peripecia, el sugerente recurso en el que podrá sustentarse el "interés histórico por conocer los procesos cruentos del tribunal inquisitorial". El anuncio, por otra parte, ponía de relieve también la singular capacidad del futuro novelista para atraer al público lector, como bien señala José Ortiz Monasterio.<sup>128</sup> El citado libro no se publicó pero

<sup>128</sup> Cf. Ortiz Monasterio, *Historia y ficción. Los dramas y las novelas de Vicente Riva Palacio*, 1993, pp. 45-65.

Riva Palacio mantuvo en su poder el archivo de la Inquisición, hecho que seguramente animó el proyecto de una serie de novelas sobre el pasado colonial. Previsiblemente Mariano Dávila captó las intenciones del novelista e inmediatamente asumió un reto –“tremebundo”, palabra del subtítulo de su libro–, a la manera de un hidalgo que acusa de “alevoso” a otro –el novelista– “obligándose a mantenerlo en el campo”, de acuerdo con la definición del *Diccionario de Autoridades*.<sup>129</sup> En el desafío, según referí en el Capítulo I, Riva Palacio se mantuvo un tanto elusivo, con salidas humorísticas, muy a tono frente a la embestida rigurosa, erudita y tergiversadora de Dávila. Entre burlas y veras, Riva Palacio sabía que la crítica de su oponente ponía en juego dos perspectivas sobre el pasado colonial y, desde luego, la de *Monja y casada*... estaba recibiendo más propaganda pues, aunque ésta se daba en el espacio de la oposición, *La Revista Universal*, la novela mantenía presencia y, seguramente, ganaba más lectores.

El éxito de *Monja y casada*... tuvo una primera repercusión que conviene ahora recordar. Cuando la novela se aproximaba a su término, el periódico *La Revista Universal* dedicó un extenso artículo a la Inquisición y Santo Domingo, el cual produjo una discusión entre aquél diario y *El Siglo XIX*, retomada, a la vez, por *El Constitucional*. La polémica tuvo una respuesta singular de parte de *La Revista Universal*: los artículos en cuestión se proponían tratar la Inquisición desde un punto de vista histórico y con ello “combatir los errores de los nuevos moralistas *buscadores* de escenas horripilantes, para confeccionar dramas románticos”.<sup>130</sup>

Un toque “Obligado” de *La Orquesta* respondió a la clara alusión a *Monja y casada*...:

... aunque sujetos a errores  
no buscan los *buscadores*

<sup>129</sup> Madrid, 1976, (O-Z), p. 605.

<sup>130</sup> La Orquesta, 8 de agosto 1868.

asuntos edificantes,  
 pues no es preciso buscar  
 donde se pueden hallar,  
 como quien dice, al acaso,  
 o más bien a cada paso,  
 en las pasadas edades,  
 mil innegables verdades,  
 que según miro y contemplo,  
 son cada una como un templo.<sup>131</sup>

El otro elemento de importancia es que por lo mismos días del mes de agosto, *La Revista Universal* cumplía su primer aniversario y subrayaba su programa editorial: la Religión, la Independencia, la Unión de quienes "forman la parte morigerada para destruir a los eternos dañadores de la sociedad, o al menos para quitarles la posibilidad de dañar".<sup>132</sup>

Así, durante el verano de 1868 bullían los ánimos ante la revisión del pasado colonial, concretamente por la divulgación de ciertas prácticas del Santo Oficio. En tales circunstancias Dávila seguramente comenzó a planear sus *Breves observaciones...* bajo dos ejes: las polémicas histórica y literaria, según su propia denominación y que he explorado en los dos capítulos anteriores. En esta parte me detendré en la índole de las entregas (capítulos, cuando formaron un volumen) de dicha obra. Como ya había mencionado, las entregas se publican en *La Revista Universal* entre diciembre de 1868 y abril del año siguiente. Sólo dos días de diciembre no aparecen entregas; en enero de 1869 el periódico incluye un escaso número, apenas siete y solamente cuatro en febrero; durante los meses de marzo y abril son esporádicas.

<sup>131</sup> Ibidem.

<sup>132</sup> *La Revista Universal*, 13 de agosto 1868.

Lo anterior indica que en diciembre y enero los artículos de Dávila competían abiertamente con las entregas de *Martín Garatuzza*, sobre todo porque en las primeras treinta y cinco se encuentra lo más jugoso de la crítica; ésta decae cuando da paso a un detenido y farragoso apartado sobre la Inquisición incluido en las entregas de febrero a abril. Por ello no resulta forzado inferir que el Presbítero trataba de robarle público a la novela de Riva Palacio y, simultáneamente, desplegaba un hábil juego con el público lector de *La Revista Universal*, según iré mostrando.

Si Dávila anuncia y cumple la aceptación de un reto, corresponde descubrir su estratagema, término acaso extraño en la crítica literaria, por cuanto designa la “acción realizada hábilmente y generalmente con engaño para conseguir una cosa y su ámbito natural es la guerra”.<sup>133</sup> Se ajusta, sin embargo, al supuesto del Presbítero: Riva Palacio ha declarado su pretensión de esclarecer hechos oscuros de la etapa colonial; ha consultado archivos de la Inquisición, pero no ha respetado la “verdad histórica”, señales todas de un engaño, arma que el crítico retoma en abierta provocación al duelo con Riva Palacio, quien, como mencioné en el Capítulo I, advierte haber aprendido la historia por fuentes distintas a las de Dávila. La estratagema de éste confirma su espíritu jesuita definido en la fundación del Instituto Ignaciano: serían los soldados de Cristo, como un ejército defenderían su Iglesia, espíritu por demás apto para convertirse en vocero del pensamiento conservador mexicano y del Partido que lo sustentaba.

Las estrategias del crítico son variadas por su dirección a distintos fines. Uno de éstos es dar al lector una glosa de la novela. Más que una relectura, se trata de una lectura tamizada, expurgada, con detenciones, sesgos y omisiones bien calculados. Así las *Breves Observaciones...* empiezan bajo el mismo orden que los libros y los capítulos de la novela, incluso frecuentemente con los mismos

<sup>133</sup> Moliner, *Diccionario del uso del español*, (A-G), 1991, pp. 1233.

subtítulos. Sobre el Libro I intitulado "El convento de Santa Teresa la Antigua" cuenta la intriga y aclara los "errores" históricos de tal suceso (véase Capítulo I). El recorrido por el Libro II titulado "Las dos profesiones" es rápido y, como vimos en el Capítulo II, se dedica a combatir los yerros de una novela ajena a un plan y, por lo tanto, con episodios inconexos, elementos típicos de las novelas de folletín que son, dice Dávila:

una especie de albañales en que se amontonan todo género de inmundicias, adulterios, asesinatos, suicidios, con que bajo la capa de moralidad, de amor a la religión, y de encomios al orden, se pintan mil cuadros voluptuosos e intrigas infernales, y se hacen un sinnúmero de revelaciones vergonzosas, que manchan la imaginación de los lectores, corrompen los corazones y ofrecen un mortífero veneno a la candorosa juventud de ambos sexos, que si al principio de su lectura se sonrojan, acaban tal vez por emular la vergonzosa gloria de esos tipos de inmoralidad y corrupción.<sup>134</sup>

La brevedad del comentario sobre el Libro II, puede apreciarse, se encuentra bien potenciada por el rechazo a las novelas de folletín;<sup>135</sup> éste actúa como advertencia al lector, indicio, por otra parte, de la equivalencia del espacio del periódico al púlpito de la iglesia. Pero esa señal explícita resulta más bien rara en el conjunto estratégico de la crítica de Dávila.

<sup>134</sup> Dávila, *Breves observaciones...*, 1869, p. 20.

<sup>135</sup> Dávila retoma juicios de críticos españoles que combatían el influjo pernicioso de la novela de folletín francesa. Las características de la producción y su gran impacto sobre el público lector, suscitaron la reacción en frases como éstas: "introducen la ponzoña en las familias"; "propagan máximas disolventes"; "aten-tan contra los principios de la educación religiosa", etc. Cf. Iris Zavala, *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*, 1971, pp. 266-267.

Sabedor de que a partir del Libro III, titulado “Monja y casada”, comenzarán a discernirse los destinos de Luisa y Blanca Mejía, las protagonistas de la novela, el Presbítero varía la estrategia: emulando la tarea del novelista anticipa conceptos claves de la moral católica que defiende. Es en este libro donde ocurre la fuga de Blanca Mejía del convento, ante lo cual Dávila aprovecha las dudas de la monja: ¿hará bien o mal en fugarse? La voz del sacerdote prepara a los lectores: “Pronto saldrá de dudas y conocerá por experiencia propia que con Dios no hay burlas, y existe una *Providencia* para el bueno y para el malo”.<sup>136</sup>

Posteriormente vuelve a narrar la huida de Blanca Mejía con un tono burlón dirigido a contrarrestar el halo trágico del personaje. En los preparativos de la fuga del convento, observa el “poco criterio” del novelista puesto que eligió un convento recoleto; el suceso resulta “extravagante” y, además, un “agravio a la opinión que el narrador había inculcado a los lectores sobre Sor Blanca”. Dávila reconstruye así la escena: en su estrecha celda amueblada escasamente, Sor Blanca tenía en una alacena embutida en la pared una caja oculta; toma la caja y

comienza a sacar algunos objetos... ¿de fuga? No, de *tocador*, en castellano; en francés, de *toilette*. Un espejo, ante el que arrodillada se quita la toca, y se desprende la más hermosa cabellera del mundo, no de una mujer, de una *deidad*, acto continuo, se viste un *soberbio traje* de brocado blanco; cubre sus manos y su cuello de *soberbias* alhajas; oprime sus delicados pies, —¿sin medias o calzas?— en unos *borceguíes* —¿datilados?— no; de tafilete rojo bordados de oro y sus cabellos en una redecilla de seda y oro... ¡Vaya! patente está el plan. Pondráse en seguida unas *soberbias* alas... Se presentará a las monjas, las cuales, creyéndola sin duda un *arcángel*, se postrarían a sus pies,

<sup>136</sup> Dávila, Breves observaciones..., p. 32.



abrirían a su voz las puertas y... Doña Blanca respiraría en la calle...  
el benéfico aire de la libertad.<sup>137</sup>

La fuga del convento que el novelista impulsa por el deseo amoroso del personaje, se torna en escena humorística, irónica, banal e inverosímil, elementos distractores del aliento libertario. Y en la ironía dirigida a derribar la figura angelical de Blanca Mejía aflora la desviación que el personaje tiene respecto de la moral católica: el ángel de Riva Palacio deja el convento, ese privilegiado espacio de la castidad, donde adquirirían las mujeres, tanto las casadas como las solteras, el linaje de la vida angelical, según lo expresaba Juan Manuel Orti Lara, uno de los defensores más ilustres del dogma católico:

Así engrandece el catolicismo a la mujer: con la castidad elevada a su mayor altura, la despega de la tierra, la transporta a una atmósfera que las posiciones no alteran ni corrompen; y así elevada, ofrécela a los ojos del hombre como no se qué de celestial y divino, que sobrepuja todo sentido carnal, y levanta al espíritu y amor de la eterna belleza.<sup>138</sup>

La ironía de Dávila cobra mayor eficacia ante el lector que la defensa de la vida conventual referida en la polémica literaria; una y otra tácticas, sin embargo, denuncian a un crítico versátil, que hace calas diferentes en los asuntos morales amenazantes para los lectores católicos.

Los múltiples obstáculos que va encontrando Blanca Mejía son ridiculizados por Dávila. En los aliados de la protagonista como el

<sup>137</sup> Dávila, Breves observaciones. pp.28-29.

<sup>138</sup> Orti Lara, Ensayos sobre el catolicismo y sus relaciones con la alteza y dignidad del hombre, 1864, p. 239.

negro Teodoro, su posible salvador, nota un carácter postizo de “nuevos Eneas”; en el refugio fugaz, aclara que no es precisamente el “ubi Troja fuit”. La táctica se dirige a enfriar ante los lectores el difícil camino luego de la evasión del convento; de esta manera combate la *fatalidad*, ese elemento constantemente rechazado por su índole romántica opuesta al sentido católico de la Providencia divina.

Para el Libro IV “Virgen y mártir”, el Presbítero perfecciona la estrategia anterior. En principio anuncia la postergación de la “leyenda del martirio” a propósito de una de las respuestas de Riva Palacio, argumento para asumir el reto y contestar retomando una cita de un crítico francés —calla el nombre— a propósito de *El conde de Montecristo* de Dumas en la que se discute la verdad artística, es decir, el realismo en el arte, la verosimilitud, elementos absolutamente cuestionados según señalé en las polémicas histórica y literaria (Capítulos I y II), lo que adquiere ahora relevancia es la ubicación de tal referencia, precisamente después de postergar la “leyenda del martirio”. En sustitución, el crítico ilustra el sentido de la cita inventando una Comedia, donde acomodará la desgracia de Luisa, quien es vuelta a la negritud en un acto de venganza de sus examantes y con ello se inicia su arrepentimiento, semejante al de la Magdalena cristiana. Dávila dice poco sobre el asunto; sabe que funciona como mal ejemplo en la moral católica, de ahí la solución eficaz: una comedia dividida en cuatro actos. La velocísima descripción de las acciones del personaje, de sus aliados y sus enemigos, imprime el tono humorístico propio del sainete: entran y salen personajes del escenario dando lugar así a sucesos inexplicables o, como sugiere el Presbítero, inverosímiles. De este modo contrarresta la intervención de elementos mágicos y alquímicos que han ido rodeando el destino del personaje; dicho de otro modo, las señales de la fatalidad bien advertidas por el crítico. De nuevo aflora el choque ideológico: fatalidad *versus* Providencia divina.

Las desgracias de Luisa y sus remordimientos, dice Dávila,

la convierten... la vista de Sor Blanca la conmueve... llora, le pide mil perdones... se acordó de Dios, se volvió creyente, caritativa, mártir, etc., etc., ya acabó toda su maldad, porque –agrega el novelista– “de la pecadora Magdalena a la santa, no hay mas que el paso de la noche a la aurora...” ¿No más? No nos metamos en honduras.<sup>139</sup>

La comedia termina con el fragmento citado, pero Dávila continúa narrando en el mismo tono para burlarse de los obstáculos de la nueva fuga de Blanca Mejía de la cárcel inquisitorial, con lo cual inicia el desenlace de la novela. También el Presbítero comienza a hacer un balance del “rápido análisis de esta novela de más de 600 páginas”, respecto de lo bello y lo bueno, ejes de la preceptiva que ha aplicado (véase Capítulo II). Para finalizar, retorna al cuestionamiento inicial: ¿por qué la novela de Riva Palacio ha tenido gran aceptación? La respuesta verifica el gusto de los lectores por las novelas de folletín y retomando a Mr. Michelet –seguramente Jules Michelet– Dávila considera que tales obras se escriben en el marco de una sociedad que va en descenso y, por ello, está colmada de mediocridad. A modo de conclusión retoma frases de un “autor liberal” español –sin decir su nombre– ligado al *Monitor Republicano*, de quien cita lo siguiente: “Cuando la literatura, la política, la moral y el gobierno tienen por directores los principios del siglo XVIII legados al XIX, ¿deberá extrañarse la calidad de los escritos de moda y la fortuna de que disfrutan?”<sup>140</sup>

La parte segunda de las *Breves observaciones...* como mencioné al principio, se dedican a la Inquisición. El gran espacio dedicado a su historia desmerece en el conjunto estratégico de Dávila pues los

<sup>139</sup> Ibid., p. 47.

<sup>140</sup> Ibid., p. 59.

conceptos del dogma católico y las causas de la fundación y la función del Santo oficio no eran –ni antes y ahora– accesibles para el lector común. Sin embargo, la táctica forma parte del conocimiento de la verdad y la defensa, notablemente anacrónica del tribunal, explicable en el inquisidor que es Dávila, figura terrible si recordamos aquella hoguera con los libros del pensamiento ilustrado en el Instituto Literario de Toluca. Ante la imposibilidad de repetir abiertamente un acto de brutal intolerancia con *Monja y casada*... planeó una exhaustiva crítica, cuya ferocidad seguramente movió a los lectores católicos de *La Revista Universal* pues a mediados de junio de 1869 apenas tres meses después de la última entrega de *Las breves observaciones...*, el periódico *La Orquesta* inserta un “Auto de fe” que dice:

Con fecha 6 del corriente nos escriben de Ixtlahuaca lo que sigue: “Escribo a usted bajo la dolorosa influencia que produce en mi corazón la noticia que en este instante acabo de recibir, referente a que en el pueblo de San Felipe del Obraje, municipio perteneciente a este Distrito, existen unos misioneros que han tenido la audacia de extraer de sus dueños todos los ejemplares de *Martín Garatuza*, *Monja y casada* y *Piratas del golfo*, los que han quemado excomulgando a los que los leyese. No hay duda, esos prisioneros son las almas en pena del antiguo fanatismo religioso que arrojado de las ciudades por los conjuros de la civilización, se retiran a los pueblos esperando encarnar en la ignorancia; pero se equivocan; esa ignorancia no existe como creen, la vuelta de las preocupaciones que produjeron y alimentaron a la Inquisición, no resucitará jamás entre nosotros, por que los mexicanos decimos a semejante resurrección, lo que los discípulos de Jesús en el sepulcro de Lázaro: “señor, ya apesta”.<sup>141</sup>

<sup>141</sup> La Orquesta, 9 de junio de 1869.

En su anacronismo el "Acto de fe" pone de relieve tanto al novelista como al crítico; uno y otro sabían que el pasado colonial estaba vivo, a pesar del triunfo de los liberales.

En el largo pasaje sobre la Inquisición cabe notar, por otra parte, que el propio Dávila descubre su autoría tanto del parágrafo dedicado a aquélla en el *Diccionario Universal de Historia y Geografía* (1854),<sup>142</sup> como la de los artículos que dieron pie a una polémica entre la prensa conservadora y la liberal. Sin embargo, a la mitad de sus *Breves observaciones...* no parece importarle ya mucho a Dávila conservar el anonimato pues afirma "haber cruzado lanzas con *El Constitucional*, Siglo XIX y *Opinión Nacional*", señal, por otra parte, de que éste es, efectivamente, el germen del reto pues nuevamente el crítico solicita respuestas de Riva Palacio:

... a nuestras observaciones publicadas el 19 y el 26 de agosto no osaron decir "esta boca es mía"... ¡Ya se ve! todavía no se habían descubierto los *documentos irreprochables y preciosos datos*. Y ahora que tan felizmente se han encontrado los archivos secretos, ¿se fijará la contestación *ad Calendas graecas?*, o hablando en castellano... en los tres célebres plazos: Tarde, mal y nunca.<sup>143</sup>

La incitación al duelo no recibe en ese momento la respuesta de Riva Palacio; su táctica había sido descubrir inmediatamente el nombre de Dávila y luego con sentido del humor aludir a la extensa crítica del Presbítero, en la que seguramente veía la mejor propaganda para *Monja y casada...* La táctica de Riva Palacio cambia cuando *Las breves observaciones...* se publicaron en un volumen a mediados de 1869 –apenas tres meses después de la última entrega en *La Revista Universal*– y acaso también por la quema de ejempla-

<sup>142</sup> Cf. pp. 270 a 292.

<sup>143</sup> Dávila, *Breves observaciones...*, p. 59.

res de sus novelas en el pueblo de San Felipe del Obraje, citado en *La Orquesta*, el 9 de junio. La respuesta del novelista ya no es embozada ni humorística, con su firma y en *La Orquesta* leemos:

Como en las críticas que se han hecho a mi novela histórica *Monja y casada*, al través de lo que pudiera llamarse crítica de la novela, veo claramente un ataque a todas nuestras instituciones modernas y a las conquistas de la Reforma, muy pronto entrará en prensa para ver la luz pública, un libro que me ocupó en escribir y que contendrá todos los datos irrecusables de la verdad histórica que se refiere a dicha novela. En ese libro probaré: que los sombríos cuadros que he presentado al público, no son parto de mi imaginación, sino un transcrito fiel de los episodios que tenían lugar en aquella sociedad que gemía bajo el yugo del fanatismo y de la Inquisición. Para entonces, aplazo a mis adversarios, advirtiéndoles que la desventaja está de mi parte, porque yo combato a cara descubierta y dando mi nombre, y ellos me injuriaron en cuestiones que nada tienen de personal en la salvaguarda del anónimo. El Partido Liberal cuenta en su apoyo para vencer, *con la razón y la historia*.<sup>144</sup>

La segunda parte de las *Breves observaciones...*, como ya habíamos señalado al principio, coincide con la irregularidad de las entregas en *La Revista Universal*. Este hecho pone de relieve la primera parte; ahí descansa la estratagema de Dávila; es ahí donde despliega las tácticas para atacar y, a la vez, competir con la publicación de *Martín Garatuza*, la continuación de *Monja y casada*... Dávila previsiblemente planeó su crítica y le debe haber sorprendido el "Prospecto" de *Martín Garatuza*; éste le habrá llevado a comprender que Riva Palacio, en posesión del archivo de la Inquisición, seguiría novelando las causas célebres pues en escasos doce meses las entregas de tres novelas ocupaban el interés del público lector. La

<sup>144</sup> *La Orquesta*, 16 de junio de 1869.

rapidez y la eficacia del novelista obligó al Presbítero a descalificar la veracidad de *Martín Garatuza*, personaje subversivo en *Monja y casada...* y a desentenderse un tanto de las aventuras que el personaje prometía desde las primeras entregas de la novela con su nombre, para centrarse en el debate en torno a la Providencia divina que le suscitaban las protagonistas de *Monja y casada...* y en el ataque a la defensa del clero, en el presunto “ardid” de la novela.

La estratagema de Dávila intenta atacar por todos los frentes, como en la guerra, pero a medida que se desarrollan las tácticas, se aprecian los mismos elementos que él deposita en Riva Palacio, como son la alevosía y el engaño. Las tácticas se mueven entre la reiteración y la omisión. Las precisiones acerca de los sucesos históricos de la novela ejemplifican la redundancia. La elisión envuelve el hecho beligerante que la novela actualiza: una imagen oscura de la Iglesia mexicana. El supuesto móvil o “ardid” de Riva Palacio tiene un doble filo: ocurre en el pasado colonial pero todavía representa una herencia viva y nefasta en el presente. Sabedor de que la novela podía ser tomada como lección de historia, Dávila introduce un exhaustivo análisis literario al servicio de varios fines: denostar la obra y a su autor; expurgar el texto para evitar modelos perversos ante el lector, y elaborar una nueva versión de la novela según ciertos preceptos del arte literario. Son éstas las máscaras del Presbítero: la del historiador, la del crítico literario y la del novelista. Por eso Dávila expande la estratagema; cubre la novela entera, a la manera de un engaño, un obstáculo, más agradable desde su perspectiva, ante el posible lector de las novelas de Riva Palacio.

### LOS ENTRETELONES DEL “ARDID” NOVELESCO

...el objeto de sus inverosímiles y fantásticas aventuras, no es otro, y lo conocerá hasta quien sólo vea las cosas por tela de cedazo, que denigrar al antiguo clero mexicano, que si como formado de hom-

bres cometió algunas faltas, jamás éstas oscurecerán la fama de sus distinguidos e importantes servicios prestados a favor de la civilización y la libertad de su país, servicios a que nunca llegarán los de otras clases, y ahí está la historia de cerca de cuatro siglos que lo acredita con indelebles caracteres.<sup>145</sup>

A manera de conclusión del análisis de *Monja y casada...* Mariano Dávila descubre en las líneas citadas el presunto "ardid" embozado en la novela y paralelamente descubre el móvil de sus *Breves observaciones...* Si la disección de la novela se orientó a describir la verosimilitud anclada en el presente del novelista y, por lo tanto, a discutir problemas de orden estético, en el fragmento arriba citado aparece un reproche de orden ético centrado nuevamente en la aprehensión del pasado colonial.

La recreación novelesca del Tumulto de 1624 logra reunir puntos frágiles del poder eclesiástico eficazmente potenciados por la imagen del claroscuro, tanto en la vida social de la ciudad de México, como en el perfil y las acciones de los personajes, sobre todo los del Virrey y el Arzobispo. El recurso es bien advertido por Dávila:

... en la pintura de las actualidades de la Nueva España en 1623, muy tristes por cierto... vemos cumplida la antigua profecía latina: *Pejora videmus...* pintura en la que se agotaron los más bellos colores para retratar al virrey Marqués de Gelves, así como los más oscuros para caricaturizar a sus enemigos...<sup>146</sup>

Omite, sin embargo, la luminosidad, el contraste, en el que Riva Palacio fusiona el presente con el pasado: de éste recupera impulsos, capacidades del pueblo frente al régimen virreinal para colo-

<sup>145</sup> Dávila, *Breves observaciones...*, p. 55.

<sup>146</sup> *Ibid.*, p. 25.



carlos en el México independiente, y con mayor precisión en la Reforma como signo de modernidad por cuanto la separación Iglesia-Estado. En tal eje se mueve el carácter doctrinario de la novela. A la luz de la crítica de Dávila recobra una fuerte combatividad, sentido que tiende a diluirse con el paso del tiempo. El denominado “espíritu de partido”, tantas veces traído a colación por el Presbítero, aflora y ayuda a comprender la belicosidad todavía no depuesta en 1868: Riva Palacio deseaba la conciliación pero escribe una novela en la que defiende un proyecto político; Dávila –y los conservadores– tampoco desea la conciliación y sigue pugnando en favor de un orden social que se había venido fracturando a partir de las “luces” de los reformistas. Las vertientes ideológicas los alejan y, sin embargo, el asunto del pasado los acerca.

La reacción de Mariano Dávila sobre el ingreso del Tumulto de 1624 al universo novelesco permite apreciar redundancias; aunque de mayor interés son algunas omisiones. Antes de entrar en ellas, conviene hacer un recorrido por las principales escenas de aquella revuelta y la conducta de sus protagonistas.

Una sociedad lacerada por la codicia de españoles y criollos en contubernio con la máxima autoridad eclesiástica y algunos miembros de la Audiencia, permiten al novelista figurar el lado oscuro potenciado con el empobrecimiento y la delincuencia, signos de un régimen gubernamental descompuesto, al que ha de enfrentarse el virrey de Gelves. El personaje novelesco del gobernante está dotado de rasgos positivos, que entran en oposición con los del Arzobispo. La responsabilidad del Virrey en su cargo se pone de relieve en sus paseos nocturnos por la ciudad para apreciar por sí mismo las necesidades del pueblo. Y para acentuar la desolemnización del personaje, en uno de esos paseos se enamora fugazmente de una bella dama criolla de la que conoce después su identidad: era Blanca Mejía quien disfrutaba, también fugazmente, de la libertad luego de su huída del convento. Así, los rasgos de bonhomía en el

virrey de Gelves acentuarán la defensa de la autoridad civil frente a la eclesiástica.

La desmesurada codicia de los grupos elitistas se subraya en el monopolio de granos y otros alimentos básicos, en detrimento de los estratos más bajos de la sociedad. Tampoco tenían éstos acceso a la justicia, la cual se hallaba sujeta al mejor postor. En tal estado de cosas, las acciones del arzobispo Pérez de la Serna se suman y con ello ponen en entredicho su conducta personal y aun la obra civilizadora de la Iglesia. No de otra manera puede leerse el Capítulo III del Libro IV cuyo subtítulo es una especie de detonador: "Cómo se conspiraba en el Palacio del señor Arzobispo de México del año de 1623". Ahí se describen las alianzas y las tácticas para la revuelta.

A través de una larga escena, Riva Palacio confiere un papel subversivo a la Iglesia y a sus doctrinas. El Arzobispo no duda en servir de enlace con la gente marginada pero, sobre todo, con viciosos y delincuentes, para ir contra la autoridad civil:

... siendo para el servicio de Dios y de su religión y para la guardia de estos reinos de su Majestad, que de otra manera serían perdidos, no es obstáculo, que así en las santas cruzadas fueron todos los que habían recibido las aguas del bautismo a la reconquista de los Santos Lugares de Jerusalén sin que se exceptuaran los pecadores, y quizá camino sería éste de salvación para muchas almas perdidas o dormidas en culpa.<sup>147</sup>

En la voz del Arzobispo, podrá notarse, el novelista deposita un asunto de gran peso, el problema de la salvación de los pecadores: los designios providenciales llegarán a éstos mediante la intervención del máximo Prelado. Y, sin embargo, el minucioso

<sup>147</sup> *Riva Palacio, Monja y casada..., t. II, p. 25.*

Presbítero Dávila omite la escena, no la toca, la encubre frente a sus lectores toda vez que ya había elegido la táctica de la descalificación estética.

La alianza del arzobispo Pérez de la Serna con el grupo que intenta defender sus intereses frente al Virrey toma carácter personal pues el Prelado monopolizaba la venta de carnes; era comprador y revendedor: "... se llamaban 'regatones'... entre los cuales se contaba el mismo Arzobispo, que tenía en su casa una carnicería que le hizo quitar el Virrey".<sup>148</sup>

Sobre tal conducta deshonesta tampoco hay réplica por parte de Mariano Dávila; se dedica más bien a esclarecer el anacronismo del personaje *Martín Garatuza*, su inverosímil cercanía con el Arzobispo y a descalificar en iguales términos a Luisa, lo mismo que al Ahuizote, personajes viciosos, la "falange revolucionaria" del Arzobispo, en palabras del crítico.

Objeto de enorme rechazo para Dávila es el liderazgo de *Martín Garatuza*, quien en la novela recibe toques de heroicidad. En plena revuelta, sitiado el Virrey en el palacio de gobierno por una multitud que gritaba vivas a la fe, a la Iglesia, al Rey, y mueras al "hereje excomulgado" (el Virrey), se lanza en pos de la bandera que ondeaba en el palacio:

...Martín, cubierto con una rosela y con una espada desnuda, subió hasta arrancar aquella flámula... Entre gritos de triunfo y llevando en la mano el trofeo de su victoria, Martín fue llevado en brazos de los más entusiastas hasta dentro de la misma Catedral y recibió allí felicitaciones de todo el clero, que no se atrevía a declararse militante, pero que desde el templo animaba y excitaba la insurrección.<sup>149</sup>

<sup>148</sup> Ibid., p. 9.

<sup>149</sup> Ibid., t. II, p. 154.

Apegándose a fuentes auténticas y oficiales tales como el informe al Rey de España sobre los sucesos por parte del Ayuntamiento de México y del propio arzobispo Pérez de la Serna, Dávila niega la calumnia al clero en cuanto haber celebrado y difundido la excomunión al Virrey y de haberse reunido en la Catedral durante los momentos culminantes del Tumulto. El Presbítero juzga de manera peculiar el episodio protagonizado por *Martín Garatuza*:

...todo esto es falso conforme a los documentos citados. El mismo autor lo confiesa, al atribuir a Garatuza que no era clérigo, sino un bribón, el hecho del estudiante vestido de sotana y turca, que arrebató la flámula real del balcón de Palacio. Y para que no quedara duda de esta farsa en que representa al clero, añade, que el *Ahuizote*, otro bandido, disfrazado con traje clerical, arengaba al pueblo, repitiendo lo que apuntaba Luisa, —siempre los mismos malvados—, *vestida de hombre*.<sup>150</sup>

El argumento, cabe notar, delata contradicciones. El recurso del disfraz en los personajes de *Martín Garatuza* y Luisa, máscaras que les otorgan la versatilidad, ingrediente indispensable para sus acciones exitosas, es visto como natural en una novela y, sin embargo, en la polémica literaria fue objeto de reproches desde la verosimilitud. Esta táctica es por demás relevante, constituye un indicio de que el historiador Mariano Dávila se dio cuenta que debía pasar al terreno literario y desde ahí derribar el “ardid” de la novela.

Otro ejemplo de las elisiones de Dávila se da en un elemento de la fuga del convento de Blanca Mejía. Ella acelera su salida ante el retraso del trámite a cargo al arzobispo Pérez de la Serna:

<sup>150</sup> Dávila, *Breves observaciones...*, 1869, p. 40.

—Es necesario ...salir de aquí... saldré, y si al fin el Arzobispo relaja estos vínculos, que yo por mi voluntad no he formado, mejor, si no viviré... libre. Yo no tengo obligación de estar aquí, el Pontífice ha dicho que si los votos me fueron arrancados por la fuerza... sea yo libre.<sup>151</sup>

Si el destino de la protagonista recibió un verdadero asedio, el Presbítero calla la atribución casi omnímoda que Riva Palacio pone en el Arzobispo: de él depende el futuro de Blanca Mejía.

El crucial asunto del destino y la salvación de las protagonistas está regido por la fatalidad en el sentido romántico. Dávila lo captó y seguramente advirtió también que Riva Palacio atribuye al Arzobispo, en tanto personaje, los caminos, las líneas de los destinos, rasgo confirmatorio del narrador romántico,<sup>152</sup> pero en justa oposición a los designios de la Providencia divina. La omisión de este delicado asunto indica que Dávila está sancionando la herejía con su tenaz estrategia de echar por tierra la versión "parcial y desacreditada" que sobre el Tumulto de 1624 eligió Riva Palacio. Igual tenacidad en la versión del suceso histórico mantendría Riva Palacio desde su espíritu de partido. Muy poco después de la escritura de *Monja y casada...* y de otras novelas, preparó en colaboración con Manuel Payno, Rafael Martínez de la Torre y Juan Antonio Mateos el *Libro rojo*. En éste figura una selección de hechos violentos que ponen en tela de duda el régimen colonial. Con pertinencia, José Ortiz Monasterio sostiene la hipótesis de que dicho libro es el que Riva Palacio tenía en la mente en aquella respuesta frontal, impulsada por la publicación de la crítica de Dávila en un volumen y acaso por el acto inquisitorial sobre sus novelas: anuncia la publi-

<sup>151</sup> Riva Palacio, *Monja y casada...*, t. II, p. 61.

<sup>152</sup> Cf. Cándido, citado en *Ruedas de la Serna*, "La novela corta de la Academia de Letrán", en *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, 1985, pp. 19-53.

cación de un libro con las pruebas de que “los sombríos cuadros” no son “parto de mi imaginación, sino transcrito fiel de los episodios que tenían lugar en aquella sociedad que gemía bajo el yugo del fanatismo y de la Inquisición”.<sup>153</sup> Junto con la hipótesis de Ortíz Monasterio, me parece que *El libro rojo* equivale también a la publicación de las “causas célebres” del Santo Oficio, que tenía como aval el Decreto del Congreso de la Unión. Cabe notar, sin embargo, que *El libro rojo* no está dedicado enteramente a casos inquisitoriales, mientras que cuatro de las siete novelas de Riva Palacio aluden a juicios célebres y todas se publicaron años antes que *El libro rojo*, de 1870. Puedo sostener entonces que las novelas cubrieron en mayor medida y más eficazmente las expectativas de aquel libro con el que el presidente Benito Juárez intentaba denostar el dogmatismo de la sociedad colonial y con ello apuntalar el proyecto político de los liberales en 1861, ante la inminencia del Segundo Imperio.

El Tumulto de 1624 figura en *El libro rojo* y es narrado por Manuel Payno. Sobre el estado social del año 1613, a la llegada del virrey Marqués de Gelves, se subrayan los mismos problemas que figuran en *Monja y casada...* Acerca del clero el juicio va también en paralelo:

Los frailes de las diversas órdenes religiosas, poseedores de grandes bienes y habiendo perdido las virtudes cristianas de que dieron ejemplos años antes los doce apóstoles de las Indias y sus sucesores, se entregaban a ruidosas cuestiones y a complicadas intrigas para obtener los puestos elevados en los conventos...<sup>154</sup>

Tanto la novela como la versión de Payno en una obra de carácter historiográfico parecen defender el pasado más remoto, los inicios de la obra española, pervertida muy pronto por las ambiciones de

<sup>153</sup> La Orquesta, 16 de junio de 1869.

<sup>154</sup> El Libro rojo, t. I, 1905, p. 24.

riqueza de españoles, criollos, autoridades. Así, en el perfil del virrey de Gelves, no obstante su papel peligroso de reformador y su despotismo para corregir vicios, se realza su intento por “refrenar el papel inmenso del clero” y su intromisión en “negocios civiles”.

El detenido relato sobre la rivalidad entre el Virrey y el Arzobispo confirma el halo novelesco que el suceso de por sí tuvo. Abiertamente Payno muestra el papel subversivo del clero en la conducción de la muchedumbre: “...acaudillados por frailes o clérigos, que en una mano tenían un arcabuz o una espada y en la otra un crucifijo y alentaban a la multitud al asalto”.<sup>155</sup> La toma de la sede del poder político culmina con el incendio; Payno señala como líder de esta última acción a un clérigo de apellido Salazar. El apellido, por cierto, puede asociarse al nombre de *Martín Garatuza*: Martín de Villavicencio y Salazar, según se especifica en las primeras páginas de *Monja y casada*...

Años más tarde, a principios de 1880, Riva Palacio escribe el capítulo sobre el Virreinato para *México a través de los siglos*. Al ocuparse del Tumulto de 1624 su versión es casi idéntica a la de Payno en *El libro rojo*. Persiste el hecho curioso de la carnicería del arzobispo Pérez de la Serna alusivo a su oficio de “regatón” y, por ende, alejadísimo de su misión. Muy semejante a la atmósfera terrorífica que rodea la boda de Blanca Mejía en *Monja y casada*... Riva Palacio narra el “clamoreo de las campanas” a entredicho ordenado por el Arzobispo y en paralelo con sus excomuniones:

En aquella época un entredicho era causa más que suficiente para conturbar las conciencias de los que creían que por sólo ese hecho quedaban fuera de la iglesia católica y expuestos a los más terribles castigos del cielo.<sup>156</sup>

<sup>155</sup> Ibid., p. 389.

<sup>156</sup> Riva Palacio, “El Virreinato” en *México a través de los siglos*..., s/f. t. IV, p. 118.

El comentario anterior seguramente habría sido desmentido por Dávila con la misma táctica de aclarar anacronismos: en 1614 no se tachaba de fanáticos a las personas que entraban en pánico por los repiques que presagiaban castigos.

Sobre el virrey de Gelves, el historiador Riva Palacio reprocha en el conjunto de sus acciones contra el Arzobispo el haber usado "el término medio" y no el ataque de raíz, propicio en las grandes crisis sociales, momentos en que resultan necesarios los "caracteres indomables y enérgicos y medidas extremas y terribles".

Quizá para su fortuna, Mariano Dávila ya no leyó ni en *El libro rojo* ni en el capítulo sobre el virreinato de México a través de los siglos la versión del Tumulto de 1624 pues murió apenas un año después de la publicación de sus *Breves observaciones... sobre Monja y casada...* De haberlo hecho acaso habría pensado que su fina y hábil estratagema en nada había mellado a su oponente, quien ve en el Tumulto de 1640 la semilla del México independiente:

El pueblo habría comprendido que era fuerte y conocido que con facilidad podría sacudir el yugo de los virreyes, y esto, además de ser peligroso ejemplo en la colonia, sembraba los gérmenes de la independencia y libertad en el corazón de los nativos de Nueva España.<sup>157</sup>

La enorme cercanía de las palabras anteriores al asunto doctrinario que permea *Monja y casada...* expresado en el tópico romántico del deseo libertario de las protagonistas y en los toques de heroicidad a *Martín Garatuza*, revela la persistencia de un punto de vista sobre el pasado colonial tanto en el ámbito novelesco como en el relato historiográfico. En todo caso, la comparación es de gran ayuda para esclarecer la riña entre Dávila y Riva Palacio en aquel año de 1868. En tal perspectiva, por otra parte, se fragua la índole histórica de

<sup>157</sup> Ibid., p. 126.



*Monja y casada...* Como otros escritores de su generación y de la Academia de Letrán, Riva Palacio retoma los asuntos históricos desde el aliento romántico. Se traslada a los primeros años de la Colonia, elige sucesos de cierta importancia, los eleva y los inmiscuye por igual en la historia pública y la historia privada en una combinatoria que caracterizará todas sus novelas. El tránsito del pasado hacia el presente, como he resaltado contantemente, permite notar diferencias respecto de la novela histórica europea de gran auge en el siglo XIX, tantas veces inspirada en la Edad Media y de la cual se sustrajeron leyendas y mitos diabólicos, por ejemplo. Este gusto por lo histórico del novelista romántico se daba retrocediendo muchos siglos atrás, desde un horizonte temporal que subrayaba los valores sociales y morales ya extinguidos. El romántico vivía en un orden social distinto y, por lo tanto, poseía una perspectiva equilibrada sobre el pasado. No es éste el caso de los escritores mexicanos que, como Riva Palacio, tenían un horizonte temporal de tres siglos, distancia breve hacia la dominación española y la vida colonial, cuyos rasgos no habían desaparecido por completo.

Sobre ese lapso, Menéndez y Pelayo asentó una serie de argumentos para señalar la debilidad del romanticismo mexicano. En su *Historia de la poesía hispanoamericana*<sup>31</sup> examina la infancia en tanto rasgo específico de los pueblos americanos y señala el ineludible carácter de su literatura: es colonial, obra de criollos, no de indios. Con mayor fuerza aún califica de “gran temeridad y error” querer introducir los recuerdos y las leyendas ocurridas apenas hace trescientos años. El escritor decimonónico, continúa el crítico español, podía explorar con curiosidad sus tradiciones pero quizá

<sup>158</sup> La obra se publicó en 1910 pero tuvo su origen en los prólogos que Menéndez y Pelayo escribió para las antologías de poesía de los países latinoamericanos a propósito del IV Centenario del Descubrimiento de América y a petición de la Real Academia de la Lengua.

las consideraría exóticas por cuanto su mentalidad no era indígena sino criolla, enraizada en valores morales cristianos. Y los recuerdos de la conquista, “demasiado históricos y demasiado cercanos” transcritos profusamente en las crónicas, se convierten en datos documentales no susceptibles para la imaginación y la fantasía del escritor, que sólo intentaría restar el brillo a las crónicas de Bernal Díaz del Castillo o a la poesía del inca Garcilaso. Respecto de la etapa colonial observa todavía mayores inconvenientes pues

los asuntos tomados de la pacífica vida colonial, apenas turbada por rápidas incursiones de piratas ingleses y holandeses, por competencias entre los diversos tribunales y jurisdicciones, por altercados de visitas y residencias, o por leves conflictos domésticos, materia más bien de la comedia de capa y espada que del drama terrorífico y espeluznante que cultivaban con predilección los románticos.<sup>159</sup>

No podía el escritor americano, dice Menéndez y Pelayo, retomar como Walter Scott o Zorrilla los castillos medievales, las catedrales góticas, la esencia de las leyendas para lograr esa “misteriosa compenetración del paisaje y de la historia” pues en América está ausente “el peso de la larga historia”. Si tomáramos desde tal perspectiva la índole histórica de las novelas de Riva Palacio quedarían efectivamente en entredicho. Los argumentos del crítico español reconstruyen la visión historicista del romanticismo; la huella de Victor Hugo resulta perceptible por cuanto la división de la historia en edades; él veía que los pueblos europeos estaban en la vejez, metáfora de la cual derivaba el carácter melancólico del romanticismo. Siguiendo el modelo huguiano, algunos escritores americanos derivaban de la vejez europea la infancia de sus países,

<sup>159</sup> Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispanoamericana*, 1948, t. I, p. 125.

los consideraban “pueblos niños”. Esta visión de la historia se convirtió en un verdadero tópico, según apunta Jorge Ruedas de la Serna,<sup>160</sup> adoptado también por Menéndez y Pelayo para explicar las limitaciones del romanticismo mexicano.

El estatuto de la novela histórica ha sido siempre materia de debate y de intentos por sujetar la ficción a la presunta verdad histórica, como demuestra la polémica de Dávila apoyada en una retórica conservadora, según lo referí en el capítulo II. Vale recordar por último que en nuestro siglo, Antonio Castro Leal caracteriza las obras selectas para los volúmenes de *La novela del México colonial* (1964) refiriendo las influencias europeas, ante todo la de Walter Scott, para luego construir un origen americano, la Conquista, momento en el que nace la novela, idea de Henríquez Ureña, a propósito de la sorprendente originalidad de la naturaleza americana recreada novelescamente por los españoles. El origen se encuentra en el siglo XVI, nuestro pasado más remoto, apenas distante del siglo XIX, elemento propio de la juventud de América. Como los escritores del siglo XIX y principios del XX, Castro Leal se acoge al tópico de los “pueblos niños” quizás por la misma necesidad de definir la expresión literaria mexicana.<sup>161</sup>

En *Monja y casada*...se evidencia un juicio arbitrario sobre la etapa colonial porque Riva Palacio sustrajo algunos sucesos de un orden social, hechos particulares y no el conjunto. Y en el destino de las protagonistas, según lo exploré en el capítulo II está advirtiendo vestigios de elementos dogmáticos como el fanatismo religioso en las mujeres decimonónicas, las de su presente. Este se

<sup>160</sup> Ruedas de la Serna, Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana, 1987, pp. 66-67.

<sup>161</sup> Véase Algaba Martínez y Díaz Arciniega, “Antonio Castro Leal, esforzado constructor de una tradición”, en *Historiografía de la Literatura Mexicana. Ensayos y Comentarios*, 1996, pp. 312-327.

afinca en la atmósfera novohispana para construir un espacio de doble temporalidad, que se vuelve caracterizador de *Monja y casada*... En sentido precisamente opuesto al juicio de Menéndez y Pelayo, Riva Palacio aprovechó los instantes que turbaban esa “pacífica vida colonial” pregonada sistemáticamente por españoles y mexicanos; la llegada de los piratas a las costas mexicanas en la novela *Los piratas del Golfo* (1869), y esos asuntos que el crítico santanderino denomina “leves conflictos domésticos”, de supremo interés en esa búsqueda de la herencia colonial, en ese balance sobre el pasado para articular el presente y avizorar el porvenir; tal urgencia se inscribe en la búsqueda de la identidad nacional que propiciaba la restauración de la República y el triunfo del proyecto político de los liberales. Por lo tanto, *Monja y casada*... se inscribe en la singularidad de la novela histórica americana, discurre en el horizonte temporal de tres y medio siglos, en los que subsisten algunos valores morales. Apenas en el umbral del triunfo del proyecto de los liberales, *Monja y casada*... recobra el sentido político y cultural de aquél año según lo definía Altamirano:

La novela hoy, no es solamente un estúpido cuento forjado por una imaginación desordenada... la novela hoy ocupa un rango superior, y aunque revestida con las galas y atractivos de la fantasía, es necesario apartar sus disfraces y buscar en el fondo de ella el fondo histórico, el estudio moral, la doctrina política, el objeto social, la predicación de un partido o de una secta religiosa...<sup>162</sup>

Así en Europa como en América se había advertido el enorme potencial de la novela, el “quinto poder del Estado”, en palabras de Manuel de la Revilla.

<sup>162</sup> Altamirano, “Revistas literarias de México”, en *Escritos de literatura y arte*, t. I, 1988, pp. 230-31.

## UNA DERROTA NO ADMITIDA

¿Por qué Dávila pretende detener ese fuerte detonador social que es la novela? Aunque muchas de las respuestas han salido a flote, en la estratagema parece esconderse una táctica redundante: Si Riva Palacio aviva el asunto de las Leyes de Reforma tomando lacras de la Iglesia y el clero novohispanos ¿por qué no emular la subversión temporal y reavivar dicho asunto? En la óptica del Presbítero la separación Iglesia-Estado constituye la peor de las derrotas pues en 1833 Basilio Arrillaga y Barcárcel, su eminente tío, sostuvo una ácida polémica con José María Luis Mora. El magisterio de Arrillaga en Mariano Dávila salta a la vista en las tácticas para la argumentación y en la rigidez frente a una idea moderna que había tomado cuerpo ya en algunos países europeos. Si en 1833 podría considerarse una reacción esperable en Arrillaga, todavía anclado en el espíritu jesuita que se había visto lesionado con las ideas del pensamiento ilustrado de la centuria anterior, en 1868 parece un anacronismo de Dávila el retomar con tanta beligerancia el asunto. Es en la trayectoria de la obra historiográfica del Presbítero, siempre en estrecha relación con su tío Basilio Arrillaga, donde se encuentran las claves.

En su *Defensa de la Compañía de Jesús* del año 1842, Mariano Dávila aprendió a oponer los principios jesuitas a los ataques de la prensa respecto de la posible restauración de la orden; ahí ejercitó el combate a la ignorancia, precisamente a oponer la verdad al servicio de la moral y el orden social de los principios ignacianos. Apoyándose en fuentes historiográficas esclarece hechos para tachar de parcialidad a quienes calumniaron la obra jesuita cuando un grupo de "beneméritos e ilustradores patriotas", portavoces de los "deseos de cierto partido" solicitaban la reinstalación de la Orden. Las voces contrarias a ésta no aducen "razones y hechos", más bien reviven "odios" y "querellas" antiguas, argumentos anacrónicos, no sólo contra la Compañía sino también contra personas

respetables tratándolas como “ilusas”, “fanáticas”, en tonos indignantes, con el fin de “seducir a los incautos, deslumbrar a los pueblos y corromper su opinión”.<sup>163</sup> Ya en aquélla su obra primigenia, Mariano Dávila sintetiza la estrategia que caracterizará a las posteriores: “Si la filosofía y la historia son dos armas con que se hace necesariamente una guerra literaria en cualquiera materia, nosotros hemos procurado oponerlas con constancia a los adversarios de los jesuitas”.<sup>164</sup>

Semejantes armas había esgrimido Basilio Arrillaga contra José María Luis Mora, el caudillo ideológico del primer proyecto de las Leyes de Reforma. Mediante el recurso epistolar, el jesuita descalifica la argumentación de Mora sobre la índole civil de los bienes eclesiásticos. Haciendo gala de erudición teológica muestra que las proposiciones de Mora son heréticas mediante el descubrimiento del estilo y a la luz de la definición de Tertuliano: los enemigos de la Iglesia se valen de la seducción, prometen “indagar la verdad” y con ello despiertan “la duda, la inquietud y el espíritu de investigación”. Pero una vez que el lector la asume, puede encontrar, que “dan por definido” y sostienen la materia que presuntamente “iban a averiguar”.<sup>165</sup>

Arrillaga ahondará en el estilo argumentativo de Mora y deducirá el influjo de Voltaire quien, en palabras del jesuita, es el “consumado maestro del sofismo y el error”. En esta atribución descargará el mayor reproche a Mora: ¿Son éstas las luces del siglo de que tanto nos habla? ¿Son éstos los fundamentos del *progreso*? Idénticos reproches aderezará por doquier Mariano Dávila en sus observaciones a *Monja y casada*... treinta años más tarde.

<sup>163</sup> Dávila, *Defensa de la Compañía de Jesús*, 1842, p. 66.

<sup>164</sup> *Ibid.*, p. 48.

<sup>165</sup> Arrillaga y Barcárcel, *Cartas dirigidas al doctor D. José M. Luis Mora*, 1839, *Carta IV*, p. 157.

La defensa de la adquisición de bienes frente a los turbios intereses que figuran en el asunto de la fundación del convento de Santa Teresa la Antigua en *Monja y casada...* supuso el esclarecimiento por parte de Dávila de la cesión de los terrenos bajo el concepto de “obras pías” en oposición al fanatismo religioso de Beatriz de Ribera, según referí en la polémica histórica (Capítulo I). Y en la literaria, el Presbítero puso en tela de duda el plan de la novela y con ello omitió la conexión entre la fundación del convento consumada en 1617 por el arzobispo Pérez de la Serna y el Tumulto de 1624, del que es también protagonista.

En cuanto a la versión novelesca de la fundación del convento, el Presbítero aplicó las enseñanzas de Arrillaga, las tácticas contra los argumentos de Mora pertenecientes a la oratoria de acuerdo con Quintiliano. De su obra *Instituciones*, el jesuita cita los elementos indispensables: la “historia, la justicia y la verdad”. Sin éstos el discurso del orador estará vacío y sin sentido. Al parecer de este concepto surge el problema ético que permeará la polémica histórica de Mariano Dávila contra Riva Palacio, problema ajeno a una novela, si bien incitado por el novelista en el subtítulo *Historia de los tiempos de la Inquisición*.

El primer aprendizaje de Dávila en las estrategias jesuitas ocurre paralelamente al plan reformista que constituía una seria amenaza para la Iglesia, pues encima del menoscabo de su poder económico estaba el desafío a su autoridad: la libertad religiosa o de conciencia. El proyecto fracasó porque no existían las condiciones para un movimiento reformista. El germen tendría frutos veinte años después gracias al aliento de una generación más audaz, señala Martín Quirarte, y “sobre todo menos sensible al influjo de la tradición”.<sup>166</sup>

En la reacción del clero mexicano frente al primer proyecto de reforma, las cartas de Arrillaga a Mora constituyen, además, la

<sup>166</sup> Quirarte, *El problema religioso en México, 1967*, p. 191.

defensa de la orden jesuita, que en el siglo XVIII se había convertido en una de las congregaciones más poderosas; esta posición fue blanco de ataques por parte de los filósofos pues temían que sus ideas fueron combatidas por la intransigencia de los jesuitas ante la modernidad. En la Nueva España, ellos educaron a criollos y españoles ricos, de ahí su alianza con terratenientes; supieron allegarse haciendas a “medio hacer”, cuyo valor no era cuantioso como sí lo eran los productos obtenidos. Tales adquisiciones crecieron al grado de que la orden no gravitaba sobre el tesoro real; por el contrario, repartía generosamente limosnas a los pobres.<sup>167</sup>

La proverbial beligerancia de los jesuitas y sus tácticas en defensa del antiguo orden social nunca cesaron, lo cual provocó su ida y regreso al escenario nacional. En 1856, apenas tres años después del restablecimiento de la orden, se examinó la necesidad de suprimirla como medida de prevención ante una estrategia pertinentemente sintetizada años después por Justo Sierra. El escritor admiraba la obra educativa de los jesuitas, mas los consideraba peligrosos para las ideas modernas de emancipación y libertad de pensamiento. Ejercían el magisterio, dice Sierra, con aparente flexibilidad; orientaban dulcemente hacia la doctrina contrarrevolucionaria

...de la incompatibilidad entre la supremacía humana de la razón en que se funda el liberalismo y la supremacía divina de la Iglesia y su sacerdote sumo. A todo se someten, todo lo obedecen por necesidad, pero encienden su ideal delante de los espíritus, que está precisamente en el polo opuesto del ideal de emancipación intelectual.<sup>168</sup>

En la década de 1850 ocurrieron las batallas decisivas entre el pensamiento conservador y el liberal. Desde el Plan de Ayutla de

<sup>167</sup> Cf. Ibid.

<sup>168</sup> Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, 1940, pp. 110-111.



1854 comienza a perfilarse el ideario de Melchor Ocampo sobre las relaciones Iglesia-Estado. El siguiente año, Juárez, Ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos, expide una ley que frena los privilegios del clero y el ejército. Un año después la Ley Iglesias exime a las clases pobres del pago de derechos y obvenções parroquiales; el mismo año se suspende la Compañía de Jesús y se expide la Ley Lerdo, que pone en circulación los bienes de "manos muertas". El año de 1857 se significa por las discusiones en torno a la Constitución. La libertad de cultos fue un verdadero reto para los liberales; algunos titubeaban frente a sus propias creencias y sobre todo ante la raigambre católica del pueblo mexicano. Otros, como Francisco Zarco, reconocían su credo católico, pero pensaban que la tolerancia religiosa era un signo de alta civilización. La guerra de tres años, señala Martín Quirarte, resalta la lucha de una minoría, de los liberales, quienes con audacia y tenacidad se enfrentaban al deseo de la mayoría defensora de hábitos y creencias seculares. Y la Iglesia, por su parte, lanzaba excomuniones, más que en defensa de sus bienes temporales, contra principios, como el de la tolerancia religiosa, que destruirían su dogma. La década de 1850 queda signada por la lucha entre la tradición y la modernidad.<sup>169</sup>

En aquélla década Mariano Dávila dirigió el Instituto Literario de Toluca;<sup>170</sup> ahí censuraba libros y envió a la hoguera las obras del pensamiento ilustrado. En 1856, el gobierno liberal y la prensa masónica provocaron su salida del Instituto y su nuevo domicilio en Michoacán. La vecindad de este estado con el de México seguramente favorecieron que el Presbítero estuviera muy al tanto de la polémica (1852) entre Melchor Ocampo y el obispo Murguía,

<sup>169</sup> Quirarte, *El problema religioso en México*, 1967, pp. 250-55.

<sup>170</sup> *El período de su estancia en el Instituto no está documentado; sólo se sabe de su salida el año de 1856.*

paradigmática de la defensa de la Iglesia frente al derecho del Estado para sentar las nuevas bases de la organización civil.

Por los años sesenta las ideas del Presbítero se nutrieron aún más con autores europeos católicos muy destacados. En 1864 circularon en México las traducciones al español de dos libros con igual título: *La revolución*. Los autores son los sacerdotes franceses Gaston Segur, citado por Dávila en sus *Breves observaciones a Monja y casada...* y Juan José Gaume. Este abarca en la idea de revolución desde la reforma religiosa hasta el siglo XIX, cuando Francia y España, los países de mayor influjo en el pensamiento religioso mexicano, sufrían turbulencias políticas mientras que en la mayor parte del mundo cristiano se iban asimilando las ideas reformistas, las cuales se reflejaban en los regímenes republicanos y la separación entre Iglesia y Estado. El sacerdote Gaume ve en esto la destrucción de la sociedad, la pérdida de la organización dictada por Dios.

Otro autor de influencia en Mariano Dávila es el jesuita francés Celestino José Félix, autor de *El cristianismo considerado como fuente de progreso en las sociedades* (Puebla, 1863), obra que Dávila explicó. Los efectos de la revolución son resumidos ahí por Félix: "Todos los principios falseados, los poderes envilecidos, la fe cada día más debilitada".<sup>171</sup> Los conceptos que se destruyen con la revolución son la autoridad, derecho proveniente de Dios y, por lo tanto, opuesta a la tesis liberal de otorgar la soberanía al pueblo. La libertad, diversa del libre albedrío en el catolicismo. La igualdad, inaceptable en un orden social integrado por clases; a lo más que se puede aspirar, señala Félix, es a un orden más justo. Por último, la familia, base de la sociedad y de la civilización católica, de ahí el rechazo al matrimonio civil y a su disolución.

<sup>171</sup> En Adame, *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos*, 1981, p. 37.

Otros escritores católicos aceptaban la distinción entre Iglesia y Estado, mas no la separación. Para quienes distinguían el papel de la Iglesia, lo subrayaban como sociedad fundada por Dios para la salvación de los hombres, y en el Estado veían la sociedad querida por Dios para la felicidad temporal de los hombres. En la separación radicaba, por el contrario, dos morales distintas: la humana y la divina.<sup>172</sup>

Las ideas de los pensadores antedichos ayudan a comprender la extrema reacción de Mariano Dávila ante el triunfo liberal de 1867; en él veía consumada la supresión de un orden social que se fue gestando desde el inicio de su propia trayectoria como escritor. En su espíritu jesuita la derrota cobraba magnas dimensiones: las "luces" y el "progreso", la herencia del siglo XVIII al XIX habían triunfado.

Con las *Breves observaciones sobre Monja y casada...*, Mariano Dávila libró su última batalla, un año antes de su muerte. El intento de menoscabar la recepción de una novela doctrinaria, ofensiva para el clero mexicano, no parece ajeno a un móvil personal: un desagravio a Basilio Arrillaga y un consecuente homenaje al erudito y combativo jesuita, su maestro. El agravio ocurrió cuando Arrillaga, el propio Dávila y otras figuras políticas<sup>173</sup> destacadas durante el Segundo Imperio, fueron confinadas unos días después del triunfo de la República. Mientras permanecían incomunicados

<sup>172</sup> Ibid., p. 53.

<sup>173</sup> Cf. Rivera, *Anales mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio*, 1994. Al registrar los sucesos del 21 de junio de 1867, el autor refiere la orden de Porfirio Díaz para que se presentaran todos los que habían desempeñado un cargo durante el imperio de Maximiliano. Los empleados del orden legislativo y judicial quedaron presos en el excovento de la Enseñanza Antigua; entre los más notales cita a "Basilio Arrillaga, provincial de los jesuitas y a José Mariano Dávila, jesuita". La pertenencia a la orden ignaciana es inexacta, pero delata la enorme cercanía de Dávila con su tío Arrillaga y el trabajo que seguramente realizaron siempre.

el gobierno confiscó la biblioteca de Arrillaga; unos cuantos días después murió. Se sabe que los jesuitas intentaron defender la biblioteca de Arrillaga; las fuentes sobre la biografía del jesuita así lo indican. Valverde Téllez transcribe la siguiente nota de *El Monitor Republicano*:

"El 30 de abril a las 5 de la mañana, la policía sorprendió *in fraganti* delito a varios miembros de la Compañía de Jesús en la calle de San Lorenzo n. 24 y 25. Se dice que se había recogido una biblioteca que tiene más de 20,000 volúmenes, y multitud de documentos de que sacará gran provecho la nación".<sup>174</sup>

Por su parte, Gutiérrez Casillas afirma que el gobierno se apoderó de los libros de Arrillaga y llevó algunos a San Agustín, a donde llegaron 12,725 volúmenes valuados en \$16,187.36.<sup>175</sup> El suceso anterior se transforma en varias frases de Dávila. Todas aluden a los actos bárbaros de los liberales: destruyen iglesias, conventos, bibliotecas, contraviniendo las "luces" de la razón, la tolerancia ideológica, la idea del "progreso". En tales actos el Presbítero veía las pruebas de la desacreditación de las Leyes de Reforma; él sabía que los lectores se sentían agraviados por la destrucción de los lugares en que había transcurrido el culto católico que todavía en 1868 no era fácil de tocar:

¿Pero por qué no se les dice también (a los lectores), cuando han sido amortizadas tantas bibliotecas públicas y alguna particular muy copiosa, por una ilegal ficción y arbitrario pretexto, a qué lugar, día y horas deben concurrir los invitados, a salir de sus dudas, y sacudir el polvo de sus hondas preocupaciones?<sup>176</sup>

<sup>174</sup> Valverde Téllez, *Biobibliografía eclesiástica mexicana*, 1940, p. 47.

<sup>175</sup> Gutiérrez Casillas, *Jesuitas en México durante el siglo XIX*, 1972, p. 125.

<sup>176</sup> Dávila, *Breves observaciones...*, p. 119.

Y en el que considero un homenaje a la memoria de su tío Arrillaga, no es forzado suponer que en sus *Breves observaciones a Monja y casada...* Dávila continuaba la defensa de aquél frente al proyecto de José María Luis Mora y la última de 1863 ante el abate Testory, capellán de Maximiliano, a propósito de la ratificación de las Leyes de Reforma. No obstante su participación en el gobierno imperial Arrillaga polemizó reviviendo los mismos argumentos que había usado contra Mora.<sup>50</sup> El mejor homenaje de Mariano Dávila es el de haber ido más allá que Arrillaga pues supo que los viejos argumentos ya no serían suficientes en un país que comenzaba un nuevo trayecto dirigido por las palabras porvenir y futuro lanzadas por los triunfadores. Emprende entonces un nuevo camino: derribar desde la estética la novela de Riva Palacio, un liberal nada moderado en sus posturas frente al pasado colonial y el más reciente. Y para completar esa nueva estrategia, el Presbítero le roba el papel al novelista: a partir de observaciones y enmiendas sobre la intriga, va imaginando una novela.

## LA NOVELA DE MARIANO DÁVILA

### EL PLAN

En armonía con la preceptiva de análisis de *Monja y casada...* y con algunos modelos europeos, Dávila va sugiriendo la composición de su novela. El espacio y el tiempo no han de sujetarse a precisiones; sin embargo, los sucesos cercanos o inmediatos cubren mejor las expectativas del lector. Así, los personajes cobrarán verosimili-

<sup>177</sup> *Arrillaga y Barcárcel*, Algunas observaciones sobre el opúsculo intitulado: El imperio y el clero mexicano del señor Alberto Téstory Capellán mayor del ejército francés en México, 1865.

tud y harán fluir un asunto original dosificado con sorpresas que mantengan el interés y la diversión de los lectores. Los toques de originalidad provendrán de consultas a fuentes historiográficas poco o nada conocidas; por ejemplo, el archivo de la Acordada, pleno de casos de personajes populares de vidas novelescas. Éstos acompañarán a los protagonistas que se debatirán por alguna injusticia. Los personajes serán mujeres, sucedáneas de algunas heroínas de novelas españolas, o de leyendas o tradiciones mexicanas lo cual otorgará un halo prestigioso al oficio del narrador.

#### DE LOS FRAGMENTOS A LA RECONSTRUCCIÓN

Las enmiendas y las sugerencias sobre *Monja y casada...* constituyen por sí mismas una nueva versión de la novela de Riva Palacio. La inventiva de Mariano Dávila expresada en el plan y unos breves fragmentos, me llevaron al intento de reconstruir la novela que acaso el Presbítero hubiera deseado escribir. La intriga se sitúa en la Ciudad de México en una época parecida a la colonial pues el orden social está apuntalado moralmente por la Iglesia católica; ésta frena los excesos a través del Santo Oficio. En esa sociedad cada hombre tiene su lugar y se acoge a los designios de la Providencia divina.

Imaginariamente narro la intriga y el desenlace: En un convento de la Ciudad de México, Blanca Mejía no logra aceptar el encierro; desea salir al mundo, se rebela ante su medio hermano español que la ha confinado para arrebatarle la herencia paterna. Su espíritu católico y el buen ejemplo de su madrina Beatriz de Rivera, fundadora del convento al que ingresó luego de la muerte de su novio, no logran desterrar las tentaciones mundanas. En ese debate recuerda que al morir, su madrina fue sepultada fuera del convento, gracias a una dispensa especial. Comienza entonces a planear la fuga en un féretro pues recordó también la lectura de la novela

española *Muerta y resucitada*. La exitosa salida al mundo se haría más fácil con un vestido de hombre: recordó también la leyenda de la Monja Alférez. Como ella, tendría que mantener un tiempo su presunta identidad. Mientras tanto, conocerá a personas de baja ralea con las que se divertirá y se asombrará de la pobreza en que viven. Se aliará con el “Médico Rey”, con “Bigotes y cachetes”, se hará amiga de la “Trillanes”, la “Pilatos” y la “Pinacata”, personajes enormemente parecidos a aquellos delincuentes de la época de la Colonia como “Pillo Madera” y el “Sevillano”, cuyos casos, alguien le había dicho, eran verdaderos y se encontraban en el archivo de la Acordada.<sup>178</sup>

Las aventuras de Blanca Mejía terminan pronto pues una denuncia ante el Santo Oficio la lleva a la cárcel. Ahí se encuentra con Luisa, una mulata demoniaca que había sido su rival de amores. En la celda las antiguas enemigas toman conciencia de sus pecados. Blanca Mejía se conmueve ante el castigo que ha sufrido Luisa: su belleza fue estropeada por un tatuaje sobre su cuerpo entero. Imagina el dolor causado por las finas agujas que lograron ennegrecer su piel. Entendió el castigo divino a sus pecados puesto en las manos de los examantes de Luisa. Ésta aumentó su conmoción cuando los carceleros pusieron a Blanca Mejía en una jaula, un “guauhcatli”, un cerco tan estrecho que seguramente sería su tumba. Blanca Mejía y Luisa lloran, rezan, se arrepienten de sus pecados, esperan con resignación el tribunal divino más allá de la muerte.

Luisa muere por las secuelas del tatuaje; Blanca Mejía parece postrada en el “guauhcatli” antes de contestar los cargos frente al tribunal de la Inquisición. Fueron suficientes el antiguo tormento preshispánico y, sobre todo, los remordimientos por haber cedido a las tentaciones del mundo y no haber conservado una vida espiritual plena en el convento.

<sup>178</sup> Dávila, *Breves observaciones...*, p. 89.

## UN DUELO INTERMINALBE

Los fragmentos de la hipotética novela de Dávila se encuentran atrapados en la de Riva Palacio, pues en el análisis literario ocurre la inventiva del Presbítero, testimonio del reto asumido por él y nueva prueba de su deseo por competir con Riva Palacio, de robarle lectores.

La imaginación de Dávila se mueve estratégicamente: retoma a las protagonistas de *Monja y casada...* y les otorga un destino apegado al catolicismo. No evita la cárcel inquisitorial pero limpia el escenario y lo convierte en la frontera de la vida hacia la muerte en el sentido católico. Con ello resta oscuridad al ambiente y cede negrura y horror al tatuaje de Luisa y al guauhtli prehispánico. Con absoluta pertinencia, Dávila combate los dos signos adversos a su ideología: la "modernidad", sospechosamente vertida en los actos bárbaros y criminales de los indígenas, anteriores a los del Santo Oficio.

El reproche a Riva Palacio así lo señala:

Mas ya que el plan era oscurecer todo lo posible... la Inquisición, bien pudo ocurrir a nuestra historia antigua y, tomar de allí un color más negro y detestable, colocando a su heroína en una más estrecha prisión que la que le dio, como la llamada *guauhtli*, hecha a guisa de jaula para asegurar más su persona, distinta al *martirio*, y evitar así su fuga y el desgraciado fin de su tan predilecta Luisa, bastante castigada más que con la muerte, con la pérdida de su singular hermosura y el horroroso cambio de raza. ¡Cuánto se lo hubieran agradecido no sólo su enamorado Varáez, sino el fiel Teodoro y hasta la misma Sor Blanca, que habría logrado un sepulcro más honorífico que el del barranco de la *Monja maldita*!<sup>179</sup>

<sup>179</sup> Ibid, p. 81.



Los fragmentos de la novela del Presbítero delatan que la compleja estratagema para contraatacar *Monja y casada...* entraña contradicciones de orden estético. Aunque Dávila opone irónicamente una muerte distinta para las protagonistas, éstas reciben torturas o son cruelmente castigadas; si bien la solución es irónica, sí crea una imagen inconveniente en lo estético. El tatuaje de Luisa y el confinamiento de Blanca en el *guaucachtli* no son escenas bellas; el dolor del tormento es un “lunar que afea”, como dice el Presbítero a propósito de *Monja y casada...*, es un elemento inherente a las pasiones exacerbadas y a las mentes turbias y, por ello, no son ejemplos de lo *bueno* en el sentido moral que él defiende. Es de notar, por lo tanto, que lo bello y lo bueno, conceptos preeminentes para exhibir el desequilibrio estético de *Monja y casada...* son también infringidos por Dávila; su novela es inmoral por cuanto dichas escenas muestran un realismo exagerado, resultado de lo opuesto a una mimesis que idealiza lo real, discrimina lo bello de lo feo, para fraguar un equilibrio sano, agradable, según lo concebía Hegel.

En la defensa de los designios providenciales centra el Presbítero el destino de sus heroínas, como signo de apego al orden social de la época colonial. Previsiblemente Dávila aprobaría *El Inquisidor de México* de José Joaquín Pesado, novela en la que el personaje Ribeiro actúa como instrumento de la Providencia. Y, desde luego, comulgaría con el mensaje moral que Pesado anuda en el desenlace de Sara, la protagonista, quien tras sufrir el proceso inquisitorial, recibe el perdón del Sumo Pontífice, indicio de que la “bárbara jurisprudencia de la Inquisición”, en palabras del novelista, son un punto oscuro, una particularidad que no debe extrapolarse a toda la institución eclesiástica.

Puedo igualmente suponer que también Mariano Dávila se entusiasmaría aún más con *La hija del judío* de Sierra O'Reilly, toda vez que el defensor de María, la protagonista, es un jesuita. Éste despliega toda una estrategia para defender a la joven de las garras

temibles de la Inquisición. La esforzada lucha del jesuita resulta exitosa e ilustra que el clero actuaba a favor de las víctimas de la intolerancia. Seguramente Dávila se sentiría orgulloso de que el Prepósito allegara la cuantiosa herencia de la protagonista a esas "obras pías" que la Compañía de Jesús sabía distribuir entre los pobres de aquella provincia de Yucatán, alejadísima del gobierno central del virreinato. En el espíritu de los "soldados de Cristo" del Instituto ignaciano reencontraría Dávila la defensa del clero y de una Iglesia más sensible a las necesidades sociales que los propios virreyes de la Nueva España.

Pero aquellas alusiones al orden social de la colonia orientadas a deslindar las manchas de la luminosidad comenzaron a resquebrajarse. Entre 1838 y 1842, años en que Pesado y Sierra O'Reilly escriben sus novelas, y 1868, año en que Riva Palacio publica *Monja y casada...*, la perspectiva sobre el pasado había ido cambiando. Los liberales tendían a verlo como un "solo punto de tiempo", como decía García Icazbalceta, y por ello defendían un nuevo orden social, base de un futuro promisorio. En la pugna entre la tradición y la modernidad, Dávila defiende el proyecto conservador e inventa una novela para contraatacar la de Riva Palacio; esgrime una última táctica acaso para dejar una constancia más de un duelo interminable que pone de relieve el enorme acercamiento entre la crítica y la creación literaria. Son éstas las armas enmascaradas para la guerra política y las que nos permiten ahora subrayar la función de la Literatura en una encrucijada de la historia de México.

# Bibliografía

- Adame Goddard, Jorge. *El pensamiento político y social de los católicos mexicanos, 1867-1914*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1981.
- Alguien, (Seudónimo de Mariano Dávila). *Breves observaciones sobre la moderna novela titulada "Monja y casada, virgen y mártir. (Historia de los tiempos de la Inquisición)"*. Aceptación de un tremebundo reto. México, Imprenta Literaria, 1869.
- Altamirano, Ignacio Manuel. *La literatura nacional. Revistas, Ensayos, Biografías y Prólogos*. Ed. y Pról. de José Luis Martínez. México, Porrúa, 1949. (Escritores Mexicanos 52, 53 y 54).
- *Obras Completas. Escritos de Literatura y Arte*. Selección y notas de José Luis Martínez, vol. XIII. México, septiembre, 1988.
- "Revistas Literarias de México" (1821-1867). En *La Literatura Nacional*. Edición y Prólogo de José Luis Martínez. México, Porrúa, 1949. 3 vols.
- Aristóteles. *Poética*. Madrid, Aguilar, 1973.
- Arrillaga y Barcárcel, Basilio Manuel. *Cartas dirigidas al Dr. José María Luis Mora*. México, José Mariano Lara, 1839-1849 (T. 1: Carta Segunda, junio 13 de 1839. T. 2: Carta Tercera, junio 27 de 1839. T. 3: Carta Cuarta, julio 24 de 1839).

- *Cuartas observaciones sobre el opúsculo intitulado El imperio y el clero mexicano del señor abate Téstory*. México, Imprenta Literaria, 1865.
- Barthes et al. *Lo verosímil*. Trad. de Beatriz Domíots. Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1968. (Colección Comunicaciones).
- Beguín, Albert. *El alma romántica y el sueño. Ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa*. Trad. de Mario Monteforte Toledo, México, Fondo de Cultura Económica, 1954.
- Beristáin, Helena. *Diccionario de Retórica y Poética*. México, Porrúa, 1985.
- Blanco, José Joaquín et al. *Cuidado con el corazón: los usos amorosos del México moderno*. México, Instituto de Antropología e Historia, 1995. (Colección Divulgación).
- Bowra, C.M. *La imaginación romántica*, Madrid, Taurus, 1972.
- Cuevas, Mariano. *Historia de la Iglesia en México*. 3a. ed. El Paso, Texas, Revista Católica, 1928. 5 vols.
- Dávila y Arrillaga, Mariano. *Continuación de la historia de la Compañía de Jesús del P. Francisco Javier Alegre*. Puebla, Colegio Pío de Artes y Oficios, 1888. 2 vols.
- "Inquisición", en Orozco y Berra et al. *Diccionario Universal de Historia y Geografía*. México, Tipografía de Rafael; Librería de Andrade, 1853. T. IV, pp. 270-292.
- Trad. de Nicolás, Augusto. *La virgen María y el plan divino*:

*nuevos estudios filosóficos sobre el cristianismo*. 3 ed. red. aum. y coreg. México, Simón Blanquel, 1864.

Díaz y de Ovando, Clementina. "La novela histórica en México". En *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*. T. XXX, 1971-1976.

——— "Un gran literato liberal, Vicente Riva Palacio". En *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*. Vol. VII, núm. 27, 1958.

——— "Vicente Riva Palacio y la identidad nacional". Discurso de Ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, leído el 13 de junio de 1985. UNAM, 1985.

——— *Un enigma de Los Ceros. Vicente Riva Palacio o Juan de Dios Peza*. México, UNAM, 1994. (Al Siglo XIX Ida y Regreso).

*Diccionario Universal de Historia y Geografía*. Obra dada a luz en España por una sociedad de literatos distinguidos y refundida y aumentada considerablemente para su publicación en México, con noticias históricas, geográficas y biográficas sobre las Américas en general y especialmente sobre la República Mexicana por Lucas Alamán (et al.). Apéndice por D. José Ma. Andrade (et. al.). Compilación por D. Manuel Orozco y Berra. México, Tipografía de Rafael; Librería de Andrade, 1853-1856.

Giraud, René. *Mentira romántica y verdad novelesca*. Trad. de Guillermo Sucre. Caracas, Universidad de Venezuela, 1961.

Giron, Nicole. *Ignacio Manuel Altamirano en Toluca*. México, Instituto Guerrerense de Cultura, Instituto Mexiquense de

Cultura e Instituto del Investigaciones José María Luis Mora, 1994.

Gramsci, Antonio, *Literatura y vida nacional*. México, Juan Pablos Editor, 1976. (Obras de Gramsci, 4).

Groethuysen, Bernhard. *La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII*. Trad. y Pról. de José Gaos. México-Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1981.

Gullón, German, *El narrador en la novela del siglo XIX*. Madrid, Taurus, 1976.

Gutiérrez Casillas, José. *Jesuitas en México durante el siglo XIX*. México, Porrúa, 1972.

——— "La idea de 'Cultura Nacional' en el siglo XIX". En *En torno a la cultura nacional*. México, Instituto Indigenista, 1976.

Hegel, Georg Wilhelm Friederich. *Poética*. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1947. (Colección Austral).

——— *De lo bello y su forma estética*. Trad. de Manuel Granell. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1946. (Colección Austral, 594).

——— *Estética, 5. La forma del arte romántico*. Trad. de Alfredo Llanos. Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1985.

——— *Lecciones de Estética*. Buenos Aires, Editorial La Pléyade, 1977.

Hugo, Víctor. "Prefacio", en *Cromwell*. Drama en cinco actos. México, Editores Mexicanos Unidos, 1977. (Colección Literaria Universal).

Jakobson, Roman. "Du realism en art", en *Quéstions de Poétique*, París, Du Seuil, 1973. (Collection Poétique). pp. 31-39.

Jiménez Rueda, Julio. *Letras mexicanas del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944. (Tierra Firme).

Lukacs, Gyorgy, *La novela histórica*. Trad. de Jasmin Reuter. México, Era, 1955.

——— Theodor W. Adorno, Roman Jakobson, Ernst Fisher y Roland Barthes, *Polémica sobre el realismo*. Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1972.

Luzán, Ignacio. *La poética o reglas de la poesía en general y de sus principales especies*. (Ediciones de 1739 y 1789). Con las memorias de don Ignacio de Luzán escritas por su hijo. Introducción y notas por Isabel M. Cid de Sirgado. Madrid, Ediciones Cátedra, 1974.

Menéndez y Pelayo, Marcelino. *Historia de las ideas estéticas en España*. 3a. ed., corregida y aumentada. Madrid, Vda. e Hijos de M. Tello, 1909-1923. vols. 7 y 8.

——— *Historia de la poesía hispanoamericana*. Ed. preparada por Enrique Sánchez Reyes. Santander, Aldus S.A. de Artes Gráficas, 1948. 2t.

*La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. Organización y presentación de Jorge Ruedas de la Serna. México, UNAM, 1996. (Al Siglo XIX Ida y Regreso).

Monsiváis, Carlos. "La nación de uños cuantos y las esperanzas románticas", en *En torno a la cultura nacional*. México, Instituto Indigenista, 1976.

- "Vicente Riva Palacio: la evocación liberal contra la nostalgia reaccionaria". *Prólogo a Monja y casada, virgen y mártir*. México, Océano, 1986.
- Muriel, Josefina. *Cultura femenina novohispana*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1982.
- La novela del México Colonial*. Pról. de Antonio Castro Leal. México, Aguilar, 1977. 2 vols.
- La novela histórica y de folletín*. Presentación de José Emilio Pacheco. México, PROMEXA, 1985. (Gran Colección de la Literatura Mexicana).
- O'Gorman, Edmundo. *Supervivencia política novohispana. Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*. México, Fundación Cultural de CONDUMEX, Centro de Estudios de Historia de México, 1969.
- "En trance de República", en *Occidente*, México, año I, vol. 1, marzo-abril de 1945, pp. 117-129.
- Ortega y Medina, Juan Antonio. *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*. Notas e índice onomástico de Eugenia Meyer. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992. (Serie Documental, 8).
- . Prólogo a W.H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, Porrúa, 1970.
- Orti Lara, Juan Manuel. *Ensayo sobre el catolicismo en sus relaciones con la alteza y dignidad del hombre*. Madrid, Imprenta de Tejado a cargo de R. Ludeña., 1864.



Ortiz Monasterio, José. *Historia y ficción. Los dramas y las novelas de Vicente Riva Palacio*. México, Instituto Mora y Universidad Iberoamericana, 1994.

———. “La Orquesta, periódico omiscio, de buen humor y con caricaturas”, en *La Orquesta*, vol. II, núm. 7, mayo-junio de 1987, pp. 34-39.

Pesado, José Joaquín. *El Inquisidor de México*. En *La novela corta del primer romanticismo mexicano*. Estudio preliminar, recopilación y notas de Celia Miranda Carabes. México, UNAM, 1985. (Nueva Biblioteca Mexicana).

Picard, Roger. *El romanticismo social*. México, Fondo de Cultura Económica, 1947.

Pimentel, Francisco. *Obras Completas*. Noticia preliminar de Francisco Sosa. México, Tipografía Económica, 1903-1904. vol. 5.

Quirarte, Martín. *El problema religioso en México*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1967. (Serie Historia, XVII).

———. *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1993. (Serie de Historia Moderna y Contemporánea, 9).

Rama, Carlos. *Historia e historiadores del siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1942.

Ramos, Carmen y otros. *Presencia y transparencia: las mujeres en la historia de México*. México, El Colegio de México, 1987.

Reed Torres, Luis y María del Carmen Ruiz Castañeda, *El periodismo en México: 500 años de historia*. México, EDAMEX-Club Primera Plana, 1995.

Revilla y Moreno, Manuel de la. *Obras*. Pról. de Antonio Cánovas del Castillo y est. prelim. de Urbano González Serrano. Madrid, Imprenta Central a cargo de Victor Sáez, 1883.

———. *Principios generales de la Literatura e Historia de la Literatura Española*. 2a. ed. corregida y aumentada, Madrid, Librerías de F. Iravedra y A. Novo, 1877.

Riva Palacio, Vicente. *Calvario y Tabor*. Novela histórica y de costumbres. México, Manuel C. Villegas editores, 1868.

———. *Monja y casada, virgen y mártir*. Ed. y Pról. de Antonio Castro Leal. México, Porrúa, 1982. (Escritores Mexicanos 18 y 19).

———. *Martín Garatuza*. Ed. y Pról. de Antonio Castro Leal. México, Porrúa, 1955. (Escritores Mexicanos 20 y 21).

———. *Los piratas del golfo*. Ed. y Pról. de Antonio Castro Leal. México, Porrúa, 1974. (Escritores Mexicanos, 33 y 34).

———. *Las dos emparedadas*. (Memorias de los tiempos de la Inquisición). México, Manuel C. Villegas, Establecimiento Tipográfico de Tomás F. Neve, 1869.

———. *Cuentos del General*. Pról. de Clementina Díaz y de Ovando. México, Porrúa, 1980. (Sepan Cuantos 101).

———. *Cuentos del General y Los Ceros*. Galería de Contemporá-

- neos. Pról. de José Ortiz Monasterio. México, PROMEXA Editores, 1979.
- *La vuelta de los muertos*. Novela histórica. México, Manuel C. Villegas Editor, Imprenta de Francisco Díaz de León y Santiago White, 1870.
- "A Pedro Castera". En *Carmen. Memorias de un corazón*. Ed. y Pról. de Carlos González Peña. México, Porrúa, 1950. (Escritores Mexicanos, 62).
- "El virreinato", en *México a través de los siglos*. México, Editorial Cumbre, sin fecha. pp. 3-459.
- y Manuel Payno, Juan A. Mateos y Rafael Martínez de la Torre. *El libro rojo 1520-1867*, México, A. Pola Editor, 1905. 2 vols.
- y Juan de Dios Peza, *Tradiciones y Leyendas mexicanas*. México, J. Ballescá y Compañía Editores, s/f.
- Rivera Agustín. *Anales Mexicanos. La Reforma y el Segundo Imperio*. Prol. de Bertha Flores Salinas. Nota intr. de Martín Quirarte. México, UNAM, 1994. (Al Siglo XIX Ida y Regreso).
- Ruedas de la Serna, Jorge. "La novela corta de la Academia de Letrán", en *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*. Estudio preliminar, recopilación y notas de Celia Miranda Carabes. México, UNAM, 1985. (Nueva Biblioteca Mexicana, 96). pp. 53-71.
- *Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana*. México, UNAM, 1987 (Colección Posgrado).

- Coord. *Historiografía de la Literatura mexicana. Ensayos y comentarios*. México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1996.
- Santacilia, Pedro. *Del movimiento literario en México*. México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1868.
- Serrano, Pedro. *La silueta del General Vicente Riva Palacio*. S.p.i., 1936.
- Sierra O'Reilly, Justo. *La hija del judío*. Ed y Pról. de Antonio Castro Leal. México, Porrúa, 1982. (Escritores Mexicanos, 79 y 80).
- Sierra, Justo. *Evolución política del pueblo mexicano*. México, Fondo de Cultura Económica, 1940.
- Solórzano Ponce, María Teresa. *La propuesta ideológica de la novela mexicana de folletín en el siglo XIX: la novela de Vicente Riva Palacio*. Tesis de Maestría en Letras, UNAM, 1991.
- Sue, Eugenio. *Los misterios de París*. México, Porrúa, 1987. (Sepan Cuantos 525 y 526).
- Valverde Téllez, Emeterio. *Biobibliografía eclesiástica mexicana*. Dir. y Pról. de José Bravo Ugarte. México, Editorial Jus, 1940. 3 vols.
- Warner, Ralph. *Historia de la novela mexicana en el siglo XIX*. México, Robredo, 1953.
- Zavala, Iris M. *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*. Madrid, Anaya, 1971. (Temas y Estudios).
- *El texto en la Historia*. Madrid, Nuestra Cultura, 1981.

## BIBLIOGRAFÍA

### HEMEROGRAFÍA

*La Orquesta*. Periódico omniscio, de buen humor y con caricaturas. México, años: 1868 y 1869.

*La Revista Universal*. Diario de Política, Religión, Literatura, Ciencias, Artes, Industria, Comercio, Agricultura, Variedades y Anuncios. México, años: 1868 y 1869.

*El Liceo Mexicano*. T. I, 1845.

FECHA DE DEVOLUCION

**UAM  
PQ7297  
R4.6  
Z5.23**

**2894316  
Algaba Martínez, Leticia  
Las licencias del novelis**







El análisis de crítica literaria  
que realiza Leticia Algaba  
Martínez sobre la novela  
*Monja y casada, virgen y  
mártir*, de Vicente Riva  
Palacio, nos muestra un  
México donde todo parece  
estar en pugna:

un novelista y su crítico;  
una novela y una  
“contranovela”;

la literatura y la historia;  
dos conceptos de arte.

Pero también quedan  
enfrentados un liberal y un  
conservador,

dos proyectos sobre el futuro  
de un país,

dos tradiciones,

dos conceptos de verdad  
histórica y, finalmente,

dos tipos de lectores que son,  
a la vez, dos tipos de

ciudadanos del México del  
siglo XIX.